El chico del Ukelele

DIEZ HISTORIAS DE VIDA, AMOR Y SUPERACIÓN

David Rees

ILUSTRACIONES DE
HITTOUCH

NUBE DE TINTA

DAVID REES

El chico del ukelele

Diez historias de vida, amor y superación

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

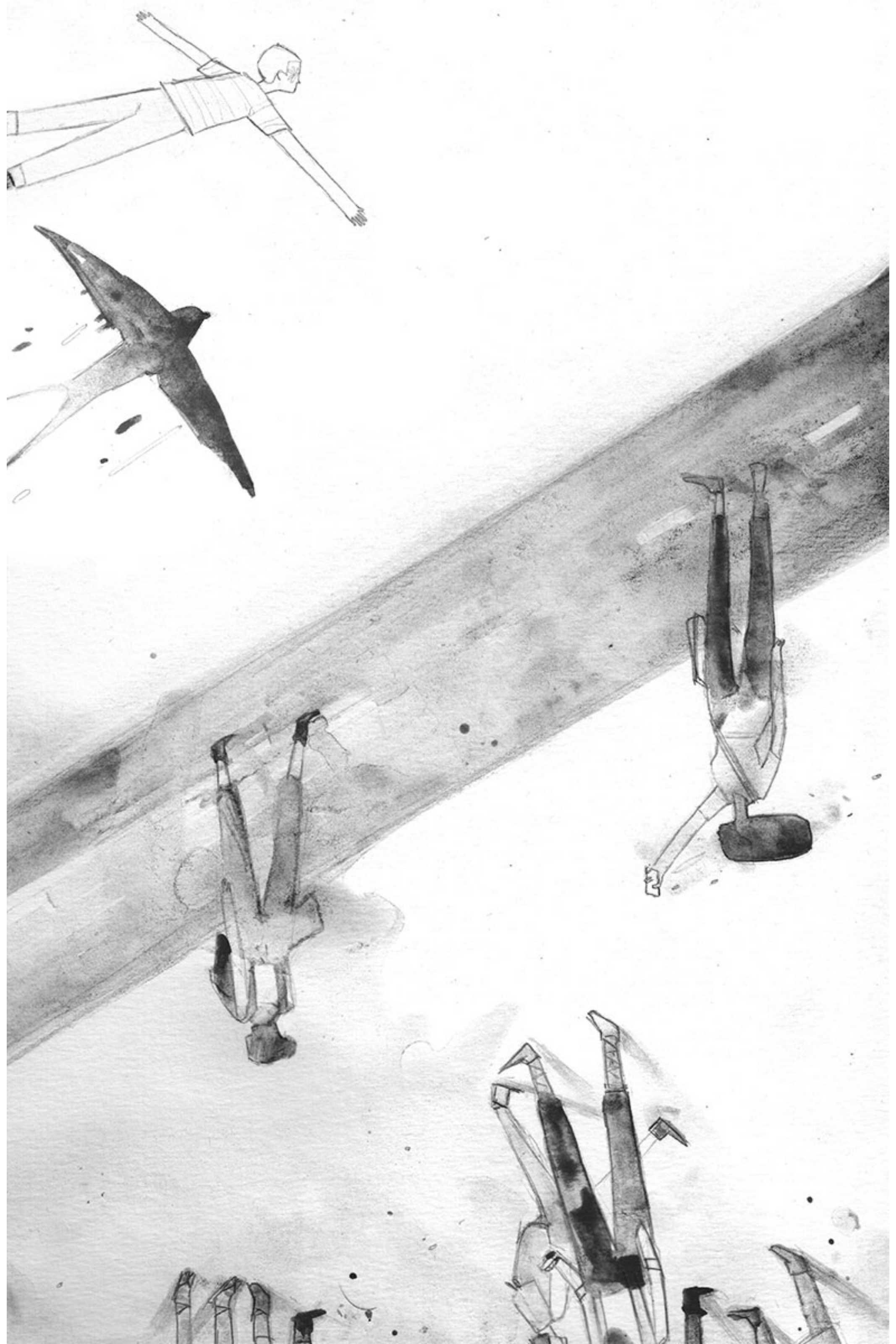
@somosinfinitos

@nubedetinta

@somosinfinitos

Penguin Random House Grupo Editorial

Dedicado a Skinny Love, de Bon Iver



El día que me conociste

Nunca sé cómo presentarme ante una persona nueva.

Pues vaya manera de empezar esto, ¿no?

A ver, entiéndeme, no es algo que se me dé de pena. Es más, diría que conocer gente nueva es de las cosas que más me gusta hacer del mundo. Y creo que no se me da tan mal, aunque nunca sepa cómo empezar. Digamos que sencillamente me impone, lo cual es un tanto irónico sabiendo que el resultado (acabar conociendo a alguien, conociéndote) siempre me da vida.

Una vez leí en twitter «Me gusta conocer gente nueva porque aún no se han cansado de mí», y es un tanto triste, pero eso no podría ser más yo. Obviamente se llevó mi retweet, pero que me guste no quita que, jo, siempre que llega la hora de la verdad y me toca conocer a alguien nuevo me vienen de golpe todas las dudas posibles y se me olvida qué había que hacer.

Creo que más que un miedo es una condición que experimentamos los que somos ambiciosos hasta para lo que los demás piensen de nosotros. Ser ambicioso en general está guay, serlo para amoldarte a lo que los demás piensan de ti igual no tanto.

Ahora mismo tengo demasiado que contarte que no sabría por dónde empezar. Si por cuando casi caigo de una piedra de hielo a treinta metros de altura, por la primera vez que tomé alcohol o por cuando no sabía si iba a llegar vivo del instituto. O por mi primer amor, mi orientación sexual, todo. ¿Ves? No sé cómo se hace. Así, para empezar, pongamos una situación hipotética para que (con suerte) vivas conmigo un poco de lo que estoy sintiendo yo ahora mismo (contigo).

Digamos que es tu primer día de clase. Imagínatelo. Me da igual si es en la academia de inglés, tu nuevo instituto, el máster de tus sueños o el curso de jardinería al que te apuntaste después de jubilarte. Lo importante es que lo imagines con fuerza.

¿Ya?

Si te fijas, todas esas situaciones tienen caras nuevas, conversaciones incómodas donde

predominan los monosílabos y un campo de juego donde ganan los que menos miedo tienen. Podríamos hablar de jugadores, pero yo prefiero llamarles oportunidades. Una oportunidad para ti y para todos los que son como tú. Y ahí están, esperándote todas esas oportunidades. Y tú, ahí, esperando a ver quién gana.

Recapitulemos y volvamos un poco atrás. La noche antes te costará dormir porque eres un mejunje de nervios y emoción a partes iguales, pero no te preocupes, los nervios son algo tan bonito…

No siempre había pensado así sobre los nervios. Una vez estaba escribiendo una canción con un cantante muy guay. De hecho, yo ya le conocía, porque antes de cantar en solitario, él tocaba en un grupo de pop-rock adolescente muy popular cuando yo tenía esa edad. De hecho el cantante tiene un nombre que me gusta mucho. Se llama David. Estábamos en una sesión de composición conjunta y, tras terminar de escribir la canción (que iba a ser para mí en el futuro), acabamos hablando de los nervios. Yo di por hecho algo, y le pregunté: «Después de tantos años subiéndote a los escenarios, tú ya de nervios nada claro, ¿no?». David me miró con cara de sorpresa y me dijo: «Los nervios son los encargados de recordarte que aún sientes y te emociona hacer lo que te los provoca. Yo los sigo teniendo y no los cambiaría por nada. Por muchos escenarios a los que te subas, nunca los pierdas». Y desde entonces la canción que compusimos se convirtió en una de mis favoritas y los nervios se volvieron algo especial para mí. Ya no los evito ni me escondo de ellos, he empezado a darles el valor que de verdad se merecen.

«Querido Yo, ven sin miedo a perder el tiempo.»

… siempre y cuando no te congelen los pies. Que las piernas me sigan temblando pero que nunca se paralicen.

Sigamos con nuestra situación hipotética. El amasijo de nervios y emoción le toma la delantera al sueño y a la emoción que te embargaba cuando colocabas las cosas en la mochila. Que no se te olvide meter el boli de la suerte. Al día siguiente los nervios toman la ventaja a la emoción después del desayuno, cuando ya no puedes dar bocado tras dos tostadas. Tu estómago, lleno de nervios, y la emoción, resistiendo ese pica-pica de curiosidad por lo que pueda pasar a partir de ahora. Ese «uy, a ver quién se sentará a mi lado». La emoción se te escapa por la sonrisa que estás disimulando para que no te juzguen antes de tiempo. Sonreír antes de tiempo, eso sería como echar a correr antes de haber escuchado el pistoletazo de salida. Y eso es algo que solo hacen los chulos y los despistados y NO QUIERES PARECER ESO. De hecho, de momento no quieres parecer nada, mejor coger ventaja pasando desapercibido. El objetivo es ser un pájaro que sobrevuela la zona para luego decidir en qué árbol va a estar mejor acompañado.

Llegando a la entrada, te das cuenta de que te va a tocar cruzar una autopista de personas, sin semáforos ni pasos de cebra, solo tú, tu mochila y tu primera misión. Tragas saliva, cierras

los ojos, y luego recuerdas que no estás en una película americana de adolescentes, así que es mejor abrirlos, porque con lo patoso que eres te chocarás con algo y harás el ridículo. Tonterías aparte, reúnes el valor y tu cerebro al fin manda la señal a tus pies. No solo lo consigues sino que vas más allá de cruzar la carretera: te unes a ella. Ahora estás metido dentro de la corriente de personas, sumergido en esa autopista y a toda velocidad. Aproximadamente a unos 145 km/hora, que traducido a pulsaciones (obviamente no son tus pies los que van rápidos), más o menos diría que son unos 160 latidos por minuto. Y sin ser médico yo, puedo decirte que eso no es normal.

Sigues la corriente de personas hasta el aula y te sientas, eligiendo bien, claro. Ni muy adelante, ni muy atrás, pasar desapercibido sigue siendo nuestra táctica por ahora. La segunda fila siempre ha sido mi favorita y ahí es donde has decidido sentarte. Poco después se sienta a tu lado una oportunidad. Una oportunidad con gafas, una mochila llena de parches y una sonrisa que, bueno, vamos a dejarlo en una sonrisa y punto. La oportunidad da el primer paso y llega la parte de las presentaciones (¿recuerdas lo que te decía al empezar?). Os presentáis y esa primera conversación fluye como un guion que te sabes de memoria. Enciendes el piloto automático y de momento no hay ningún peligro a la vista. Lo difícil viene ahora.

Voy a confesarte algo: toda esta historia imaginaria que hemos ido recorriendo ha sido una mera excusa para este preciso momento. Nada de lo que te he contado es importante. Nada… hasta ahora. ¿Os acordáis de ese miedo que en realidad no es un miedo? ¿Ese afán de ser demasiado ambicioso con alguien nuevo? ¿Ese querer presentarle tu Yo más guay, pero sin pasarte? Pues aquí va un spoiler: va a pasar justo ahora. Y no estás preparado para ello. Y creo que, hasta cierto punto, nunca lo vas a estar.

Estás volviendo a casa con tu oportunidad y la conversación deja de ser superficial. El modo automático ya no funciona. Ya no hay guion predeterminado. Estás en vivo y en directo. Igual piensas que estoy exagerando, pero créeme que por mis adentros no hay nada más que esto. Llega ese momento y siento en mi cabeza la presión, se me hielan los labios y pienso: «No la cagues, no la cagues, no la cagues», como un disco rayado en mi mente. Todo por ese «miedo» a que cualquier palabra que salga de mi boca haga que esa persona, aún semidesconocida, me coloque en una casilla de la que me cueste horrores escapar. O lo que es lo mismo, desaprovechar esa oportunidad.

Me pasaba exactamente eso en los campamentos cuando mi monitor el primer día nos decía a todos, y uno por uno teníamos que responder: «defínete en tres palabras», derrochando simpatía con su rostro y haciéndolo parecer lo más adecuado y sencillo del mundo para romper el hielo. Mientras tanto mi mente infantil estaría pensando algo como «pero a ver, señor monitor, ¡¿cómo quieres que escoja solo tres si yo soy por lo menos más de cien?!». Tendría unos nueve años y ya era inseguro sobre lo que los demás pensaran de mí. Supongo que imaginas por dónde voy.

Al final siempre acababa accediendo a soltar las tres perlitas. Todo el mundo lo hacía y yo no iba a ser menos. Y también porque, sí, ¡claro que puedo elegir adjetivos que me representan! Pero por nada en el mundo quiero estar reducido simplemente a tres que estén en

lo más alto de mi superlista de cosas que me hacen quien soy. A día de hoy esta sigue siendo una de mis peores pesadillas. Y ya estoy siendo un dramas otra vez. Lo siento, no puedo evitarlo.

Vale. Esta historia que hemos estado siguiendo está a punto de cambiar. Nos intercambiamos los papeles. Esa oportunidad que en nuestra historia tenías al lado y la cual era todo oídos para ti, de camino a tu casa, eres tú. Y yo soy quien te tiene al lado.

Eres mi oportunidad.

Siempre que conozco a una oportunidad me apetece coger todas las cosas que se me dan bien, junto con todo lo que me gusta hacer y básicamente todo lo mejor de mí, para ponerlo de golpe delante de ella. Demostrar que soy una persona superguay e interesante, y sonar lo suficientemente convincente para que la oportunidad se lo crea. Porque en el fondo yo me veo así. Yo considero que soy guay. Un poco a mi manera, pero guay. Y quiero soltarlo todo de una por si acaso el orden de las cosas no fuera perfecto. Al mismo tiempo, me apetece no decir absolutamente nada. Una parte de mí siempre me pide silencio, por si acaso me paso. Por si acaso cualquier cosa que diga suena a que estoy presumiendo y le resulto pedante.

Lo ideal es encontrar el equilibrio, pero eso no es lo mío. Me quedo en ese limbo entre no decir nada y decirlo absolutamente todo y me agobio, y para equilibrarlo acabo enumerando todo lo que se me da mal.

También podría intentar dejar a un lado esa inseguridad y dedicarme a mostrarme tal y cómo soy (o como yo pienso que soy, porque a saber cómo de diferente se me ve desde fuera del espejo) sin pensar en qué va a pensar la oportunidad. Un lío que me deja dudando de si ella captará bien quién soy y que ya me ha hecho componer más de una canción simplemente cantando cosas sobre mí. Me puse a buscar cincuenta cosas que podría decir de mí mismo y lo juntaba con una melodía. Desde entonces no tengo tanto problema con todo esto porque le pongo la canción y ya tiene un avance de mí. Conociéndome, podría seguir haciendo canciones de esas hasta el infinito. Cantando 50 Cosas Sobre Mí - Vol. 89 en mi libreta de canciones.

Hemos hablado de los nervios y de las primeras impresiones, pero no te olvides de que esto es mi presentación y por eso, antes de empezar mi historia, quiero adelantarte (y sobre todo avisarte), que, aunque me llame El Chico del Ukelele, soy un tanto más que eso. Y ahí, sin querer, ya me he presentado.

Ya puedes pensar en mí en forma de unas cuantas letras, aunque igual eso es muy largo. Si quieres, puedes llamarme Ele. Como la letra L. La verdad es que, miedos aparte, me hace ilusión que lo único que conozcas de mí hasta ahora sea que tenga un ukelele. O que al menos me gusten. Ambas cosas son ciertas y están muy arriba en esa lista de cosas que me hacen quien soy. Pero por favor, ni se te ocurra enjaularme. Mi Yo de nueve años de campamento

estaría muy decepcionado contigo. Pero bueno, si lo haces, te perdono. Te perdono y prometo intentar darte motivos para que dejes de pensarlo. Si te soy completamente sincero, no en todas estas aventuras tengo el ukelele. Me lo compré hace tan solo tres años, pero eso da igual. Vamos a hacer como que sí. Como si hubiera estado en mi vida desde siempre, porque así es como lo siento ahora. Desde la guardería, hasta el presente. Lo siento, mamá, sí, eso significa que salí de ti ya con un ukelele. Un ukelele bebé, gordito y sano. Justo igual que yo. De la manita desde siempre.

Ahora que ya nos hemos presentado, oportunidad, te invito a acompañarme y a que seas partícipe de mi historia. Una vida repleta de aventuras, desdichas, pensamientos, dudas, peligros, amores, momentos aleatorios, mi continuo desastre y mis más favoritos: los sueños que aún tengo por cumplir. Verás mis logros y mis fallos. Y de mis fallos ojalá encuentres tu forma de no cometer los mismos (o parecidos). Mi historia no es un libro de consejos para tu día a día. Yo creo que eso no existe. Ojalá la vida viniera con un libro de instrucciones. Mi historia tampoco es una lista de trucos. Mira, voy a dejar de intentar describir cómo es mi historia porque no lo sé ni yo. Aún voy por la página 12 y a saber qué te vamos a contar mi ukelele y yo. Por algo me tenían que llamar así, es mi compañero de aventuras. En algunas será más protagonista que en otras, pero te lo advierto por si acaso: esto no es una historia de música.

Avisado quedas.

Declaración de intenciones

Aquí están, los días de mi vida.
Sin ningún orden.
Sin un sentido cronológico.
Y sin pretensiones.
Nada más allá de enseñarte lo que he aprendido.
Saltando de la universidad de vuelta al parvulario.
Los puedes leer como tú quieras.
Como si fueran capítulos de una serie.
El que más rabia te dé, pues ese primero.
Eso sí, yo te los he ordenado de la forma más emocionante.
Y todos son días que me han pasado de verdad.
Mezclados con una pizca de fantasía que le he pintado encima.
Así que tú decides qué es real y qué no.
Buenos días.

Los días de mi vida

El día de todos los días
El día que el chico del ukelele se enamoró
El día que casi muero en la montaña
El día que compuse mi primera canción
El día que empecé la universidad
El día de mi cumpleaños
El día del campamento
El día que gané 10.000 €
El día de hoy (o la trágica vuelta de Navidad)
El día que conocí al chico de los girasoles

El día de todos los días

Esta no es la típica historia de bullying.

De verdad que no lo es. Por mucho que ahora mismo esté encerrado en el cuarto de baño de la segunda planta de mi instituto; no, créeme que no lo es.

No, nunca he llegado a casa con moretones en los ojos y teniendo que explicarles a mis padres que eran siete y yo uno. Nunca he tenido que soportar insultos en desmedida y completamente injustos al sufrir una enfermedad. Nunca en mi vida me he metido en una pelea con un compañero de clase ni he tenido el valor de entrar a defender a alguien de una. Vaya, soy lo que podríamos llamar un chico con suerte, aunque me niego a pensar que eso debería ser así y no al revés. Nadie debería sentirse afortunado solo por no ser más desafortunado, y estar en este baño se está convirtiendo en algo mucho más normal de lo que me gustaría. En mi cabeza todo esto está dando vueltas y, a veces, me cuesta creerme que yo sufra de ello. ¿Dónde están las hostias? ¿Por qué no me esperan a la salida? En fin, que soy un *looser*, solo que un poco menos convencional de lo que se espera.

Los azulejos son mayoritariamente grises aunque algunos son de colores. La taza del váter la siento cada vez más cómoda, no es el primer día que decido pasar el tiempo de descanso aquí encerrado, ya sabes. A veces entran niños y aporrean la puerta donde me resguardo, con el pestillo puesto. Me limito a no contestar y a esperar a que se aburran. Otros niños, creo (y espero) que un poco más mayores, se encierran en otro cubículo que hay al lado a fumarse un cigarrillo entre todos. El olor a tabaco me saca de quicio, pero soy capaz de aguantarlo solo con tal de reducir las posibilidades de cruzarme con lo único que me quita las ganas de levantarme cada mañana. El enemigo está donde siempre y ya me sé su papel de memoria. Sé lo que quiere, pero prefiero no pensarlo.

No sé qué tienen las personas que se dedican a hacerle la vida imposible al resto. A veces

parece que descargan sus propios traumas e inseguridades sobre los demás, como si eso fuera a ayudarles o servirles de algo. Odiar es una palabra muy fuerte, pero lo mío hacia ellos se aproxima bastante. Supongo que es normal, la culpa de que ahora mismo yo esté encerrado en estos dos metros cuadrados es completamente suya. Yo también podría decir algo al respecto, pero no es mi culpa ni les justifica mi silencio. Yo no soy tan valiente. El día que consiga serlo lo demostraré con algo que nunca antes me haya atrevido a hacer. Un tatuaje, por ejemplo.

El enemigo se sienta un par de mesas detrás de mí. Para mí tiene cara de dragón. Cada vez que algo sale de su boca quema con palabras lo que tiene a su alrededor. Es mucho más grande, fuerte y popular que yo, aunque eso tampoco es difícil. A mí eso me da igual, pero parece que a él no tanto. Tiene una mochila llena de tatuajes y piercings, acorde con su actitud macabra. Puede que cuando encuentre el valor decida hacerme un tatuaje de un dragón. Un dragón mucho más bonito y que no tire fuego a los demás. Un dragón que salve princesas y príncipes y que se enamore de, qué se yo, un asno. A veces lo que más quema no es la paliza, sino sentirte obligado a esconderte día tras día. Hay palabras mucho peores que una paliza.

A las once y diez suena el primer timbre y avisa del recreo. Mi madre no suele hacerme bocadillos de jamón, como llevan los demás. Llevo una pieza de fruta, y a veces también un croissant de chocolate, si es miércoles. Salgo de clase y empiezo a cruzar la marea de adolescentes que llenan los pasillos. Soy bastante peculiar a la hora de hacer amigos, así que no tengo un grupo fijo con quien sentarme cada día, procuro ir variando para no alimentar mi miedo a resultar pesado. Tengo alrededor de cinco minutos de trayecto hasta el césped, una carrera de obstáculos sin piedad por lo que se interponga en mi camino. De lo contrario me tendría que enfrentar al dragón. Hoy es miércoles, mi día favorito porque mi estómago recibe chocolate. Bueno, mi favorito hasta que el profesor de historia se interpone en mi camino, justo antes de llegar al césped donde están sentados mis amigos. No puedo dejar de evitar su mirada y mandar la mía en otras mil direcciones de lo nervioso que me está poniendo que se esté aproximando. El enemigo, según mis cálculos de astrofísica y sentido común, va a pasar por aquí en treinta segundos y no va a ser fácil evitarle. El profesor me está hablando y creo que me cuenta algo de un examen que hice hace una semana, pero no te lo podría jurar, mi mente no está en esta conversación.

—Tienes que empezar a estudiar más o no vas a llegar a las pruebas de la universidad, Ele.

La asignatura de historia se me da fatal. Soy capaz de retener las letras de diecisiete canciones nuevas cada día y no puedo acordarme de cuatro guerras o tres periodos de conquista. Pero, ¿sabes qué se me da realmente mal? Llevar a cabo una retirada para escapar de una encerrona desequilibrada donde no es difícil adivinar quién es el que está en la posición más desfavorecida. Ele. Ele de looser. Ele de ukelele que hoy se queda en casa. No quiero que vea esto. El enemigo ha esperado pacientemente a que el profesor de historia se adentre en el edificio y nos deje a la merced de un sol tentador, propio de febrero, y de un césped lleno de estudiantes expectantes. El acosador siempre lleva con él a tres súbditos que, juntos, creo que podrían sumar las mismas neuronas que su líder. No tendría nada en contra de ellos si no fueran igual de partícipes en esta situación que el enemigo. Un matón no consigue todo lo que

quiere si no hay una comunidad que lo permite. Ellos nunca se han dirigido a mí, pero son igual de culpables de que yo ahora pase mis días encerrado en un cubículo del baño.

Bajo la mirada e intento hacer como que no pasa nada, doy un par de pasos y el súbdito número dos se coloca enfrente mío. Alzo la vista y su aliento me huele a un «a dónde te crees que vas», dicho de mala manera. Tengo las manos detrás de la espalda y entre los dedos está mi desayuno favorito junto a una pieza de fruta que hoy ha resultado ser un plátano. De repente una fuerza externa me da un tirón en el brazo y mi comida ya ha dejado de estar en mi posesión. Al enemigo le hace gracia que no tenga un bocadillo de jamón y sí ese plátano con forma de cosas que a mí aún me cuesta hablar de ellas.

—¿Sabes lo que es esto?

Eso, es mi comida. Y nada más. Y aunque esté en tus manos, querido matón de turno adolescente que en mi cabeza es un dragón, sigue siendo mío. Parte de mí prefiere que se lo quede, así igual me deja en paz y puedo volver a mi lugar seguro, pero en el fondo sé que esto no tiene nada que ver con la comida.

—Te he hecho una pregunta.

Se ríe. Seguidamente sus súbditos le siguen como si fueran las hienas del Rey León o las hermanastras de Cenicienta. No es muy agradable, al menos para mí. Uno de ellos empieza a hacer muecas extrañas en cuanto al plátano y simula acciones que ahora mismo no tengo edad ni madurez hormonal suficiente para entender. Supongo que sabes a lo que me refiero. El enemigo mantiene la mirada fija en mí y en mi saco de nervios, podría oler mi miedo a kilómetros de distancia. Coge la fruta y me la acerca a los ojos, como si fueran unas gafas 3D que me van a ayudar a ver esta película con más definición. Aunque ya son cinco las dimensiones si le sumamos los temblores y el nudo en la garganta. Me quedo completamente helado mientras todo mi alrededor espera ansioso (juraría que algunos incluso han comprado palomitas a propósito para ver este espectáculo gratuito que se ha montado en un segundo en este patio de recreo).

—Venga, no te hagas el tonto.

La pieza de fruta baila entre sus manos y su tono varía. Mientras, el plátano roza mis labios para después acabar por encima de los pantalones del enemigo y yo ya no quiero tener nada que ver con esa fruta.

(Mamá, te prometo que intento comerme la fruta, pero no me han dejado. Espero que lo entiendas.)

No paran de hacerme preguntas y cada vez están más cerca de mí. El plátano sigue siendo protagonista y de repente me encuentro dentro de una clase de Educación Sexual agresiva y sarcástica. No sé qué responderles. No, de verdad y literalmente, no sé cuál es la respuesta a ninguna de sus preguntas. Ojalá pudiera contestarles, seguro que si lo supiera no sería tan divertido para ellos. Básicamente les estoy dando la satisfacción con mi ignorancia en cuanto a estos temas. Yo solo soy un niño poco desarrollado que no quiere tener nada que ver con adolescentes con exceso de hormonas. Me llevan años de ventaja. Ellos seguro que ven esa serie donde salen niños más mayores haciendo cosas que a mí ni me interesan en lo más

mínimo. Los términos se me escapan y para mí un consolador solamente puede ser una persona que consuela a otra.

—¿Quién quiere enseñarle a Ele lo que significa?

El enemigo nunca habla. El enemigo grita, porque si él lo dice, no cabe duda de que sea cierto y que, encima, deba llegarle a absolutamente todo el mundo. Lamentablemente, no es el mejor momento ni estoy por la labor de pedirle que hable más bajito. Con que no me toque ahora mismo me conformo. Pero lo hace. No es una paliza, pero tampoco son agradables los empujones que poco a poco van haciendo que llegue a la pared del edificio. Mi nuca está contra los ladrillos y poco a poco me deslizo hasta quedar de cuclillas. Ahora son gigantes y no soy ningún David que pueda vencer a estos Goliats. No me siento seguro diciéndote que me conformo con que no me toquen, pero vaya, aquí no hay nadie dispuesto a ayudarme. A saber dónde están los profesores que se encargan de hacer que esto no ocurra. El césped está detrás del edificio principal del colegio y si hay alguien vigilando, estará al otro lado. Las risas. Las miradas de complicidad entre los que comen palomitas imaginarias. La sed del drama. Tres súbditos que se convierten en decenas. Decenas que tendrán esto en la lengua a la vuelta a casa. Todo el mundo se ha enterado y en las horas después del descanso solo se comenta mi inocencia. Aparecen nuevos enemigos, minidragones, que se suman con ecos de las preguntas del recreo. No me queda más remedio que hacer del cubículo del baño mi hogar. Desde ese día no sé si el enemigo me echa de menos, pero no quiero saber si ha encontrado otras víctimas.

Venga, Ele, respira profundo, coge fuerzas y enfréntate a tu realidad. Suena el timbre. Perfecto, eso significa que ha acabado el descanso. Grito en señal de fuerza. No hay nadie en el baño, así que chillo muy alto. Quito el pestillo con la mayor majestuosidad que nadie ha utilizado jamás al salir de un baño de colegio. Con el pecho hinchado como un globo salgo de ahí y recorro el pasillo hasta llegar a mi clase. Delante del enemigo y, sin quitar por un segundo la mirada puesta en él, llego al profesor y le cuento absolutamente todo. Sonrío feliz y, en un parpadeo, sin querer cierro los ojos durante varios segundos.

Los vuelvo a abrir y en realidad sigo en el baño porque todo esto es lo que a mi cabeza le gusta pensar que hago y que de momento no me atrevo. Ya te gustaría, Ele. Ya te gustaría.

—¿Se puede saber por qué llegas tarde, Ele?

Pues porque no haces bien tu trabajo y cuando te cuentan algo así solo lo ves como «cosas de niños». No puedo decirle eso al profesor.

—Lo siento, ¿puedo?

—Siéntate, anda.

Poco a poco voy andando a mi sitio con todas las miradas puestas en mí como si esto fuera un desfile de temporada. Llego y esquivo la mirada de mi compañero de pupitre. Me escondo tras la pantalla de ordenador que me separa de la mesa de al lado y empiezo a sacar mi estuche.

—*Open your workbooks on page 27*.

Yo no tengo *workbook*. Aún no te he presentado a mis padres, pero mi historia no es la normal en ninguno de los sentidos de mi vida. La sangre que corre por mis venas es británica.

Mis padres, Erre y Ese, se conocieron en España, pero nacieron y crecieron en el Reino Unido. Soy lo que se suele llamar un niño de tercera cultura. En pocas palabras, una persona que crece en una cultura distinta de la que provienen sus padres. Por eso mis rasgos son bastante peculiares en comparación con el resto y tengo una forma de ser que no pega mucho con la gente de aquí. Han hablado con la profesora de inglés para que no tenga que hacer lo mismo que los demás en esta clase. Me dejan llevarme un libro de lectura juvenil para favorecer mi vocabulario y comprensión lectora, pero no me libro de los exámenes y aquí es cuando el enemigo se viste de cordero porque, obviamente, no voy a ayudar a un dragón que me hace la vida imposible en el recreo.

—¡Pssst! La 3 es verdadera, ¿verdad? ¡Ele! Dímela. La 3 es la que necesito. Venga, que lo de antes era una tontería, Ele. Mañana te traigo un plátano nuevo, si quieres. Vamos, campeón, dímelo.

Por mucha piel de cordero que vistas, no me engañas. No dejas de ser quien eras hace cinco minutos. O al menos hasta que muestres algo de arrepentimiento. Nada ha cambiado y por eso me fastidia tanto que ahora mismo esté susurrándole de nuevo las respuestas y dejándome usar un día más. Él gana otra vez. ¿Llegará el día en el que me tatúe? Quiero ese dragón salvador en mi piel y no confío en que vaya a estarlo jamás. Imagínate tener veinticinco años y seguir dejándoles los ejercicios de inglés a los dragones. Sin tatuaje y sin avanzar. Quiero ser Ele de León que se convierte en rey, no Ele de Lechuga que se deja comer como si fuera una ensalada.

Lo que sí que tengo claro es que tengo un objetivo. Empieza mi propósito de dejar de ser una lechuga.

Y esto empieza hoy de camino a casa. Hoy no voy a esperar a mi vecina con la que vuelvo todos los días. Ella no es como el resto, pero necesito este trayecto para mí solito. Del colegio hasta mi casa no hay mucho camino, pero se hace eterno cuando arrastras tanto por dentro. Me muerdo el labio para controlar las ganas de llorar que inundan mis párpados tras tocar el timbre. Me abre la puerta Ese y rápidamente vuelve a la cocina porque está friendo patatas. Es como si supiera que hoy necesito mi comida favorita para recomponerme.

Tengo a la madre más loca del mundo. Se llama Ese. Ese de Siempre. Ese de Salvación y Ese de Saltar. Literalmente va a todos lados saltando y es el alma más positiva que conozco. Tiene el pelo rubio teñido y un moreno muy poco propio de su país de origen. Le gusta llevar calcetines impares, uno de cada color; y siempre tiene ganas de jugar a juegos de mesa. Le gusta salir a hacer deporte y está aprendiendo francés. Está como una cabra, aunque a mí eso me encanta. Yo creo que he salido más a ella que a mi padre, Erre. Tiene un alma igual de buena pero no irradia tanta positividad de primeras. Sabe más de ocho idiomas y tiene el pelo tan rizado que parece un peluche. Acumula unos cinco mil libros en su oficina y siempre trata de solucionarme mis dudas existenciales. Empieza la comida y de primero justo lo que quería: ensalada. Empezamos bien con mi objetivo lechuga.

—No cojas patatas, Ele. Espera a que llegue Hache.

Hache es mi hermana. Tiene dos años menos y es casi igual que yo. Desde pequeños

hemos viajado mucho en familia y, a raíz de eso, hemos tenido que pasar tanto tiempo juntos que somos casi hermanos mellizos.

Esta tarde tengo clase de ukelele en la escuela de música. Acudo una vez a la semana y mi profesora es increíble. Su clase es el único momento del día en el que me siento completamente libre. Para hoy he traído ensayada una pieza clásica aparte de otra de pop actual. Es un trato que tengo con ella, puedo elegir la canción que yo quiera de la lista de éxitos, siempre y cuando traiga aprendida una de hace varios siglos con algo más de riqueza melódica. Todos los días debatimos esto y me posiciono con fuerza en contra de la gente purista que no aprecia los nuevos estilos. No me gusta la gente que tacha una canción por ser de una forma, estilo, o simplemente ser una canción más conocida. No eres mejor que nadie por escuchar una música antes que el resto, ni eres mejor por escuchar lo que no escucha nadie. Escucha lo que quieras escuchar y deja que los demás hagan lo mismo. No es tan difícil.

Para calmar este debate con la profesora suelo pedirle ir al baño, así a la vuelta hacemos como que no ha pasado nada y nos centramos en la parte más musical de nuestra relación profesional. Cierro la puerta mientras la miro y le hago una mueca. Creo que aquí soy una persona completamente distinta que cuando estoy en el instituto o en casa con Erre, Ese y Hache. Quizá solo aquí yo me permita a mí mismo ser la verdadera persona que tengo dentro.

Me estoy volviendo demasiado profundo de repente. Mejor volvemos a mi trayecto al baño y ya nos metemos en profundidades en otro momento. Mi profesora me está esperando porque no queda mucho tiempo de clase. Qué raro. Mis clases de música son dentro de un edificio cultural donde solo se imparten destrezas artísticas y, desde que he salido del aula de ukelele, solo veo a chicos con la equipación de fútbol del pueblo por todos lados. Yo no hago mucho deporte, me siento invadido.

De camino al baño hay un corcho de información y novedades, así que me paro unos segundos a ver qué conciertos y actividades hay pronto. En la esquina de arriba diviso un cartel donde se convocan reuniones de la fundación de fútbol del pueblo. Claro, por eso hay tantos jóvenes futbolistas por todas partes. Ahora tiene más sentido. Sigo leyendo los demás anuncios y de repente mis pantalones están en el suelo.

Se erizan todos los pelos de mi cuerpo del susto y la confusión. Mis instintos no funcionan y pasan un par de segundos hasta que consigo reaccionar por el poco sentido que mi mente le encuentra a este momento. Seguidamente me agacho y me los vuelvo a subir como si no hubiera pasado nada. Alguien me ha bajado los pantalones y me ha dejado en calzoncillos delante de los niños y niñas del patio del edificio. Me doy la vuelta y está ahí, mirándome fijamente y haciendo muecas imitando lo que hacía con el plátano en el patio del recreo.

Cierro los ojos, cojo aire, y me doy la vuelta hacia el baño antes de abrirlos de nuevo. No quiero tener nada que ver con el dragón nunca más. Quiero mudarme a otra ciudad, cambiarme de colegio como en las películas, empezar de cero y no pensar en todas las inseguridades que acaban de aflorar por estar desnudo de cintura para abajo delante de toda esta gente. Ya no puedo hacer nada y todo el mundo me está mirando. Sigo el camino hacia el

baño porque, al fin y al cabo, ya tengo experiencia haciendo eso.

Cierro la puerta del baño y apoyo la nuca contra la puerta. Mi espalda se desliza por la madera hasta que llego al suelo y acabo como esta mañana con el enemigo delante.

¿Por qué yo? ¿Tengo algo que no tengan los demás? ¿Me falta algo que debería tener? Igual es porque no hago deporte, como el resto. Es una tontería, pero, visto lo visto, una tontería puede convertirse en un espectáculo para todo el colegio, y ahora la escuela de música. Los niños siempre han jugado al fútbol y a mí me da miedo enfrentarme al balón. Desde que tengo uso de razón sé que quiero invertir mi tiempo en aprender música, de todas las formas posibles y de momento empezando por mi ukelele. No pienso cambiarlo por un balón.

Me levanto a lavarme la cara. No quiero explicarle nada de esto a la profesora. Más me vale volver pronto si no quiero que sospeche. Si solamente no se hubiera abierto la puerta en el momento más inoportuno y entrara por ella la persona más inoportuna.

Un dragón sabe perfectamente lo que quiere y cómo conseguirlo. Y si eso es hacerme la vida imposible, y privarme de mi seguridad, le está funcionando demasiado bien. Quiero que deje de mirarme. Ahora su espalda está contra la puerta. Pero él no se desliza. Él sujeta la puerta y si pretende hacerme sentir que estoy atrapado, vaya pues, lo está consiguiendo. Quiero que deje de hablarme de cosas que no quiero hablar. Dejarme en paz es algo mucho más sencillo de lo que lo hace parecer. De verdad no es necesario preguntarme ahora mismo por mi escaso impulso sexual. Hay una fina línea entre la curiosidad y la persuasión; entre el consentimiento y la obligación; entre una broma y el acoso.

—Cuando yo lo hago llego hasta el techo. ¿Tú cuántas veces lo haces al día?

Necesito irme de aquí.

—Te voy a enseñar unas fotos, a ver si te gustan.

Está delante de la puerta.

—Si quieres probamos, en el equipo siempre lo hacemos.

Tiene una mano en el bolsillo y tengo miedo.

—Venga, Ele, ¿qué eres ahora, un santo?

Veo que en el baño hay una ventana. Tengo una idea.

—¿Necesitas un ukelele para poder decir algo por esa boquita?

Un poco, ahí tiene razón. Pero eso no es lo importante. Lo crucial es que hay una ventana y tengo que utilizarla a mi favor. No para salir por ahí, podría hacerme daño. Puedo hacer como que algo sucede a través de ella y distraer su atención. Si lo consigo, ya no estará en la puerta y podría salir antes que él. El enemigo es muy rápido, juega al fútbol y es de los mejores en velocidad; pero en cuanto me haya alcanzado ya estaremos fuera del baño y no se atrevería a agredirme de ninguna manera. Solo me haría cosas que pudiera defenderlas más tarde como una simple broma, pero una broma deja de ser una broma cuando para uno de los dos no es graciosa. Ya sea unas palabras, una bajada de pantalones o un tortazo en la cara. Si el otro no se ríe, deja de hacerlo. Y si ya sabes que no se ríe y lo haces de nuevo, desde mis ojos no hay

otra palabra que no sea bullying. No tienen que pegarte una paliza para sentirte así, espero que nadie nunca te pida esa justificación, como siempre me lo han hecho a mí.

—Oye, ¿aquel de allí no es tu entrenador que te está buscando?

Mi plan funciona y corre hacia la ventana para comprobar que no se está metiendo en un lío. Corriendo, yo escapo de este lío y en cuanto piso las baldosas del patio fuera del baño empiezo a andar como una persona normal. Sin mirar atrás. No sé si viene corriendo detrás o si aún está en el baño pensando en todas esas cosas que me contaba. Quiero pensar que se va a ir de aquí y no va a volver nunca jamás. Este sitio es el único lugar donde me puedo sentir yo mismo y no pienso dejar que se apropie de ello también.

—¿Todo bien Ele?

No, todo mal. Pero no lo entenderías. Nadie lo hace y prefiero que te centres en que estoy poniendo los dedos bien en los trastes del ukelele. Ahora solo quiero llegar a casa.

Para cenar Ese ha hecho tostadas. Una de mermelada y otra de chocolate. Erre ya no está. Ya está de camino al aeropuerto para viajar a un país al sur de Asia. Su trabajo le impide estar en casa durante varios meses y no sé hasta qué punto eso enfriará mi relación con él. Me encantaría poder decirle: papá, tengo este problema, entre todos los que tienes seguro que hay un libro que tenga una solución para todo esto. Aun así no sé si podría llegar a ser tan valiente.

Esta noche estamos Ese y yo solos en casa.

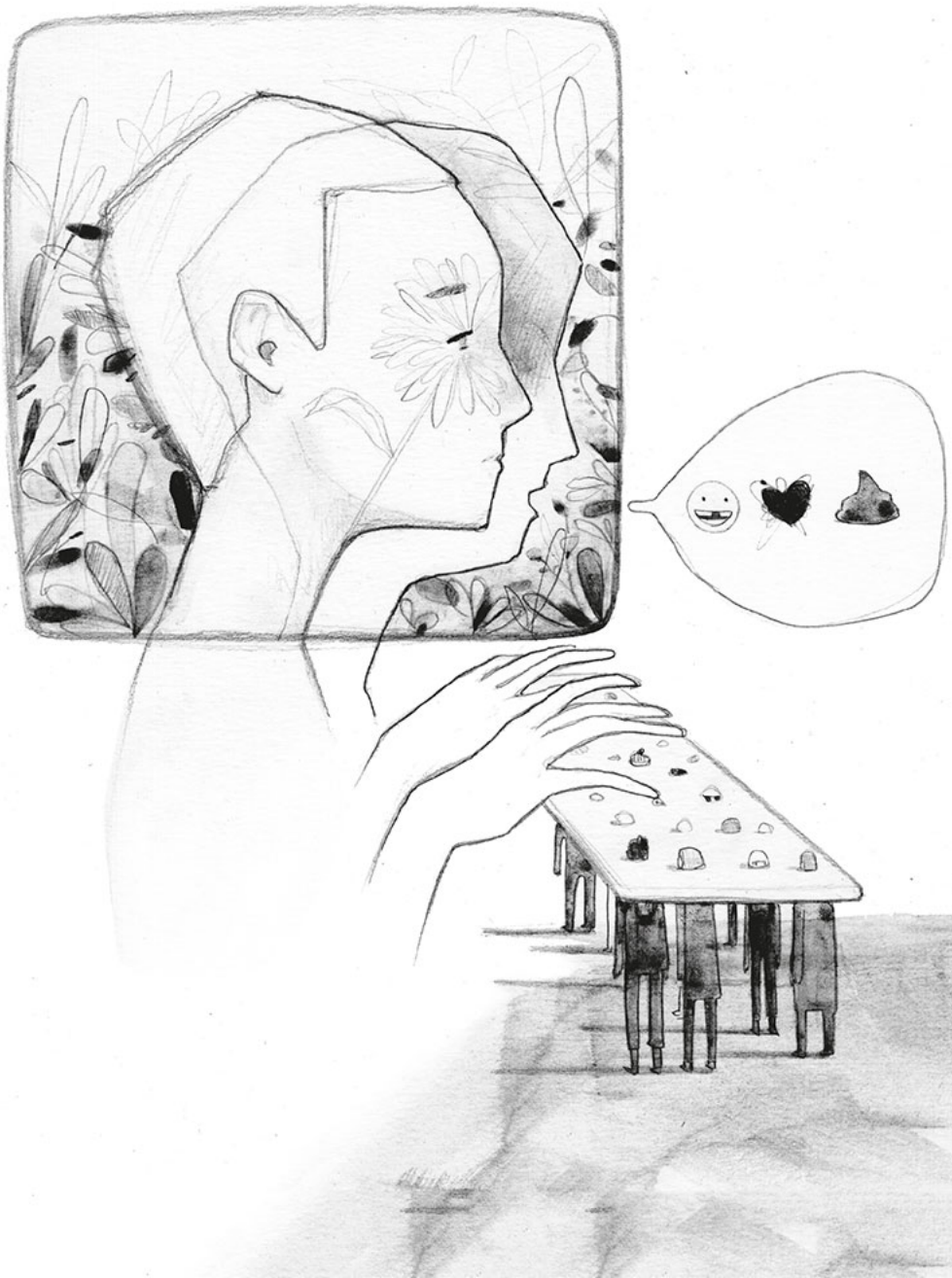
—¿Quieres jugar a las cartas?

Acepto y es la mejor decisión que he tomado hoy. Ella disfruta tanto pasando este rato conmigo que entro en una dimensión donde el enemigo ya casi no existe y me siento completamente en paz. Bueno, no del todo, claro. Caigo en que Ese no sabe lo que está pasando todos y cada uno de mis días.

Me intento convencer de que tiene solución y de que no es algo que está predestinado para mí. Que si tienes un problema con alguien se lo digas. Que si tienes miedo no te lo quedes dentro. Que si alguien no te escucha que lo digas más fuerte. Que no pares hasta conseguir liberar todo lo que te preocupa. Odio que no me tomen en serio y quizá por eso cada vez que lo intento me achato un poquito más. Mamá, quiero ser mayor. Mamá, ¿por qué no soy mejor? Quiero decirte que necesito olvidar todo esto, pero no sé si soy capaz de articular esas palabras. Decirle todo lo que ha pasado y lleva pasando desde hace meses me asusta casi tanto como una pelea con el dragón. Las consecuencias que predice mi cabeza pueden ser la solución a todos mis problemas o una catástrofe absoluta que desencadene una vida mucho más complicada de lo que todavía es. Terminamos de jugar media hora más tarde de la hora en la que me suele decir que me vaya a la cama. Esto nunca sucede y estoy empezando a sospechar que nota algo. Poco después viene a darme las buenas noches con una sorpresa que me ha comprado esta tarde para el desayuno de mañana. No es ni una pieza de fruta ni un croissant. Ha traído un donut personalizado con un mensaje encima que pone «eres más grande de lo que te imaginas». En cuanto lo veo rompo a llorar, me da la mano y se sienta en

mi cama. Cojo aire y trago saliva.

—Ese, tengo miedo.



El día que el chico del ukelele se enamoró

… y le fue correspondido. Porque claro, ya se había enamorado más veces en el pasado. En concreto cuatro. De la rubia de tercero de primaria, de la hija de la amiga de sus padres, de la chica que se reía con él del intercambio, y de la chica perfecta del campamento (hasta el día de hoy la chica más guapa que ha visto nunca). Solo que con ellas cuatro, o no tuvo la misma suerte al otro lado, o simplemente no se atrevió a decirles lo que sentía en voz alta. El chico del ukelele es bastante tímido en este aspecto. Y creo que ya está llegando el punto en el que tengo que dejar de hablar de mí mismo en tercera persona. Vale. Sí. Soy tímido. Tímido y a la vez extrovertido. «Pero… ¿eso se puede?», me juego un paquete de galletas a que eso es lo que estás pensando ahora mismo. Es posible y te lo pienso explicar. Básicamente, aunque me cueste mucho interactuar con alguien nuevo, recibo toda mi energía estando acompañado de otras personas. Es como que me cuesta romper el hielo, pero vivo a base de mojitos. No mola.

Al igual que te hablé de los nervios, la timidez también puede ser bonita. Antes era mucho más tímido que ahora. Hoy en día (en el hoy de ahora mismo, cuando estoy escribiendo esta historia) diría que soy un cuarenta por ciento menos tímido de lo que era el día que me enamoré por primera vez. Y estoy orgulloso de ello. Pero ahora lo que nos atañe es la historia de cómo surgió el romance entre Ele y la chica más tímida que he conocido nunca, Eme.

Empecemos por el principio. Yo estoy en primero de bachillerato, sufriendo como cualquier estudiante que no para de recibir presión por todos lados para decidir qué va a hacer con su vida. Y la verdad es que no tengo ni idea de lo que quiero ser. En principio lo único que se me ocurre es estudiar medicina. Ser médico tiene que ser increíble, pero también implica estudiar mucho más de lo que me apetece. De momento no pienso tomar ninguna decisión ni agobiarme. Esto es un problema para el Ele de dentro de un año, cuando tenga que ir a la universidad.

Aparte de la presión por decidir mi futuro, también estoy sufriendo por ser distinto a todos los demás. Y no me refiero a mi forma de ser, sé de sobra lo raro que soy y no tengo

ningún problema con ello. Bueno, a veces sí. Pero a lo que me refiero es que soy distinto a todos los chicos, con énfasis en el género masculino. Tengo dieciséis años y estoy empezando a pegar el estirón, ahora. Empezando a desarrollarme como adulto, ahora. Empezando a tener pelo en las piernas, ahora. Descubriendo que existen las hormonas, ahora. Todo me viene ahora, con estos dieciséis recién cumplidos. Ellos ya tuvieron esos cambios hace años. Yo estaba muy tranquilo sin cosas nuevas por mi cuerpo. Me había fijado que ellos cambiaban y yo no, pero para mí eso era un alivio. Mi timidez estaba muy tranquila cuando hace cuatro años se comparaban a ver quién olía más a sudor, pudiendo escaparme y ser ajeno a cualquier tipo de comparación. También tenía su lado negativo, porque a veces aprovechaban que era más pequeño y maleable para salirse con la suya. Pero ahora es distinto. Ahora estoy empezando a ser uno de ellos, pero bueno. Ahora mismo solo tengo que acostumbrarme a que en clase de coro a veces me saldrá algún gallo y que probablemente ya no podré ser solista.

Como todos los días desde hace un año, vuelvo del instituto andando con mi vecina Uve. Es más maja que las pesetas y siempre se ríe con todo lo que digo. De hecho, a Uve la conocí en un intercambio, y fue precisamente su risa la razón por la que me enamoré de ella. Por suerte, nunca le llegué a decir nada y a día de hoy seguimos siendo amigos. Ahora cuando se ríe ya no suspiro, me río también celebrando que aún nos acompañamos a casa. Ambos vivimos muy cerca del instituto y no nos da mucho tiempo a contarnos las cosas, pero no pasa nada porque todas las tardes las pasamos juntos en su casa en el mundo virtual al que, sin querer, nos hemos enganchado: Veinte.

Veinte es la red social de moda. La tienen todos los del instituto. Hasta los que no les llega la edad mínima para unirse. Yo tengo dos cuentas en Veinte. La de verdad, la de Ele, y la otra. Dentro de Veinte, hay un secreto. Una parte escondida que pocos conocen. Un universo donde estamos completamente sumergidos Uve y Yo. Nosotros lo llamamos Veinte Famoso o Veinte Falso, ya que es nuestra segunda vida, nuestra vida falsa. En este mundo empiezas creándote un perfil con un nombre inventado, normalmente en inglés. Te descargas una foto (de algún blog de fotografía hípster) para ponértela de perfil, pero no sin antes haberla editado con un filtro que difumina la piel y pone los labios de color naranja. Mi nombre en la cuenta falsa es Dave Smiles. Dave porque sí, tiene gancho. Y Smiles porque creo que sonrío tanto que no podría ser de otra forma. Mi foto de perfil es de un chico rubio con flequillo con unas gafas de pasta y un vaso de café. Ese es un dato importante que tenías que saber.

En el perfil, debajo de la foto que no es de ti y tu nombre que no es tu nombre, hay un tablón donde poder escribir cosas y dejar un poco más de ti. Yo suelo poner algún poema que haya escrito esos días, o mi canción favorita del momento. Lo irónico es que, aunque me esconda detrás de la máscara del nombre y foto falsa, lo que suelo escribir ahí siempre es bastante acorde con mi persona real. No estoy siendo siempre otra persona totalmente ajena a mí. Quizá esto se trata más de ser tú mismo pero en la piel de alguien imaginario. Ah, y lo más importante: que nadie sabe que eres tú.

Ahí metidos nos pasamos las tardes Uve y yo. En cuanto termino de comer, hago los ejercicios que me hayan mandado para el día siguiente y una vez terminado, voy. Casi siempre

me abre su padre la puerta, y después de un chiste malo me deja subir las escaleras al cuarto de Uve. Suelo caerles bastante bien a los padres de mis amigos. Creo que tengo cara de persona responsable. No sé muy bien cómo definirte esa cara, pero créeme que la tengo.

Normalmente nos quedamos en su habitación porque ahí es donde tiene el ordenador y podemos estar seguros de que nadie nos va a molestar.

Me siento y encendemos el ordenador.

Abrimos dos navegadores distintos para poder iniciar sesión en nuestras dos cuentas y nos vamos turnando para utilizarlas. Primero editamos las fotos que tenemos descargadas de blogs aleatorios. Luego solo queda pensar en un título y subirlas. De hecho, en algunas fotos sale más de una persona, y nos etiquetamos entre nosotros. Son del estilo de dos amigos en un campo de girasoles, o con las manos al aire enfrente de una puesta de sol. Yo etiqueto a Uve en las mías y ella a mí en las suyas. Hay otras que son más románticas, del estilo de chico abrazando a chica en la cocina, pero para eso hace falta tener novia. Novia falsa.

Llevar tanto tiempo en la red social significa acabar conociendo a gente. Sin querer le has dado a agregar a otra persona que tiene una foto guay, resulta que es simpática y os acabáis haciendo amigos. Esto le pasa más a Uve que a mí, es menos tímida que yo y agrega a cualquiera. Pero me viene bien, porque una vez que Uve les conoce me suelen agregar a mí ya que estoy en prácticamente todas sus fotos. Al final se va formando una comunidad bastante grande en la que empieza a haber conexiones de todo tipo. Mejores amigos, novios, e incluso familias. Todo se resume en adoptar roles falsos y vivirlos dentro de Veinte Falso.

Atento, que ahora llegamos a la parte importante. Ya tengo más de cuarenta amigos en mi perfil. De primeras no te parece mucha gente, pero si lo piensas, es mucha gente que has conocido como una versión de ellos mismos y que, al final, se han convertido en amigos casi reales. Una de esas amistades es ella, Bella Olsson.

holita
¡hola!
tú eres el hermano de Uve, ¿no?
bueno, somos mejores amigos
Ah, eso :) y qué tal?

Me da hasta vergüenza enseñarte esta conversación, pero este mundo virtual es así, no te voy a engañar.

Ese ha sido nuestro primer encuentro. Tres días después, ya somos novios. Lo de ser pareja es meramente una excusa para poder subir fotos más románticas y poder etiquetar a otra persona. También creo que te da cierto nivel en esta sociedad falsa que hay construida. Todos tus contactos ven que estáis saliendo y pruebas esa pizca de popularidad que nunca tuviste en

el colegio. Un tanto tóxico, pero bueno, nada es real por aquí.

A partir de ese día, hablamos todos los días sin excepción. Se ha convertido en rutina y sé que al conectarme tendré un mensaje de Bella en el chat con algún tipo de piropo. Yo siempre se lo devuelvo, porque a fin de cuentas eso es lo que haría un novio. Pero me da miedo que esta chica detrás de la pantalla, que aún no sé ni cómo se llama, llegue a confundir realidades y tenga una ilusión que al final acabe siendo real. Aun así, es pronto para decir nada.

Van pasando las semanas y nuestras conversaciones se resumen en contarnos lo que hemos hecho en el día, nuestras batallas familiares en casa y las canciones que más estamos escuchando. La verdad es que me resulta muy divertido hablar con ella. Tanto que a veces Uve se enfada un poco porque monopolizo el ordenador y acabo pasando más rato que ella. Pero eso no va a durar mucho.

Ahora mi padre me deja usar un poco el ordenador por las noches. Si está apagado a las once, no hay broncas.

He descubierto su nombre. Su nombre real. Se llama Eme. Es un poco raro saber cómo se llama de verdad porque yo no siento que Eme sea mi novia. En este juego la novia de Dave es Bella, no Eme. Al fin y al cabo, esto para mí solo es un juego. Me he integrado tanto en el mundo que soy capaz de disociar mis dos realidades. Y soy feliz teniendo novia dentro de Veinte y siendo soltero por fuera. El problema es que no me atrevo a preguntarle si ella también lo ve así. Algo me dice que para ella esto va un poco más allá. Pero bueno, aún sigue siendo pronto para decir nada.

Sus padres todavía no lo saben, pero los míos tampoco. Sería muy raro contarles que mi otro yo se ha enamorado del otro yo de una chica a través de una red social. ¿Te imaginas? «Pero eh, que ya sé cómo se llama en la vida real, todo normal», les podría decir. «¿Pero entonces nosotros somos suegros falsos o cómo funciona?», me podrían contestar. Imposible, no puedo contarles esto. Me tomarían por loco y harían demasiadas preguntas. Pero a quien sí que se lo ha contado Eme es a su grupo de amigas, y ahora todas quieren conocerme. Quieren conocerme cuanto antes, pero no porque tengan curiosidad sobre mí, sino porque no se lo creen. No se creen que soy real, que me llamo Ele, que soy un chico. Y no es ninguna broma. Además, en el fondo, sé que Eme tampoco se lo cree.

Esta tarde hemos quedado para conocernos en una videollamada. Ellas salen de clase a las cinco y me avisarán cuando lleguen a casa de Eme. Me avisarán en plural. Todas ellas, Eme y las cuatro restantes de su supergrupito de amigas. No me lo esperaba así, pero creo que de esta forma será menos incómodo vernos por primera vez, aunque en su lado de la pantalla habrá cuatro personas más que en el mío. Y eso es raro. Había pensado en decirle algo a Uve, pero ella nunca ha conocido a nadie de Veinte Famoso en la vida real y creo que no se lo tomaría muy bien.

Son las cinco y media y Eme se acaba de conectar. Yo he ordenado mi cuarto para la ocasión, no sé cómo mi madre no se ha extrañado ni un poquito. Para tranquilizarme esta última media hora he estado practicando una canción de Pereza con el ukelele, «Princesas», por si te pica la curiosidad. Y justo cuando estoy terminando de cantar «soltar en una

carcajada todo el aire y después respirar», suena el ordenador. Suelto todo el aire, respiro, no hay carcajada, pero sí unos cuantos nervios. Acepto la llamada.

Y cuelgo.

Ha sido increíble. Dos horas que han parecido diez minutos. Hemos hablado de todo. Las cinco tienen un perfil dentro de Veinte Famoso, por lo que me han contado desde cómo editan ellas sus fotos, hasta cotilleos de personas que tenemos en común. Incluso hemos tenido tiempo de compartir cosas de nuestras vidas reales. Ahora sé cómo se llaman, dónde viven y qué quieren estudiar. Solo hay una cosa que me ha llamado la atención, y es sobre la persona que menos ha hablado en toda la conversación, Eme. De vez en cuando se reía, pero apenas ha aportado nada en la llamada. Ha habido un momento un poco incómodo en el que una de sus amigas me ha pedido que les cantase algo. Creo que un día hablando con Eme se me escapó que de mayor quería ser cantante. Puede ser que ella se lo haya contado a todas, o igual simplemente han visto el ukelele que tengo tirado en el sofá de atrás. Al principio me reí. Era completamente surrealista que fuera a cantarles en la primera videollamada. Qué tipo de exceso de confianza es esta, pensé. Pero al final accedí, y les canté un trozo de la canción que justo estaba tocando cuando me interrumpió su llamada. Y todo esto, a través de una maldita pantalla. Cinco chicas que viven en la capital y un chico con su ukelele en un pueblo a unos 500 km.

Nuevos amigos, demasiada conexión, y una despedida con ganas de más. Les di mi número de teléfono real antes de colgar, por si algún otro día que se juntaran les apetecía que volviéramos a hablar, pero esa misma noche una de ellas ya me mandó un mensaje.

Es un mensaje de texto con un piropo. En la vida real. No es nada del otro mundo, pero claramente es de Eme. Me ha saludado igual que como lo hace en Veinte. La única diferencia es que aquí no me sale responderle de la misma forma. No tiene sentido que actuemos así en la vida real. Directamente voy a preguntarle que qué tal se lo ha pasado hoy y espero que la conversación fluya. Ella me cuenta que ha discutido con sus padres, los trabajos que tiene que entregar mañana, y su canción favorita de esta semana: «Enchanted», de Taylor Swift. Nos despedimos y me pongo a escuchar la canción que me ha recomendado. «Todo lo que sé, es que estoy encantada de conocerte.» Apago el ordenador, me meto en la cama, y no soy capaz de dormir con esa maldita frase en bucle en mi cabeza.

Los días en Veinte Famoso transcurren como siempre. Nuestras conversaciones en la vida real no frenan las del mundo en el que ya somos novios, pero conforme va pasando el tiempo, la línea se va haciendo más fina y cada vez me cuesta más dormir por las noches preocupado por Eme. Estoy convencido de que estamos en páginas distintas. Ella está en la página 13 y yo aún ni he empezado el libro. No sé si me entiendes. Han pasado ya varias semanas desde la primera videollamada y veo señales por todas partes de que algo está pasando aquí. Algo que jamás en la vida me ha pasado. Creo que le gusto a alguien. Y creo que le gusto de verdad.

Me encantaría decir que es recíproco, pero se me da fatal mentir. Nunca lo he visto de esa

manera y es muy raro porque apenas ha pasado tiempo. Por mucho que hayamos jugado a ser algo, para mí solo ha sido un juego. Esto me pasa por jugar con el amor y con reglas no pactadas. Necesito un plan de acción.

Por un lado, creo que debería ser sincero con ella y evitar que pueda hacerle daño en un futuro, pero tampoco es que ella me haya dicho nada. Son todo suposiciones mías por el momento. Igual Eme también está jugando y le doy completamente igual, pero el instinto me dice que no es eso. Otra parte de mí está pensando en que es la primera vez que alguien siente algo así por mí. Sería algo precioso si yo sintiera lo mismo, pero no es así. No es así ahora mismo, quizá con el tiempo mi opinión pueda cambiar. Más que mi opinión, mis sentimientos. La verdad es que me simplificaría las cosas: mi instinto me dice que ya tengo el sí. Venga, que lo voy intentar. Voy a esperar, a ver si con el tiempo me enamoro. No puede ser tan difícil, ¿no?

Otro lunes llega y estoy volviendo a casa con Uve. Me cuenta que en este tiempo ella también ha conocido a alguien. No te voy a decir cómo se llama porque eso es su historia y me mataría, pero estoy feliz por ella. La veo ilusionada cuando me enseña sus mensajes y todas las fotos que suben cada semana. Están empezando de la misma manera que empezaron Dave y Bella. La única diferencia es que Uve probablemente nunca haga una videollamada con sus amigos y ponga un pie en la vida real con él.

Esta tarde vuelvo a ir a su casa como en los viejos tiempos. Me ha dicho que echa de menos las tardes editando fotos y, bueno, la verdad es que yo también. Acabamos encontrando algunas fotos de parejas dobles. Tras editarlas las subimos, ya hay suficiente confianza como para tener citas dobles en Veinte. Citas que en verdad son fotos. Conversaciones que en realidad son comentarios. Y besos que, bueno, ya sabes.

Aprovechando que estoy en su casa, decido contarle a Uve mis avances con Eme. Que hablamos por mensajes de texto. Que hemos hecho una videollamada. Que he conocido a sus amigas. He recibido la misma cara de terror que si le hubiese contado que he atropellado a su perro. Está en shock y no se lo puede creer. Me respeta, pero me pide que tenga cuidado. Que tenga cuidado con Eme, que el amor no es un juego y que no debería forzar ningún sentimiento.

Y que tenga cuidado yo, que el amor a través de internet puede salir muy mal. Ella nunca había visto algo surgir de esa manera de una red social. Y Uve conoce a mucha gente dentro de ahí. Si esto hubiera pasado más veces, la persona que lo sabría sería Uve. Y no lo sabe. Eme y yo somos unos pioneros. Un pionero que no sabe lo que quiere con una pionera que no sabe hablar en la vida real.

Creo que nadie en el mundo puede ganarle a tímida. Yo soy finalista, pero ella tiene la medalla de oro. Incluso me atrevo a decir que eso es algo que me motiva a dejar a un lado mi Yo vergonzoso. Sé que ella lo es un poco más que yo, algo que mi cabeza traduce como zona segura. Supongo que es normal, prácticamente todo lo que nos conocemos ha sido dentro de Veinte. Ahora ya no hay máscaras ni fotos de modelos. Ahora somos ella y yo descubriendo quiénes somos, aunque ya nos «conozcamos». Pero he de decir que poco a poco se está

desprendiendo de su timidez para hablar conmigo. Algunos días la llamo de sorpresa y cada vez marca más minutos.

Lo que más me gusta de ella es que me hace sentir gracioso. *Déjà vu* a cuando estuve de intercambio con Uve. Hay algo de la risa de los demás que me vuelve loco, sobre todo cuando es por mí. Eme aún no se ha reído tanto como para enamorarme, aunque siempre se ríe cuando estamos en videollamadas. Sobre todo cuando decidimos hacer una videollamada los dos solos, un martes por la noche, por ejemplo. Quizá sea su timidez disimulando su poca conversación, pero, sea lo que sea, me da igual. Se ríe a carcajadas y le está dando de comer a esto que estoy intentando sentir hacia ella. Si ella antes estaba en la página 13, ahora está en la 30. Y yo, creo que al fin estoy abriendo el libro.

A veces los viernes por la noche Uve y yo quedamos con nuestra pandilla de amigos para comer pipas en la plaza azul del pueblo. Nos sentamos en la fuente o en los bancos y compramos chuches en el quiosco de la esquina. Pero esta vez, aunque hayamos quedado con todos, nosotros estamos en un banco a dos metros del resto. Uve está preocupada porque cada vez está más obsesionada con su novio. Su novio virtual, no lo olvides. Han pasado demasiadas tardes hablando y ahora un día que no se conecta es sinónimo de un mal día. A veces le deja de contestar y desaparece dos semanas sin decirle nada, pero ella nunca le pide explicaciones. Siente que eso sería meterse en su vida, en la de verdad. Ahora lo pienso, y vaya locura que mi mejor amiga tenga una dependencia emocional hacia alguien que literalmente podría ser cualquier persona. Esta es la primera vez que he sentido alivio al pensar en que accedí a hacer una videollamada con cinco extrañas, pero ella eso nunca lo haría. Sería un delito traspasar esa frontera. Como si un mago utilizara la magia fuera del mundo de los magos. Y justo cuando pensaba que la conversación se iba a acabar Uve devuelve la pelota a mi campo. Me hace la pregunta más directa que me han hecho jamás. Y yo le contesto como si fuera un piloto automático.

—¿Estás seguro de que quieres a Eme?

—No.

—¿Entonces por qué sigues intentándolo?

—Porque me da miedo que nunca nadie más se enamore de mí.

Probablemente la peor razón que haya existido para sentir amor. Pero suficiente como para cerrar la conversación con Uve. Volvemos con el resto y nadie pregunta nada. Saben que hay algo raro pero se limitan a ofrecernos pipas y a hablar de programas de televisión.

Cada vez utilizo menos Veinte. Supongo que Veinte llenaba un vacío que ahora llenan Eme y sus cuatro amigas. Hacemos videollamadas grupales todos los viernes antes de que yo salga de casa con mis amigos y mis pipas. También cae alguna llamada entre semana a solas con Eme y a diario chateamos sin parar por el móvil. Hay días que echo de menos buscar fotos, editarlas, y esperar el comentario de Bella embobado, refrescando la pantalla. Era una especie de refugio divertido en el que podía ser quien quisiera. Ahora no tengo máscara, Eme sabe quién soy. Aunque bueno, me conoció con la máscara puesta, igual por eso está enamorada de mí. Quizá se enamoró porque yo elegí lo que mostrar de mí. Y, a partir de ese

momento, ya me vio con buenos ojos. Fuera como fuese, le iba a gustar, y ahora mismo siento que Eme y yo estamos en un limbo extraño en el que ninguno de los dos se atreve a preguntar por la realidad. Nos comportamos de manera parecida a cuando éramos pareja virtual, pero sin serlo. No ha habido ninguna «transferencia de roles». Ningún «copia y pega» de eso a esto. En cualquier caso, no voy a hacer eso a través de una pantalla. Tendría que hacerlo en persona.

En este justo momento me prometo a mí mismo que si alguna vez veo a Eme, le pediré salir. Exactamente igual que el 30 de enero Dave le pidió salir a Bella, solo que, ahora, de verdad. Con razones y sin pantallas. Ele y Eme. Madre mía, hasta quedan bonitas nuestras iniciales juntas. Justo lo que yo quería.

Todos los días 29 de mes estamos tensos porque a medianoche se cumple un mes más de lo que sea que empezaron esos personajes a través de la pantalla. Y aunque ya apenas pensamos en esa vida secreta que compartíamos, ese número está tatuado en lo que nos une. Es completamente imposible que se me olvide. Además, también nos une una canción: «Ours». Es nuestra y de nadie más, seguro que Taylor Swift la compuso pensando en nosotros. Eme sabe perfectamente cuál es mi mayor complejo, así que antes de colgar cada videollamada me repite la frase de la canción: «me encanta el hueco entre tus dientes». Y, así, me voy a dormir un poco más tranquilo conmigo mismo y con mis paletas separadas.

Han pasado un par de meses y acabo de colgar el teléfono. Creo que voy a conocerla. Sus amigas este verano van a un pueblo que está a unos veinte kilómetros del mío y me ha preguntado si me apetece que nos veamos. Con solo pensar en esa distancia entre nosotros ya me he puesto a temblar. Aún queda mucho para agosto, pero oye, también faltaba mucho para acabar el curso y apenas quedan un par de semanas de exámenes. Si me descuido un poco parpadearé demasiado lento y ya será el día 13.

Es hoy. Hoy voy a conocer a Bella, a Eme. Uve y yo estamos matando el tiempo dando vueltas por el pueblo. Y somos los únicos. No es muy recomendable salir a primera hora de la tarde bajo el ardiente sol de agosto a dar una vuelta, pero no podemos quedarnos en casa. Uve también está nerviosa. Supongo que por mí sobre todo, aunque seguro que también por sí misma y por el hecho de que por mi culpa va a romper la línea entre la realidad y lo virtual.

Sentados en un banco en la avenida donde hemos quedado con ellas, de repente aparca un coche delante de nosotros. Tardan en abrir las puertas. Tanto que en mi mente he podido volver a casa, ducharme de nuevo, echarme más colonia y volver al momento en el que estamos. Si están tardando tanto solo puede significar que son ellas. Eme no es la primera que sale del coche, pero al abrir la puerta ya distingo su camiseta de Los Ramones, sentada en el asiento del medio, protegida a ambos lados por sus dos amigas que ya están saliendo del vehículo. Vienen disparadas a darme un abrazo. Un abrazo que resume todas esas tardes de videollamadas, fotos etiquetadas en Veinte y una amistad mantenida a distancia que no ha

sido en vano. Somos reales y ha merecido la pena.

Mi primer encuentro con Eme es tímido, no podría ser de otra manera. Un abrazo fuerte y, al separarnos, dos sonrisas difíciles de ocultar mientras evitamos mirarnos a los ojos. Parece que de repente me ha contagiado su timidez. No puedo evitarlo, es la primera vez en mi vida que siento presión por hacer que todo salga bien con alguien que me gusta. Nunca había tenido esta oportunidad y ahora es mucho más difícil de lo que pensaba. Pero Uve está conmigo, y cuando me nota nervioso se acerca a mí, me coge de las dos manos y me mira con ojos de «todo va a ir bien». O, si estoy sentado, también a veces me da un beso en la frente. Son mis favoritos, Uve no se los da a cualquiera.

Está llegando el final del día y no podría estar más contento con todo lo que ha pasado. Les hemos enseñado el pueblo, hemos hecho fotos junto al castillo, hemos reído a carcajadas leyendo nuestras ridículas primeras conversaciones y hemos comido helado de fresa en la plaza. Todo ha sido perfecto. Bueno, todo excepto una cosa y probablemente la más importante: hablar con Eme. No hemos tenido ni un solo momento a solas en todo el día. Y no voy a sincerar mis sentimientos delante de todas sus amigas y de Uve. Para colmo, ahora estamos sentados además de con ellas, con todos nuestros amigos de aquí en los bancos de las pipas. En una hora vienen a recogerlas y si no hablo con ella no me lo voy a perdonar en la vida.

—¿Vamos a dar una vuelta?

Madre mía. Ojalá las películas de cuando era pequeño hubieran tenido a chicas atreviéndose a dar el paso hacia el chico. Así es como Eme acaba de romper con su timidez para llevarme a hablar. Llevaba un rato apartada con sus amigas en reunión de crisis para que hiciera algo. Y lo ha hecho. Lo que yo no he sido capaz, va ella y como si no fuera la chica más tímida del mundo se planta frente a mí y me dice eso. Sin mucha seguridad asiento con la cabeza, aún sin poder mirarla a los ojos demasiado. Nos despedimos de los demás y vamos hacia un parque a dos minutos de la plaza.

No tenemos mucho tiempo, así que no puedo andarme con rodeos. Pero tampoco puedo hacer que suene brusco. Una vez más, esto es mucho más difícil de lo que pensaba. ¿Cómo se hace? Nunca he pedido salir a alguien. ¿Tengo que hacer un discurso? Si lo hago bien, me va a decir que sí. Es algo que sé desde hace meses.

Empiezo con un «Esto no se me da muy bien» y acabo con un «me gustaría ser algo más contigo». Eme responde con un simple y sincero «a mí también». Y como si fuera automático o un imán entre nosotros, cerramos los ojos y empieza nuestro primer beso. Un beso lento, sincero, de cuento, real, pero sobre todo: nuestro. No dura mucho porque en nada van a llegar sus padres y tenemos que volver con sus amigas. Así que empezamos a andar de vuelta, aún sin poder mirarnos del todo a los ojos.

—Entonces, ¿qué somos?

—No sé lo que somos, pero estoy feliz.

Esa respuesta en cualquier otro ámbito me hubiera producido una arcada de cursilería, pero esta vez no. Ha dicho que es feliz, conmigo. Sin etiquetas y sin nombres. Aunque en mi

cabeza ya fuimos novios, es un poco raro decirlo en voz alta. Así que así se queda. Quién hubiera dicho que Dave pidiéndole salir a Bella estaría prediciendo el futuro de los que estaban detrás de ellos.

Se acaban de ir y ya las echo de menos. Ha sido la despedida más dura que he tenido en mucho tiempo. Han sido abrazos con sabor a que dentro de una semana tendremos que hablar por videollamada. Aunque esto que ha pasado hoy ha sido un antes y un después en mi percepción de esta locura virtual. Ahora quiero estar con ella todo el rato, pero no virtualmente. Seguramente no podría mirarla a los ojos todavía, pero cuanto más tiempo pase con ella más cerca estaré de poder ahogarme en sus ojos azul cielo. ¿Te lo había contado? Creo que no. Pero créeme que con mirarlos durante cinco segundos ya estás atrapado en un mar de la costa griega.

Llega septiembre. Nuestro primer mes siendo algo. No sabemos el qué exactamente, pero somos felices.

Ahora tenemos dos números. El treinta y el trece. Aun así no se nos escapa ninguno. A las 23.59 del día antes ya estamos preparados para mandar el mensaje al otro. No nos hacen falta recordatorios ni alarmas. Es recíproco. Nos sale solo y es precioso. También es bonito a veces coger el móvil y que justo sean las 13.30. Es como nuestra hora. Tengo una carpeta en el móvil llena de capturas de pantalla con esa hora. No siempre se las envío porque igual se piensa que estoy loco.

Llega octubre. Su hermana ya sabe quién soy. Sus padres aún no. Mi hermana creo que también lo sabe, aunque yo no se lo he dicho. Hache tiene sus contactos.

Llegados a este punto, creo que te habrás dado cuenta de que estoy completamente pillado por Eme. Siempre es importante que, independientemente de estar saliendo con alguien, los sentimientos estén en congruencia. Y madre mía si los tengo. Creo que yo estoy sintiendo ahora lo que ella sentía más o menos cuando fueron las primeras videollamadas. Me sale natural hablarle todo el rato y los mensajes que le mando son en la misma línea de los que ella me mandaba a mí.

—No lo olvides.

—¿El qué?

—Que me encanta el espacio entre tus dientes.

Y así siempre al terminar las llamadas. Hay cosas que no cambian.

Llega noviembre. Tres meses y muchos deberes de química.

Siempre hablan de la crisis del principio, pero de momento siento que nosotros somos inmunes. La distancia a ratos se hace un poco complicada, pero hablamos más que nunca y ya nos hemos parado a organizar la próxima vez que nos vamos a ver. Será en Navidades. Ambos tenemos vacaciones del instituto y, aunque yo debería irme con mis padres a Inglaterra, voy a

inventarme una excusa para poder viajar a verla a la capital. Ese es el nivel. No les voy a mentir, pero tampoco les pienso contar nada de Eme. Al menos en un futuro cercano. Aún no se me ha ocurrido una buena manera de explicarles que me he enamorado de una chica por internet.

Noviembre es un mes de exámenes y entregas de proyectos de clase. Yo los hago todos con una chica que se sienta a mi lado en clase. Es rubia e iba a mi colegio cuando éramos pequeños. Hacía años que no caíamos en la misma clase, pero este año hemos vuelto a recuperar la confianza que perdimos. De hecho, muchas tardes voy a su casa a terminar proyectos que tenemos que entregar, o a que me ayude con química porque se me da fatal. Normalmente después de estudiar me quedo en su casa jugando a un juego de mesa con fichas que nos engancha hasta que me tengo que ir a cenar a mi casa. No vive muy lejos de mí, así que siempre apuramos al último momento para irme, lo cual a veces enfada a mi madre por si se me enfría la cena. En el trayecto de su casa a la mía (que ya te digo, es bastante corto), siempre le doy vueltas a lo bien que me lo paso con ella. A veces quiero que nos manden más deberes de química solo por pasar más tiempo juntos. Lo que más me engancha de las tardes con ella es que se ría conmigo, pero solo en ocasiones especiales. Es como un premio que me tengo que ganar. Aquí tengo un reto mucho más grande que con Eme. Pero Eme es mi novia y eso en mi cabeza está más claro que el agua. Más claro que sus ojos.

Llega diciembre. Nos vamos a ver por segunda vez.

Mis padres se acaban de ir con Hache en coche hacia el aeropuerto. Ellos a Inglaterra y yo a la capital. Podríamos ser protagonistas de una película de un domingo por la tarde. Yo tengo que ir en bus y Uve se viene conmigo porque ya casi es más amiga de algunas del grupo que yo. También se muere de ganas por verlas. Por fin se le ha pasado toda esa tontería de la barrera virtual. Con la excepción de su novio, claro. Él sigue siendo estrictamente falso. Sigue desapareciendo como siempre y dándole quebraderos de cabeza cada dos por tres. A estas alturas, si te soy sincero, no me cae muy bien.

Los días juntos en la capital son muy especiales. Yo me quedo con Uve en una habitación de invitados de la casa de una de las amigas. Por el día visitamos la ciudad, nos hacemos fotos, vamos de tiendas y tomamos chocolate caliente. Cada noche tenemos una especie de fiesta de pijamas en la que jugamos a las cartas y editamos las fotos que nos hemos sacado durante el día. Hay muy pocos momentos en los que Eme y yo nos quedamos solos, pero en uno de ellos Eme me dice que tiene un regalo para mí. Abro su regalo y es una sudadera de Superman. Con una voz entrecortada y tímida, como ella misma, me dice que soy su héroe. Yo he sido previsor y también le he traído algo: la caja de música que me regaló mi abuela. Tiene mucho valor para mí, pero algo me pide que esté con ella. Nos encontramos en un abrazo y no tardamos en volver porque entre nosotros se ha creado un ambiente en el que no sabemos estar solos. No tenemos conversación, la timidez es más grande que nosotros y ninguno se atreve a abalanzarse por un beso.

Nuestro segundo beso lo tenemos en la estación, justo cuando estamos Uve y yo a punto de marcharnos. En todos los días que hemos estado juntos, ninguno de los dos ha tenido el valor de plantarle un beso al otro. ¿Estas cosas deberían fluir y pasar naturalmente? ¿Debería estar forzando que esto pase? Yo sé que Eme me gusta, pero no entiendo por qué es tan difícil darle un beso. No me parece normal que el único que nos hayamos dado esta vez sea en los cinco segundos antes de irme solo porque me gana la presión de que me quedo sin tiempo. No quiero darle un beso solo porque no la voy a ver en un tiempo. Quiero darle un beso porque me apetezca besarla. Y por alguna razón, no me sale.

No me vuelvo con una buena sensación en el bus.

Llega enero. El mes de las cosas malas.

Llaman a la puerta. Me asomo a la ventana de mi habitación y miro abajo al suelo de piedras que cubre mi calle. Qué raro. Uve nunca viene a casa. Lleva una capucha puesta y, si no me equivoco, esos son sus pantalones de pijama. Algo no está bien, creo que está llorando. La dejo entrar y subimos corriendo a mi cuarto. Se sienta en el sofá y se queda mirando a un punto muerto. Su cuerpo está completamente paralizado. Como si hubiera visto un fantasma y no pudiera contarlo. Está llorando sin parar, pero sin hacer ningún tipo de ruido. Es como si las lágrimas cayeran por su cara sin ser consciente de que está llorando.

—Es una chica.

Uve se ha enamorado de una chica. Se ha enamorado de un chico que se ha inventado una chica. Esa persona que se había hecho hueco en el corazón de mi amiga es un personaje de ficción. Ha estado saliendo con una mentira. Se ha enterado hace apenas una hora y no tiene pinta de que vaya a asimilarlo pronto. Habían quedado para hablar por teléfono después de ocho meses hablando por mensajes. Ocho meses escribiendo un libro que ahora está ardiendo. Ocho meses construyendo algo sobre un terreno que no era propiedad de él. Digo, ella. Y en cuestión de segundos, todo ha dejado de tener sentido. Solo han hecho falta un par de segundos y un primer «hola». Y Uve sin hacer ninguna pregunta. Un monólogo de excusas y razones que solo entendería una persona que ha jugado con los sentimientos de otra. Uve, limitándose a escuchar todo lo que le quiso decir, para después colgar sin poder articular palabra. Y ahora está aquí, delante mío y con el corazón hecho pedazos. Siento que por mucho que la abrace, esos ocho meses son demasiado grandes. El dolor que tiene que sentir ahora mismo es más fuerte que cualquier tipo de remedio, consuelo o abrazo de oso que yo pueda darle.

Tengo que centrarme en que al menos puede contar conmigo. Me imagino esta historia sin tenernos el uno al otro y sería una tragedia. Sin poder contárselo a sus padres, que la castigarían; ni a sus amigos, que pensarían que está loca; ni a su doctor, se lo contaría a sus padres y de nuevo la castigarían. Lo único que puedo hacer por ella es entender cómo se siente y ayudarla a sacar el dolor que tiene dentro ahora mismo. Es la única manera de que pueda pasar página, libro, y toda la biblioteca entera que ha construido en su cabeza.

No quiero quitarle la culpa ni camuflar los hechos de la persona detrás de esa pantalla. Mentir nunca está bien y no hay excusas que valgan. Pero algo me dice que la chica no era consciente del daño que podía causarle a Uve. Tampoco creo que fuera un señor de cuarenta años queriendo llevársela a su casa (aunque podría haberlo sido y eso es algo que me aterroriza), por la red social y la forma de usarla y vivir en ella solo podría haber sido alguien parecido a nosotros. Una chica adolescente que no sabe lo que está haciendo con su vida. Voy a lanzarme a la piscina, pero probablemente esa chica nunca haya estado con otra chica. Probablemente esa chica ni le haya dicho a nadie que está dudando de su sexualidad. Probablemente esa chica solo quería encontrar a una chica que se enamorase de ella, y para ello pensó que la mejor forma sería la que fue la peor de todas: ser un chico. Una mentira por querer seguir un patrón que ya debería de quedar en el siglo pasado. Las chicas no siempre van con los chicos. No pensó en el futuro, no pensó en el día en el que la realidad se comiera a lo que se había inventado. Simplemente fue egoísta. Un egoísmo que a mi mejor amiga le ha costado muy caro.

Mi cabeza no para de pensar que, si Uve se ha enamorado, ¿qué más da que al final resulte ser una chica? ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera descubierto que Eme es un chico? En cualquier otra situación, debería darme igual, pero en este caso me planto en que no ha sido juego limpio. La mentira va por encima de que a Uve siempre le hayan gustado solo los chicos. No estaban en igualdad de condiciones, no sería justo juzgar a Uve. Aunque ojalá llegue el día en que, en situaciones reales y sin mentiras virtuales, el género no suponga ningún impedimento personal para nadie. Si te soy sincero, menos mal que Eme no es un chico. No tengo espacio en mi cabeza ahora mismo para añadir eso a las cosas que me preocupan. La verdad es que nunca me he planteado que un chico me pueda gustar. Eso no entra dentro de mis opciones predeterminadas, pero aún me quedan días por vivir para averiguarlo.

Últimamente mis conversaciones con Eme son bastante esporádicas, y creo que todo es por mí. Cada vez me sale menos hablar con ella, contarle mi día o recomendarle una canción. Ella tampoco me habla demasiado y estoy convencido de que es porque nota mi distancia. Ha dejado de fluir todo lo que habíamos creado, o al menos por mi parte. Me aterroriza el pensar que quizá Eme siga en ese estado mental con el que empezamos, y yo no. En general cuando las cosas no son recíprocas e iguales por ambos lados me pongo nervioso. Lo hace todo más complicado porque uno de los dos va a acabar más herido que el otro.

La cuestión es que no puedo forzarme a pensar en ella si no me sale. A veces lo intento y sin querer mi cabeza acaba pensando en otras cosas de mi día a día. Incluso hay momentos donde acabo pensando en la chica de clase. Sin querer pillo a mi mente buscando excusas para hablarle para poder hacer algo juntos. Mi ilusión depende más de si tengo deberes de química que de recibir noticias de Eme. Y eso no está bien. Ya me forcé a sentir cosas una vez y no lo pienso hacer de nuevo. Tenía medio terreno ganado y por eso lo hice. Me equivoqué pensando que algo así podía funcionar simplemente por ser más «fácil».

Llega febrero. San Valentín. Seis meses. Mi graduación. La chica de mi clase.

Yo siempre he sido una persona muy práctica. Una persona que le hace caso al corazón, pero con la mente siempre poniéndole los límites. Todo esto empezó conmigo ignorando esos límites y ahora estoy viendo las consecuencias. No puedo seguir así.

Ya tengo la decisión tomada y probablemente sea lo más difícil que he hecho nunca. Dejar a una persona el día que cumples seis meses con ella. Y lo peor de todo: el día antes de San Valentín. Me siento la persona más horrible del mundo. La voy a destrozar. Probablemente tú me veas ahora mismo como un monstruo. Pero, piénsalo, ¿qué sentido tiene seguir con una mentira, aunque sea por unos días? No quiero felicitarle el semianiversario si ya no lo siento así. No me considero alguien impulsivo, actúo según los argumentos con los que mi cerebro explica la realidad y la manera más sencilla y feliz de afrontarla. Si mi corazón quiere estar con otra persona, Eme, como mínimo, se merece saberlo. Si algo he aprendido con todo esto es que siempre hay que ser sincero cuando se trata de sentimientos. Ser sincero con los demás, pero sobre todo contigo mismo.

Se lo he dicho. Así, por mensaje. Sintiéndome la peor persona del planeta, pero haciendo lo que tenía que hacer. Lo que tendría que haber hecho desde el primer día.

Y, después de unos meses, una parte de mí se ha arrepentido de ya no tener a Eme. No es un «ojalá no haberla dejado», es un «ojalá haber sentido cosas para no haber tenido que dejarla».

Y después de unos años, la chica de química sigue sin saber nada de todo esto. Y ya no recuerdo la última vez que entré en Veinte.

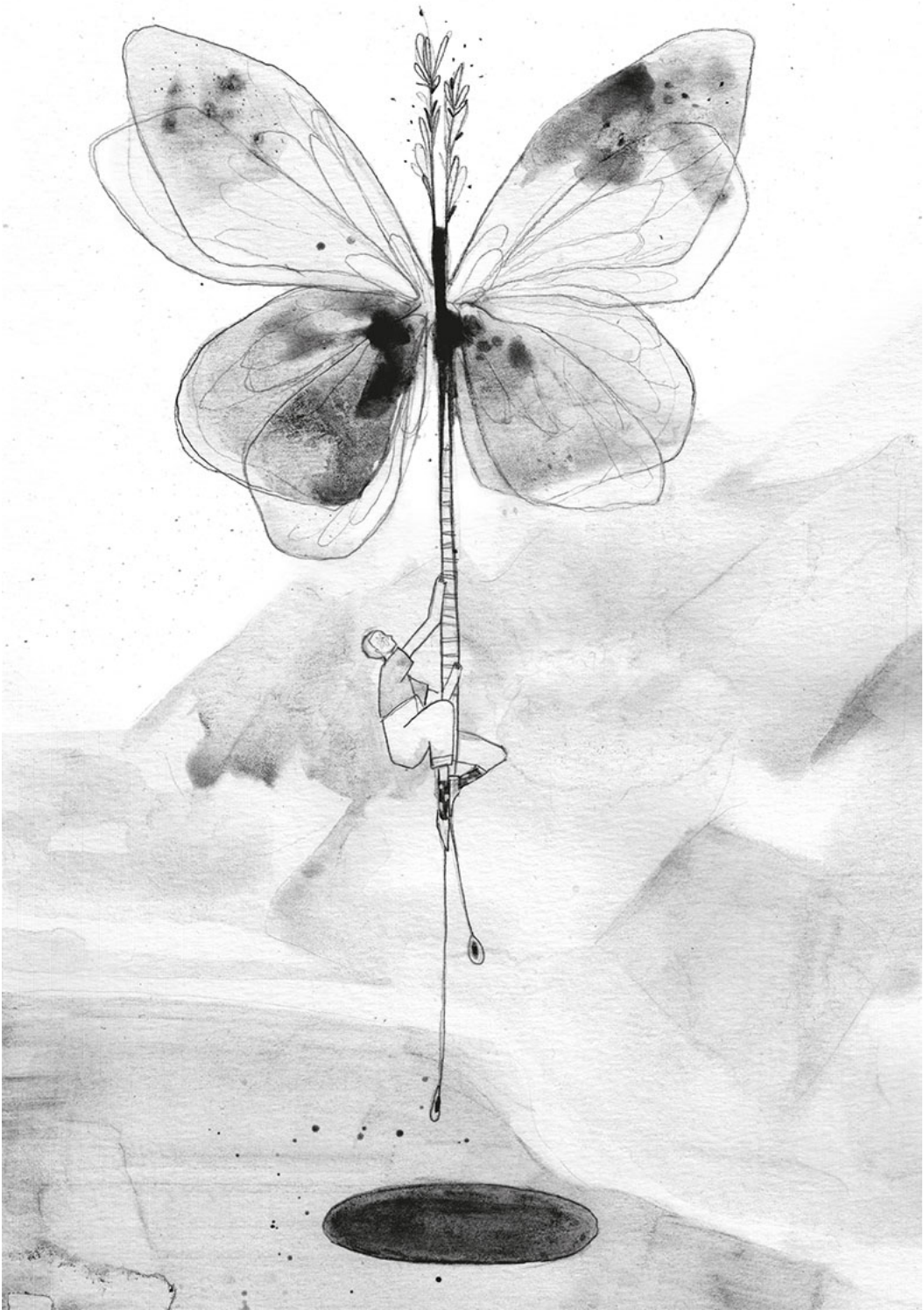
No condeno el amor virtual. Creo plenamente en que los avances tecnológicos aportan cosas maravillosas a las relaciones de hoy en día. Es increíble que dos personas puedan quererse fácilmente viviendo en polos opuestos del planeta. Pero también creo en que es un arma de doble filo en la que alguien puede engañar mucho más fácilmente a personas completamente inocentes. Si volviera atrás, hubiera puesto medidas de seguridad por todos lados. Yo fui con ninguna y podría haber sido terrible. Si lo hubiera sabido, sin duda hubiera andado con mucho más cuidado.

Cuidado a la hora de estar con alguien sin saber quién es.

Y cuidado a la hora de forzarte a sentir algo solo porque la otra persona lo siente.

Ahora miro atrás y sonrío por toda la parte que me toca. No cambiaría haberme equivocado porque ya nunca más volvería a tropezarme con la misma piedra. Y por ello sonrío, y sonrío por ella, ya que ya no lo hago como antes. Ahora sonrío sin miedos ni complejos y, automáticamente, en mi cabeza, escucho su voz.

—Me gusta el espacio entre tus dientes.



El día que casi muero en la montaña

«Se abre el embarque para el vuelo 735 con destino Liverpool. Por favor, estén listos con su documento de identidad y su pasaporte.»

Esa noche no dormiría en casa. Al menos no en MI casa. De hecho, esa noche apenas iba a dormir. Ya lo tenía asumido, es algo que puedo sentir en mi barriga. La noche de antes de un viaje tengo demasiadas marisoplas en mi cuerpo como para poder descansar bien. Sí, marisoplas, las mariposas son para cuando te gusta alguien. Son de la misma familia, pero de distinta especie. Las marisoplas no me permiten descansar cuando es un viaje que llevo esperando tantos meses. Algunas veces, si lo necesito, me voy de viaje espontáneo y me compro un billete de tren con un día de antelación, para perderme por calles desconocidas haciendo fotos mientras escucho música. Pero un viaje espontáneo no viene acompañado de marisoplas, no les da tiempo a crecer y, la noche antes, las marisoplas aún son orugas, pero orugas bebés y muy cuquis, por cierto. Me las estoy imaginando y me distraigo. Básicamente, si compré el billete el día antes, no han tenido tiempo ni de empezar su metamorfosis.

Este viaje está muy lejos de ser uno espontáneo. Hache y yo lo llevamos planeando desde hace más de dos meses. Aquí las marisoplas ya han pasado por todas sus fases: de huevo a oruga cuqui, de oruga cuqui a crisálida, y de crisálida a una marisopla hecha y derecha que no me va a dejar dormir hoy. Semana a semana, hemos ido planeando nuestra ruta con una sola prioridad: coger lo más barato. Yo, trabajando desde mi portátil, y ella, apuntando cosas en una libreta llena de mapas y colores que le ha dado el toque artístico a nuestro gran viaje. El resultado, catorce días viajando sin un rumbo fijo pero con todas las opciones bien organizadas.

Espera un momento, ¿no es un poco raro estar hablándote de la noche antes de un viaje si justo acabo de aterrizar en Liverpool?

Ahí es donde te equivocas. El viaje de verdad, no es este. La aventura de verdad, es mañana. Y la noche cuando no voy a dormir, hoy.

Ahora que estás situado, te puedo contar que Erre me está esperando en el aparcamiento gratuito y un poco ilegal que hay rodeando el aeropuerto. Nos subimos al coche y llegamos a su casa. Cuando empecé la universidad, mis padres y mi hermana se mudaron a otro país y, por mucho que me gusten los cambios, nunca sentiré esta casa como mi casa. Mi cuarto aquí no es más que un cuarto de invitados, aunque bueno, yo soy un invitado premium que puede quedarse aquí con más razón que los demás.

Después de ese trayecto semiincómodo Ese abre la puerta y me da un abrazo del tamaño de dos meses y medio sin vernos. Subo corriendo la escalera enmoquetada con mis cosas y las dejo en el suelo, también enmoquetado, de mi cuar… del cuarto de invitados. Cojo uno de los caramelos que me ha dejado Ese en la mesilla de noche y sigo hasta el ático, o mejor dicho, el cuarto de Hache.

—¡Eleeeeeee! ¿Ya estás aquí? No te había oído entrar, estaba con los cascos. Pensaba que llegabas más tarde.

—Le pedí al piloto que fuera más rápido por las ganas que tengo de mañana.

Hache se ríe y miro a sus cascos.

—Me apuesto lo que sea a que estás escuchando Ed Sheeran.

Me tiro en su cama para acercarme a su portátil y hay varias pestañas abiertas: Facebook, el videoclip de Give Me Love, y una página de información de la primera ciudad de nuestro viaje. Nuestro viaje que ya es mañana. MAÑANA.

Nos ponemos al día durante un par de horas y charlamos de todas las cosas que podrían salir mal de esta locura. En el fondo no nos importa desafiar nuestra capacidad de improvisación, y créeme cuando te digo que nos va a hacer falta.

—Ya está todo.

—No me lo creo. Ya es mañana.

—Estamos como una cabra.

—Ahá, ¿y qué?

Le doy un abrazo de buenas noches a Hache e intento bajar las escaleras plegables sin hacer ruido. Erre y Ese ya estarán más que dormidos. Y entonces, por fin, en la cama de mi cuarto de invitado premium, me dispongo a dormir. Llaman a la puerta. ¿Sabes quién? Las marisoplas. Vale, sí, nadie ha llamado a la puerta, pero no se me ocurre algo mejor para introducirlas, pero ya están aquí, justo como anticipaba mi barriga. Marisoplas gigantes de todos los colores y por toda la habitación. Algunas llevan estampados de preocupaciones, como la lista de cosas que me quedan por hacer o el aviso de que me eche la siesta mañana si no quiero quedarme dormido en medio de la montaña. Otras son de color emoción, que es una mezcla entre rojo y el color de tus ojos cuando te brillan de ilusión. Y por último están las que se posan directamente en mi cabeza y no me dejan dormir. Aun así, me caen bien.

Las marisoplas hacen su trabajo y, como era de esperar, a la mañana siguiente me muero de sueño.

«Señores pasajeros, nos preparamos para aterrizar. Mantengan sus cinturones abrochados hasta la apertura de puertas, gracias.» Ponemos pie en tierra y, ya es oficial, nuestro viaje ha empezado. Estamos en la capital del primer país del viaje y he de decir que es bastante humilde para ser una capital. No es una gran metrópolis con rascacielos, lo cual nos viene bastante bien para movernos a pie en el total de la hora y media que tenemos hasta que sale nuestro tren a Poprad.

Ambos vamos con una mochila de montaña y yo, además, llevo mi ukelele. Supongo que en un viaje así tendré tantas aventuras que contar que podré hacer mil canciones. Siempre y cuando no sea un desastre de día y casi muera en la montaña. Pero bueno, eso no tiene por qué pasar, Ele.

Respiro hondo y trato de no pensar en las pocas horas que dormí anoche, lo cansado que estoy del viaje y en las escasas horas que tengo para dormir hoy. La verdad es que creo que Hache y yo hemos sobreestimado nuestra capacidad de estar despiertos. El tren nocturno que cogeremos hoy dura unas cuatro horas y media, y ese es nuestro alojamiento para esta noche. Acorde con nuestro espíritu aventurero, semanas atrás decidimos empezar nuestro primer día sin dormir y directamente cuando el tren llegara a Poprad, a eso de las cinco de la mañana. Tenemos que coger el tren en exactamente una hora y media. Empieza la cuenta atrás y vamos directos con nuestro mapa en el móvil caminando hasta el centro. Necesitamos conseguir algo de comida para cenar y no hay absolutamente nada abierto. Ya es casi medianoche e igual se me ha olvidado comentarte que estamos a principios de abril, que no llevamos ropa de abrigo suficiente, y que hace mucho MUCHO frío.

Después de este viaje, siempre que nos volvemos a ir de aventura juntos, mi madre se convierte en meteoróloga la semana anterior. Sabe exactamente la temperatura, riesgos de tormenta, cantidad de lluvias, y todo lo que envuelve el clima de nuestro destino. Después tenemos que aprobar un examen de maleta acorde con su investigación climática. Por ejemplo, cuando nos fuimos a Islandia en diciembre a pasar las Navidades en una furgoneta (no preguntes), ambos suspendimos el examen de maleta y nos metió el triple de bufandas y camisas térmicas. Y menos mal, Ese nos salvó la vida. Ojalá hubiéramos pasado un examen de maleta antes de este viaje.

Tras conseguir un par de pizzas para llevar, al fin llegamos a la estación y, sorprendentemente, nadie nos pide el billete para entrar al tren. No es un aparato muy moderno que digamos y la limpieza brilla por su ausencia. Lo que sí que nos asombra es que en un tren a una hora tan mala y que se dirige al medio de la nada esté tan sumamente lleno. Encontramos nuestros sitios y vemos que nos toca delante de una señora mayor y su esposo. Nuestro vagón va lleno de gente de mediana edad, de bolsas de colores y de maletas enormes. Supongo que la gente utiliza este tren para volver a los pueblos de la montaña con lo que han

conseguido trabajando en la capital.

Los asientos van de cuatro en cuatro, enfrentados, pero sin mesa en medio y con muy poco espacio personal. Quiero incidir mucho en el tema del espacio personal porque yo mido 1,82. Mis piernas son largas y es inevitable que a veces mis pies rocen con los de enfrente. Y es lo menos romántico del mundo. No creo que me vaya a ganar la simpatía de la señora de enfrente. Además, cada vez que abrimos la caja de pizza para comer un poco nos lanza una mirada de «os estoy juzgando» mezclado con «cómetelo ya que el vagón entero huele a carbonara».

Y en eso consisten nuestras cuatro horas y media de viaje hasta Poprad. En dormir todo lo que podamos y evitar que la señora nos mate antes de que nos bajemos. No conseguimos dormir, pero llegamos sanos y salvos a Poprad. Por un momento dudamos si esa es la estación ya que todos los pueblos por los que ha ido pasando el tren son idénticos.

La estación no es muy grande, son las cinco de la mañana y no hay ni un alma. Sacamos unas mochilas más pequeñas de nuestras mochilas mochileras y dejamos todo lo demás en la taquilla. Tristemente, el ukelele no está entre mis prioridades en ese momento, así que se queda también ahí.

Antes de cerrar la taquilla nos aseguramos de que llevamos todo. Incluyendo la vestimenta un poco inadecuada para subir una montaña… en abril… en deportivas Vans. Cerramos la taquilla y vamos a investigar fuera de la estación. Supuestamente (o así lo dice la libreta de Hache) hay trenes y autobuses cada media hora que nos pueden acercar al inicio de la ruta. El pueblo más cercano al comienzo del sendero se supone que está a dos kilómetros. Los podríamos hacer andando, si hiciera falta, pero queremos evitarlo para tener más fuerzas y poder hacer más rutas. Sigue sin haber absolutamente nadie por la estación aparte de los taxistas, así que Hache se decide a hablar con uno de ellos.

Pasan unos minutos y vuelve con cara de «prepárate para nuestra primera crisis».

—Que no hay buses ni trenes.

—Pero en la libreta hemos apuntado que sí.

—Pues fíjate qué risa que lo tenemos mal. Me ha dicho que por estas fechas no se va al parque.

—¿Parque? ¿Qué parque ni qué parque?

—A ver, céntrate Ele. Al Parque Natural que venimos a visitar. El valle. La montaña. ¿Todo?

—Ah, vale.

—También creo que me ha dicho que hay unos buses que empiezan a circular sobre las siete y que igual podemos hablar con ellos para que hagan un desvío.

—Uf, para eso quedan dos horas. Ya habrá amanecido y habremos perdido demasiado tiempo. Aparte, no hablamos el idioma y me entra la risa solo de pensar en la cara del autobusero cuando intentemos explicarle…

Justo en ese momento de nuestro gabinete de crisis, se acerca el taxista y frena a nuestro lado. Baja la ventanilla y, en un inglés muy turbio, conseguimos entender que nos ofrece llevarnos al inicio del parque por diez euros. Le decimos que no, pero nos intenta comprar con un paseo por varios lugares bonitos hasta la ruta, y con la simple razón de que si no vamos con él tendremos que andar unos cuantos kilómetros hasta empezar otra ruta de varios kilómetros más en la oscuridad, con frío, y sin apenas haber dormido. Nos ha convencido. Además, un paseo en coche con paradas en lugares bonitos significa fotos bonitas. Básicamente lo que yo saco de esta situación es que este taxista está velando por la calidad de mi Instagram, y eso me parece un detalle muy bonito por su parte.

Al fin y al cabo, en el momento en el que somos conscientes de que todo nos está saliendo mal tenemos dos opciones. La primera, enfadarnos el uno con el otro y frustrarnos con cosas que no están bajo nuestro control. Así nos quedaríamos en el sitio, decepcionados y lamentándonos. No sirve de absolutamente nada. Preferimos coger la segunda opción, que es mirar por encima de los fallos que hayamos podido cometer, los baches que nos quiere poner esta aventura y las diferencias que puedan salir entre nosotros. Todo esto con un par de gramos de respeto, cariño y paciencia. Sin estos ingredientes, Hache y yo no iríamos a ninguna parte.

El simpático taxista nos lleva por sitios realmente impresionantes mientras empieza a amanecer. El que más me gusta es uno donde le pedimos parar. Una carretera infinita hacia una cordillera llena de nieve al fondo. Todo esto mientras el sol se cuela, amaneciendo, entre los árboles a la derecha de la cordillera. Estamos dentro de una postal. La única pega es que todo parece mucho más nevado que en las fotos y es muy raro.

Cuando descubrimos la existencia de este parque, unos dos meses atrás, todas las fotos que nos encontramos en Google eran mucho más verdes. Pasajes espectaculares entre árboles, placas de madera para ir saltando de un lado a otro, puentes sobre riachuelos, escaleras para subir al lado de cascadas… un paraíso natural… y soleado. En la web del parque pone que oficialmente abre a partir de mayo, pero le mandamos un email a un hotel de la zona y su respuesta fue que al parque se puede ir «cuando uno quiera». Y eso estamos haciendo.

El taxista entra en una especie de resort de autocamping y vemos un cartel enorme que indica la entrada del parque. Nos despedimos del señor que tan majo ha sido y nos acercamos a investigar. Miramos por la ventana de una especie de recepción, pero no hay rastro de nadie. Son las seis de la mañana, así que tampoco es plan de esperar que haya alguien. Divisamos unos folletos con información del parque a la venta que, sinceramente, nos vendrían muy bien.

Hache empieza a quejarse un poco de la garganta. Arrastra un resfriado de la semana anterior, pero me había asegurado que se estaba poniendo mejor. Aun así, debemos estar pendientes por todo lo que nos queda por delante. Empezamos a caminar hacia el inicio de la ruta y, en cuanto llegamos, no podemos contener la emoción al ver un tablón con un mapa. Nos ha salvado la vida. Hasta tiene detalles como la duración aproximada de cada ruta, dificultad, número de cascadas, etc. La nuestra, que se llama Suchá Belá, es de dos horas y de

dificultad baja. En internet habíamos visto fotos de excursiones de gente mayor en este pasaje, así que para nosotros eso debe de ser pan comido. Calculamos que habiéndonos «despertado» tan pronto, nos dará tiempo a hacer unas seis o siete rutas antes de que se ponga el sol y bajemos al pueblo al otro lado. No podríamos volver por esta misma ruta porque las rutas que tienen cascadas son de un solo sentido. Hay escaleras muy empinadas que son peligrosas bajarlas en el sentido contrario. Le hacemos una foto al tablón y comenzamos a andar.

—Tengo hambre.

—Yo también.

Entre tanta crisis, tanto no haber absolutamente nadie por ninguna parte, y tanto mapa, se nos ha olvidado por completo buscar desayuno en Poprad antes de salir. También te digo que eran las cinco de la mañana, aunque ha sido un fallo gordo y de principiantes. En la mochila solo traemos dos bocatas de atún que hizo mamá ayer y unas uvas. Con suerte igual también hay un croissant de chocolate aplastado al fondo de la mochila que se me haya quedado ahí de hace un par de semanas. Ahora tenemos que aguantar con lo que comimos en el tren ya que nos conviene guardar lo poco que tenemos para un poco más adelante.

El principio de la ruta es un sendero. De vez en cuando hay que saltar de un lado a otro con ayuda de piedras para no meter el pie en el agua. El camino a veces tiene elevaciones por encima del río. Son como una especie de puentes y pasadizos de madera. Vas pisando de una placa de madera a otra y, a veces, también hay una cadena de metal oxidado al lado donde te puedes agarrar. Esto es de agradecer, confieso que las placas me transmiten una confianza de menos diez. Las maderas están amarradas con clavos, pero muchas se mueven y en algunas los clavos ya ni están. Debieron construir esto hace mucho tiempo.

—Sigo teniendo hambre.

—Yo también.

—Hache, ¿has visto que en algunos árboles hay unas cruces verdes?

—Sí. Nuestra ruta en el mapa era de color verde, igual eso significa que vamos bien.

—Eso espero. Por cierto, ¿te queda agua?

Hache abre su mochila y saca su botella de deportista, sin ser ella nada de eso.

—No mucha, la verdad.

—A mí tampoco me queda nada. ¿Se podrá beber del río?

—Qué dices.

—A ver, se supone que el agua más pura está en la montaña, y aquí es donde nace el río. Me puedo imaginar perfectamente una botella con este valle en la etiqueta.

—Sigo pensando que estás loco, pero vale. No nos queda otra opción, aquí no hay ni Dios.

Me acerco al río y lleno la botella hasta la mitad. Lo hago poniendo la boca de la botella en una piedra donde cae agua de una pequeña cascada, así el agua será más pura e igual no me entra cagalera. Mi hermana hace lo mismo, pero en otra cascada un poco más adelante. Meto la botella en su mochila y le pido que haga lo mismo con la mía.

—¿La has cerrado bien?

—Creo que sí.

Y pa dentro.

Llevamos ya una hora y media de recorrido y no hay rastro ni de la primera de las cuatro cascadas que tiene la ruta. La verdad es que, aunque el sendero sea sencillo, vamos bastante lentos por culpa del frío. Yo voy primero, así puedo avisar a Hache de las placas que se mueven y de los trucos que voy usando para no caerme. Lo más difícil de cruzar son las tablas finas que llevan de un lado del río al otro. Solo cabe un pie, y siento que soy un equilibrista de circo al que no se le da muy bien. Parezco un pato borracho. Al menos Hache se ríe. Y al menos me saca una foto. Ya tengo algo que subir mañana.

Por fin se presenta ante nosotros la primera cascada después de casi dos horas andando (el tiempo aproximado para terminar toda la ruta). Es, con perdón, puto enorme. Es completamente increíble. La manera en la que el agua sale por la roca gigante es casi una sorpresa. Se ve la altura de la roca, pero no exactamente cómo se cuela el agua. Una maravilla de la naturaleza. El agua cae desde unos catorce metros de altura hasta un pequeño lago que hay, ahora a nuestros pies. No salpica demasiado, así que nos podemos acercar hasta el borde de la orilla.

Después de sacarnos las fotos de rigor, miro a la escalera. Si las placas me transmitían confianza menos diez, esta escalera es de menos diez mil. Está hecha de metal y está muy, muy fría. No llega a estar congelada, pero casi. La escalera a primera vista tiene varias partes. Primero hay que subir en vertical, como una escalera normal, vaya. Pero después, una vez llegas arriba, hay otro trozo de escalera en horizontal, por encima de rocas puntiagudas, y hasta llegar al tercer tramo, una última escalera vertical para terminar de subir hasta el inicio de la cascada. Una escalera en zigzag en toda regla. Una movida en toda regla. Un «no sé cómo vamos a subir esto» en toda regla.

—¿Vamos?

—Vamos.

Como siempre, voy yo primero. Lo prefiero para asegurarme de que Hache no tenga ningún problema. Además, hemos dicho que, para el recuerdo, nos vamos a grabar con el móvil mientras subimos. Así que, hasta que yo no termine de hacer el recorrido, ella no empezará porque lo está grabando. Grabar y subir la escalera a la vez está completamente descartado.

El primer tramo en vertical es bastante sencillo aunque no apto para gente con vértigo. Solo con la altura de la primera parte ya siento que estoy escalando el Empire State. Aunque parece fácil, decido no confiarme e ir muy despacio porque no me gustaría caerme. Llego a la parte más complicada al cambiar de vertical a horizontal y, para no ser un experto en estas vainas aventureras, creo que lo hago bastante bien. Pongo dos manos en uno de los barrotes de metal, y coloco mis dos rodillas en otro de los barrotes más atrás. Y así, como si fuera un gato, llego hasta una plataforma donde me puedo poner de pie, justo antes de la última escalera.

—¡Te toca!

Noto que está muy nerviosa y le grito mensajes de ánimo. Sé que lo puede hacer genial. También le grito un par de trucos para que no se resbale y empieza a subir. Va más despacio que yo, pero eso me gusta y me tranquiliza. Yo estoy igual de nervioso que ella. Sube el primer tramo sin problema, incluso mejor que yo, pero llega el momento difícil, el de subir las rodillas y gatear por un sitio por el que no quieres gatear. Hay una cadena al lado de la escalera que está muy fría, pero le da igual. La coge con una mano, sube las dos rodillas al barrote y coloca la otra mano en el barrote. Hache alza la cabeza, me mira, y veo el terror en sus ojos. Creo que está llorando, pero el frío es tan rápido que las lágrimas se congelan al instante en su piel. Avanza un barrote y me vuelve a mirar. Desde aquí puedo notar su respiración. Está hiperventilando. Me bloqueo por completo y deduzco que Hache podría estar sufriendo un ataque de ansiedad. Aún estoy en segundo de Psicología y no sabría identificarlo así tan a la ligera, pero sin duda es una posibilidad. Dejo de grabar, guardo el móvil y empiezo a acercarme yo desde mi plataforma a los barrotes. Ella, temblando, sigue avanzando muy lentamente agarrándose fuerte a su cadena de seguridad. Me mira, ya solo le quedan tres barrotes para llegar hasta la plataforma. Cuando queden dos, probablemente ya pueda llegar a la mano que le estoy alcanzando. Le pido que me dé su mochila, así estará más ligera para terminar la escalera. Me la lanza y se vuelve a centrar en los tres barrotes que le quedan.

Una rodilla, otra rodilla, mano en cadena, y mano en barrote siguiente. Dos barrotes. Estiro el brazo todo lo que puedo para alcanzárselo y desisto. Es imposible. Tiene que avanzar más para poder ayudarla. La veo tragar saliva, trago yo también y empieza a temblar más de lo normal. Aun temblando, reúne las agallas para avanzar y llega al siguiente barrote. Aquí ya sabía que podría llegar a ella. Coge mi mano, sube una rodilla y apoya el talón en el barrote, y de un impulso con su pie junto a la ayuda de mi mano, llega a la plataforma y hasta mi abrazo.

Buah. Nos sentamos los dos un momento en la plataforma y nos miramos. ¿Qué acaba de pasar? ¿Dónde narices nos hemos metido? Y, si se puede saber, ¿qué estamos haciendo con nuestras vidas? Le doy un abrazo después de que haya bebido agua, y en sus ojos azules aún hay terror. Terror por lo que pueda venir después de esta cascada. Terror porque aún no se ha acabado el recorrido. Terror porque queda un tercer tramo vertical hasta arriba. Le doy otro abrazo antiterror y le hago una mueca para continuar.

En cuanto ella se siente lista, pongo mi pie en la escalera e inicio la tercera subida. Esta vez no vamos a grabar. La cosa se ha puesto más seria de lo que pensábamos y los vídeos ahora son lo de menos. Desde la plataforma de arriba, la miro y veo que en sus ojos ya no hay terror, hay desafío. Hache sabe que esto no va a poder con ella y como una campeona se ventila la escalera casi sin que me entere. Cuando llega a la plataforma la miro sorprendido por lo rápido que ha conseguido subir. Nos miramos y, juntos, miramos al frente. Vemos que, de nuevo, hay un sendero. Lo de siempre. Lo de siempre desde hoy a las seis de la mañana. Otro día más en la oficina.

En viajes como este saboreas muchos momentos de querer abandonar, nosotros realmente

estamos dudando de si es mejor idea volver, pero eso en una ruta de un solo sentido nos podría costar muy caro. Y claro, tampoco sabemos cuánto nos queda por delante. En teoría, por tiempo, ya hemos hecho la mayoría del recorrido, pero yo tengo la sensación de que esto no ha hecho más que empezar. En esta aventura la máxima prioridad recae en ser conscientes del peligro y velar por nuestra seguridad. Cuidarnos entre los dos por encima de cualquier otra cosa. No tener nada significa entregarlo todo. La única manera de seguir adelante es dejando todo lo demás atrás. Si eso significa que no puedes hacerte una foto de recuerdo, como en nuestro caso, que así sea. Por muy bonito que sea el paisaje, tengo presente qué es lo más importante: nosotros, a salvo, urgentemente.

Sigue sin haber absolutamente nadie y ya son las nueve de la mañana. Antes de avanzar más creemos que es buena idea sacar la comida. Llevamos bastantes horas sin comer. Encontramos unas rocas planas y nos sentamos. Abro mi mochila y automáticamente empieza nuestra siguiente crisis. Agua por todas partes. En mi móvil, cámara, pañuelos… hasta en mi bocadillo. La botella no debía de estar bien cerrada cuando Hache la metió en la mochila, pero no estamos para buscar culpables, la realidad es que nos hemos quedado sin nutrientes para lo que nos queda y no podemos hacer mucho.

Decidimos compartir el bocadillo de Hache y el croissant de chocolate aplastado que al final sí que estaba al fondo mi mochila. Como está recubierto de plástico, se ha salvado del tsunami de mi botella.

En este segundo sendero, de vez en cuando nos topamos con un árbol con una cruz verde. Esto nos transmite seguridad de que estamos yendo bien. Lo que no nos transmite lo mismo son las señales de peligro de muerte. Cada cierto tiempo, también, hay una señal advirtiendo de lo peligrosos que son algunos tramos y que, por favor, se llame a un número de teléfono en caso de emergencia. Foto al cartel. No quiero usar ese número de teléfono, pero tengo una foto por si acaso.

Las pesadas de las placas de madera inestables siguen siendo las protagonistas, pero ahora un poco peor. Empezamos a notar que algunas, aparte de moverse, resbalan. ¡Están heladas! Madre mía, madre mía. Si ya nos costaba andar por las placas secas, estas van a ser eternas. Además de un peligro inminente de caída. No estamos tan altos como para palmarla, pero el chapuzón en el río no me haría mucha gracia, la verdad. Decidimos que la mejor manera de cruzarlas es a cuatro patas, como si fuéramos un gato, o un bebé; al igual que la segunda escalera horizontal de la cascada. Así, tenemos cuatro puntos de apoyo, si uno nos falla hay otros tres que nos salvan. Esta técnica nos funciona genial. Yo me siento seguro. Siento que Hache está segura también, pero avanzamos el doble de lentos que antes. No tenemos otra opción.

La segunda cascada de la ruta, a la cual hemos llegado después de andar otra hora y media (ya llevamos cuatro) (recuerda que iban a ser dos) (todo genial), es bastante más pequeña. El tamaño de las escaleras de las cascadas es inversamente proporcional a nuestra felicidad. Vaya, que cuanto más pequeña es, mejor. Y si te digo que nuestra felicidad cae a niveles críticos cuando vimos la tercera cascada, ya sabéis por qué.

La tercera cascada. Maldigo la tercera cascada. Llega unos cinco minutos después de la minúscula anterior, y vaya tela. Lo primero, no es bonita. Es fina, fea, y fatalmente alta. No tiene ningún sentido, la mires por donde la mires. No sirve para nada. He entrado en un bucle de negatividad en el que la naturaleza ya me cae mal. La escalera que está al lado de ella, es vertical. Bueno, minipunto para la tercera cascada. Pero es tan, tan, tan alta, que el minipunto ya no se lo merece. Encima, no tengo muy claro qué se hace una vez llegas arriba. Al final de la escalera no hay una plataforma como en las otras, simplemente se apoya contra la roca. Miro a mi hermana, me mira de vuelta, y ahora es ella quien ha visto el terror en mis ojos. No le aguanto la mirada, no quiero transmitirle ni una pizca de miedo. Empiezo a subir. Y subir. Y subir. Y seguir subiendo porque ya os digo que la escalera es inmensa. Oigo a Hache animarme desde abajo, pero mi mente está demasiado centrada en el final de esta escalera.

Resulta que arriba del todo sí que hay una plataforma, solo que no está al final de la escalera. Está a tres metros de la plataforma. ¿QUÉ SENTIDO TIENE ESO? ¿No hubiera sido más fácil hacer una escalera… HASTA LA PLATAFORMA? Para llegar a la bendita plataforma, solo tienes que deslizarte por una cadena y dar pequeños saltitos con los pies apoyados en una roca que es completamente vertical. Sin seguridad. Y con una caída de treinta metros. Genial. Justo lo que yo quería. Imagínate mi cara ahora mismo similar a la del emoji de la carita feliz al revés.

En el momento en el que me doy cuenta de esta situación, ya es tarde. Estoy arriba del todo y debo aparentar normalidad frente a la cadena. Hache no puede enterarse de nada de esto antes de subir. Si se entera, directamente no sube. Lo bueno es que yo, para situaciones de estrés y crisis, tengo la mente bastante fría. Así que me agarro a la cadena con las dos manos, pongo un pie en la roca, y me… PUM. Y me resbalo.

La roca está helada. Como si esta situación necesitara un elemento extra de complicación. Hache se ha dado cuenta del resbalón y ha gritado. Por ahora prefiero no mirar abajo. Y no tengo ni idea de cómo hacer esto. Solo sé que no me puedo soltar de la cadena. He estado en parques de aventura tirándome a redes, balanceándome de cuerdas y saltando de plataformas, pero siempre con un arnés. Siempre con una cuerda de seguridad que va doblemente atada por si una falla. Ahora mismo ni tengo arnés, ni tengo cuerda de seguridad, ni tengo segunda cuerda de seguridad por si la primera falla. Tengo una cadena, una piedra helada, y una plataforma a tres metros esperándome con timidez.

Venga, Ele, mente fría. Tienes que hacer algo para poder cruzar esto de una manera lógica y suficientemente segura, y que también pueda hacerlo Hache. Entonces se me ocurre la técnica del enrollado. No es un nombre muy prestigioso, pero en mi mente funciona. La cadena está clavada a la roca. Un extremo donde la escalera y otro extremo donde la plataforma. Mi técnica consiste en enrollarme la cadena en mi brazo izquierdo antes de agarrar la cadena. Enrollo mi brazo izquierdo tres veces alrededor de ella, y la agarro con fuerza con mi mano izquierda. Mi mano derecha se encarga de coger más cadena y avanzar. Mis pies ya veremos lo que hacen porque la piedra está congelada. Mi técnica funciona.

Hache, en este punto ya ha observado el circo que tengo montado aquí arriba. Por mucho

que yo intente aparentar normalidad, seamos sinceros, nada de esta situación es normal, pero lo consigo. Estoy en la plataforma. ¡Estoy en la plataforma! Entonces Hache, sin pensárselo dos veces, empieza a subir, y mis nervios también, a la vez que ella.

—¿Y ahora qué?

Ahora la técnica del enrollado, le digo mientras me mira con cara de «se te ha ido la pinza por completo». Mientras le explico que su brazo izquierdo va a ser su cuerda de seguridad, su valentía inicial se va transformando en desesperación.

Puedo asegurar con total seguridad que este es el momento que más he temido por mi vida y por la de otra persona. Ir hacia atrás no es una opción. Sería aún más peligroso que la subida. Plantarse y no hacer nada tampoco nos lleva a ninguna parte. Mi mente práctica está constantemente buscando soluciones. Soluciones que a veces te llenan de miedo. Un miedo que, una vez lo consigues, nunca más vuelves a tener.

Y lo hace. Enrolla su brazo alrededor de la cadena y la agarra con decisión. Coge su otro brazo y lo estira hasta agarrar la cadena también. Ya no está en la escalera. Y en el último momento antes de subirse a la plataforma cierro los ojos. Es el único segundo en el que no va a estar protegida por su brazo enrollado de seguridad. Y con los ojos cerrados, recibo un abrazo. Estamos ambos en la plataforma.

Te aseguro que, si dentro de un año Hache vuelve aquí, esta cadena es un chiste. Y el miedo que antes le ha dado, ahora es orgullo.

Cuatros horas y media. Ese es el tiempo transcurrido en la ruta y siento que llevo aquí media vida. Y eso que solo son las diez y media de la mañana. Menos mal que el ukelele me está esperando en Poprad. Si se hubiera venido igual hubiera servido para escribir la canción de la cadena. (Oda a una cadena - Ele. Próximamente en todas las plataformas digitales.)

De nuevo nos topamos con pasajes de placas de madera y metal, y puentes finos inestables. La diferencia es que ahora el río tiene más fuerza y el nivel del agua está más alto. Mierda. Ya no vamos a poder gatear por las placas. Algunas las recubre la corriente del río y nos vamos a empapar por completo. De pie me temo que tampoco vamos a poder ir. La corriente es fuerte y un pie mal puesto significa caída importante. Hache entonces decide innovar con una técnica. La técnica del sentarse para atrás.

Consiste en sentarse en la balda de madera y avanzar de espaldas. Colocas las dos manos en la balda siguiente a la de tu culo, y con fuerza llevas tu culo a la balda donde están tus manos. Unas manos que, poco a poco, voy dejando de sentir porque, insisto, las baldas están congeladas.

Empezamos a avanzar y cada balda está un poco más alta que la anterior, como si fueran escalones. El problema es que algunas de estas baldas están ya sumergidas en el río y nos vamos a empapar al pasar por ellas. Pero mira, de perdidos al río. Literalmente. Me gusta también pararme en las plataformas secas, ponerme de pie y mirar atrás con orgullo lo que hemos conseguido en los últimos veinte minutos. Vamos tan lentos que mi campo de visión probablemente ocupa la última hora de recorrido. Pero bueno, a nuestro ritmo. A nuestro ritmo, y a nuestra bola. Seguimos siendo los dos únicos pringados que vienen a Suchá Belá en

invierno.

—Y en Vans.

Y en Vans, gracias, Hache. A veces pienso en alto. Poco a poco vamos subiendo las baldas de madera hasta llegar a una explanada enorme. Sigue habiendo los mismos elementos en el paisaje, pero todo es distinto. Todo, todo, todo, es blanco.

De repente siento que estamos en la Siberia profunda. Yo llego arriba mucho antes que mi hermana y empiezo a andar. Absolutamente todo está recubierto de nieve. Miro atrás y Hache ya está asomando la cabeza del último tramo. Le sonrío y me sonríe de vuelta. Vamos en jodidas Vans. Tres pasos en la nieve y ya no vamos a poder sentir los pies. Tengo las manos, el culo, los pies y partes de las piernas mojadas. ¡Qué frío! Y qué hambre.

Estoy mirando atrás, hacia Hache, mientras sigue el camino que he seguido yo hasta adentrarme en la zona nevada, cuando de repente empiezo a sufrir una alucinación. Una alucinación tan real que no la comprendo. De donde mi hermana ha asomado la cabeza hace apenas unos segundos, se está asomando otra cabeza. Y otra más. Hasta cinco distintas. Mi cara ahora mismo debe de ser un auténtico cuadro porque Hache también mira y sufre la misma alucinación que yo. Espera, esto no es una alucinación. Esto es real. Cinco seres humanos. Personas vivas y reales. No sé cómo empezar a describir a estos cinco individuos para que Hache y yo no quedemos en completo ridículo. Bueno, más aún del que te estaba contando, claro. Vamos a aclarar que no van en Vans, eso lo primero. Botas de pinchos, abrigos térmicos, cuerdas, ganchos, arneses, botiquín, ¿sigo?

—Creo que lo han pillado.

Gracias, Hache.

Se acercan a nosotros los cinco y pasan alrededor de medio minuto en silencio. Mirándonos. Uno de ellos se empieza a reír y directamente da por supuesto que no somos de aquí, así que nos habla en inglés. Nos pregunta que qué estamos haciendo ahí y si necesitamos ayuda. Nos explican que esta ruta no tiene ninguna complicación en los meses de verano, pero que, en invierno, solo lo hacen expertos de escalada, con equipo y vestimenta especializada. El grupito de montañeros se está portando genial con nosotros, nos han hecho una foto y todo (es nuestra única oportunidad de hacernos una que no sea un selfi). Antes de irse nos explican que a nuestro paso igual nos queda alrededor de una hora. Y llevamos cinco. No os digo por dónde quiero que se vayan las dos horas que ponía en el mapa del tablón por respeto a los mapas.

Mientras se marchan no podemos evitar darles las gracias sin parar. Se ríen y nos desean suerte con lo que nos queda. Les cuesta aceptar nuestras palabras de agradecimiento porque en su opinión no han hecho nada. No sé si tú, leyendo esto, crees en el destino, en Dios, en las casualidades o en todo a la vez. Yo creo en la humildad del regalar agradecimiento. En que te hace más humano y que te acerca a los demás. Sin el agradecimiento, en mi opinión, este mundo se va por el desagüe. Decir gracias no cuesta nada. No estaban muy equivocados los

montañeros. Ya estamos a punto de llegar a la cima y hemos tardado una hora y media. Una hora y media de subida en la nieve. Nuestros pies están completamente anestesiados por el frío. Este último tramo de la ruta nos ha derrotado más que cualquier otro. Supongo que todo suma y que ya estamos cansados por el cúmulo de catástrofes que hemos tenido que sobrevivir. Pero no pasa nada. Ruta terminada. Seis horas y media. Pero ruta terminada.

Igual piensas que aquí termina el día de hoy, pero no. Recuerda que el camino es de un solo sentido y tenemos que encontrar la manera de salir de aquí. Obviamente abortamos la misión de hacer seis o siete rutas. Ahora la única misión que siento en mi cuerpo es la de encontrar un lugar donde me puedan poner delante mío una hamburguesa con patatas con extra de mayonesa. Todo lo demás me da igual. Bueno, Hache no me da igual, pero todo lo demás sí.

Llegamos a un restaurante en la explanada de la cima que está cerrado, pero encontramos otro tablón con un mapa que explica cómo salir de aquí. Solo hay que cruzar un campo de trigo y elegir bien la ruta. Hay tres, igual que una bomba: la roja, la amarilla y la azul. Hay que coger la azul. Si no, explotas. Bueno explotar, explotar, igual no, pero ya hemos tenido suficientes complicaciones por hoy. Hacemos una parada para descansar sentados en el suelo. Bebemos agua y nos comemos las uvas que nos quedan. No saben a hamburguesa con extra de mayonesa, pero en mi mente me lo puedo imaginar hasta que de repente empieza a acercarse un sonido muy fuerte. Un helicóptero aparece de la nada y colgando de él una camilla con lo que suponemos que será el cuerpo de una persona. No sé si los helicópteros aparcan, pero ya me entendéis, este aparca donde el campo de trigo que tenemos que cruzar, así que avanzamos movidos por la curiosidad.

No nos dejan acercarnos mucho al cuerpo, probablemente sea grave. Ahora es cuando me vienen a la cabeza las señales de riesgo de muerte y, también, el peligro por el que hemos pasado. Es todo tan surrealista que en mi cabeza suena hasta gracioso, cuando la realidad es que podíamos haber muerto. No quiero sonar drástico, pero esa persona que colgaba de ese helicóptero podría haber sido yo. O peor, Hache. Por no comer, por no beber, por caer desde 30 metros de altura o por hipotermia.

Contándote esto, no pretendo desanimarte ni decirte que no cometas locuras. Comételas. Obviamente espero que no planees cometer nada parecido a lo mío de hoy. A mí, si me ofrecieran volver a hacerlo, claro que no lo haría. Pero ahora que lo he hecho, no lo cambio por nada en el mundo. Una vez me he visto en la situación de emergencia, con los pocos medios que tenía, siempre he procurado seguir hasta estar sano y salvo. Y justo eso es con lo que debes quedarte. Ten cuidado, comete locuras (siempre de las que no impliquen riesgo para ti y para otros), y si te encuentras en zona de peligro, no tires la toalla hasta que salgas de ahí.

—Ni metas botellas de agua sin estar del todo cerradas en tu mochila.

Gracias, Hache.

Solo nos quedan cuarenta minutos de bajada hasta el pueblo. Supuestamente. Puede que esos cuarenta minutos se conviertan en tres horas. Quién sabe. Lo que sí sabemos es que nuestras prioridades son dos. Uno: encontrar una hamburguesa con extra de mayonesa. Dos: una estación de tren donde poder volver a Poprad. Ah y mi ukelele. Pobrecito ahí enjaulado. Prometo ir corriendo a por ti (después de la hamburguesa).

Como siempre, tardamos más de lo normal y llegamos a otro autocamping cerrado, parecido al del inicio. Hay algunas personas paseando por la zona y me atrevo a preguntar a una señora (con cara más simpática que la del tren) que pasea a su perro. Mientras, Hache le hace algunas fotos al perro. La señora nos dice que a un kilómetro de distancia hay un hotel, que seguramente tendrá restaurante. Estoy bastante harto a este punto de los «seguramente», pero un kilómetro es nada y nos ponemos a andar.

Creo que es el hotel más bonito que he visto en mi vida. Realmente no, pero está abierto. Y eso ya me parece un detalle precioso por parte de quien sea el dueño. Nos sientan en una de las mesas y los camareros no dejan de hablar de nosotros. Hache se quita el abrigo y me mira. Yo me quito el abrigo y me miro las manos. No sé cómo no me he dado cuenta antes. No puedo cerrar las manos, y Hache tampoco. La carnecita que hay en la palma de los dedos entre las líneas donde se unen los huesos está roja como un tomate e hinchada como un globo de feria. No puedo ni coger el tenedor bien porque no puedo cerrar la mano. Hemos tenido las manos bajo agua casi congelada, apoyando todo nuestro peso sobre ellas en placas de metal heladas, y sujetándonos en cadenas también bastante fresquitas. No soy médico pero esto no puede ser sano.

Pedimos lo que llevo repitiendo durante toda la historia que necesito en mi estómago, y unos crepes con chocolate. Después llamamos a Ese por videollamada para contarle que hemos sobrevivido. Estamos tranquilos porque si hemos sobrevivido a una cadena colgante, podremos sobrevivir a esto. Además, aunque Ese nos quiera matar, eso aún no se puede hacer por videollamada. Y en vez de matarnos, decide ponerle la guinda a nuestro desastre andante. Ofrece pagarnos el taxi de vuelta a la estación. Y eso, para dos adolescentes que están usando sus ahorros de haber trabajado en verano para pagarse un viaje lo más barato posible, es increíble.

Llegamos a la estación y el ukelele y nuestras cosas están sanas y salvas. Bajamos a la pizzería que está fuera de la estación y nos pedimos algo de cena antes de coger el tren nocturno a Praga. Este tren nocturno es de camas, y menos mal, porque el resfriado de Hache después de todo el frío se ha convertido en fiebre. Así que tras comer un poco de pizza, se toma una pastilla para del dolor de cabeza. Parece que ya es tradición en este viaje cenar pizza.

—Siempre y cuando no sea tradición colgarse de una cadena, lo que quieras.

He vuelto a ir a este maravilloso lugar cuatro años después de esta aventura. En verano y sin complicaciones más allá de que pudiera picarme una avispa. Sigue teniendo cierto peligro, pero no hay punto de comparación. Sin ninguna duda es de los sitios más bonitos en los que

he estado nunca. Eso sí, las placas siguen igual. Que las arreglen, porfa.

El día que compuse mi primera canción

Es el típico día que vuelvo de clases acompañado de mi mejor amiga Uve. Hablamos sobre la gente que no soporto en el colegio e intentamos evitar los grupos que van fumando por la calle. Se ha convertido en una especie de deporte de zigzag que consiste en cambiar de acera constantemente por nuestro odio hacia el olor a tabaco. Aparte de eso, confieso que me da respeto pensar que esa esencia desagradable pueda impregnar mi ropa y que mis padres acaben pensando que yo he caído en la presión social de los del instituto. Sé que confían en mí lo suficiente como para no pensar eso jamás, pero una parte de mí no puede evitar creer en esa posibilidad. No quiero riesgos. La verdad es que estaría genial dejar de condicionar mi vida por lo que piensen o no los demás sobre mí. Sin querer, acaba siendo una constante en mis pensamientos. Casi tanto como mi ansia por expresar esos pensamientos a través de la música.

He escrito muchas canciones en mi vida. Hay días que escribo hasta tres canciones y hay canciones que tardo meses en acabar. Supongo que ahí reside la magia del arte, que no tiene cronómetro ni fecha de caducidad. El arte nunca muere y, de hecho, a menudo cobra mucha más vida una vez el autor, irónicamente, ya no vive. Paradojas del reconocimiento artístico que me molestan hasta la médula. Ojalá algunos artistas pudieran saber lo reconocido que es su trabajo antes de pasar a la tumba. Aunque te pongo un ejemplo: Van Gogh. Me pregunto qué hubiera pasado si alguien le hubiera chivado que sus girasoles iban a captar la atención de miles y miles de personas. Quizá eso hubiera absorbido su cordura hasta afectar la autenticidad con la que impregnaba sus cuadros. Bueno, a decir verdad, Vincent nunca estuvo muy cuerdo. Y, de nuevo, a decir verdad, ningún artista se salva de tener una chispa de locura. A veces me pregunto si a mí me gustaría saber cómo de bien me va a ir en el futuro. Seguro que si mi yo del futuro me hiciera un spoiler de todo al final no pelearía ni la mitad por conseguir las cosas que estoy consiguiendo ahora. Paso, prefiero descubrirlo yo solo. Me conformo con pensar que mi querido Yo del futuro sabe de sobra que todo va a salir bien.

Quiero contarte cómo fue mi primera vez. Quizá, técnicamente, esta no fue la primera

primerísima. Los inicios siempre son duros y las primeras huellas que he dejado por el camino dan un poco de vergüenza. Quien diga lo contrario miente. Pero hay que empezar por algún sitio y, ese sitio, en mi caso, no recibe visitas. Para evitarte sufrimientos innecesarios, paso directamente a la primera canción que he escrito sin faltarle el respeto a la palabra. La primera digna de llamarse canción.

Me despido de Uve y llamo a la puerta. Mamá Ese abre sonriente tras gritar desde la cocina que esperase un momento. Cierro la puerta, cierro los ojos, abro la boca y huelo comida mexicana.

—¿Fajitas?

En esta casa la gastronomía es internacional y parece que cada día salto de un continente a otro. Y hablando de saltar de continentes, Papá Erre está a punto de llegar de su viaje a Camboya y, aparte del jet lag mental que debe de tener, creo firmemente que su pobre estómago se va a desubicar con el guacamole y el picante. Hache tampoco está, siempre llega un poco más tarde que yo. Es posible que Erre llegue antes desde Asia que ella desde el instituto. No me extrañaría.

—Os he traído algo.

Después de la comida es el turno de los regalos del viaje de papá. Erre siempre nos trae recuerdos de los países a los que va y empieza bromeando con chorradas, como el sobre de azúcar del avión o los auriculares del tren. Luego pone cara de que eso debería de ser suficiente regalo pero acaba esbozando una sonrisa para sacar los de verdad.

—Ele, aparte del edulcorante y las servilletas, te he traído algo que espero que endulce tus andadas creativas.

Abre su mochila azul de propaganda del club de atletismo del pueblo y me pasa un regalo envuelto en papel de periódico. Independientemente de lo que haya dentro, este papel es increíble. Solamente el periódico es como un tesoro, nunca había visto semejantes letras. Tan bonitas y exóticas que han cautivado por completo mi atención. Además, el papel huele a mercado de frutas.

—¿Lo abro?

Todos asienten y juro que podría palpar la expectación en el aire. Empiezo a abrirlo y sin querer cae en mi regazo una especie de palo de madera decorado con pinturas orientales. Lo cojo con cuidado y lo alzo para que lo puedan ver los demás. Una flauta camboyana con letras asiáticas y dibujos de elefantes por el costado. Tiene siete agujeros por delante y uno por detrás. ¡Esto es justo lo que necesito para los días en los que me harto del ukelele! Mira que lo quiero con locura, pero no siempre me corresponde. Últimamente estoy en una especie de bloqueo creativo y no consigo avanzar. Creo que tener un juguete nuevo podría ayudarme.

—Gracias, Erre. A veces le llamo por su nombre en vez de por Papá.

Termino de fregar los platos antes de hacer cualquier otra cosa. Los martes me toca a mí. Cuando acabo rápidamente meto mi nueva flauta camboyana en la mochila y subo corriendo a mi cuarto. Cierro la puerta de inmediato como haría cualquier otro adolescente. No para hacer lo que estás pensando, idiota, siento decirte que en ese sentido voy un poco lento y aún

me queda bastante por desarrollar. Mis hormonas están de parranda. Tranquilo, ya tendré tiempo para gestionar eso en el futuro. Todo esto no quita que me guste un poco de privacidad y el permitirme sentir que estoy en un mundo alternativo donde lo único que existe son mis ideas, mi ukelele y yo. Al fin y al cabo, mi refugio es mi habitación.

—Por fin solos.

No sé si es de locos hablarle a tu instrumento favorito, pero ya tengo confianza contigo como para tener secretos.

—Hoy no vale estancarse, ¿eh?, tenemos un invitado nuevo en la casa y hay que caerle bien.

Dejo de mirarle y hablarle al objeto inerte de música que me llevo a todas partes y me acerco a la estantería que tengo al lado de la ventana. Está llena de cachivaches estúpidos, recuerdos de países y algunos libros en las baldas que están más arriba. Entre esos libros tengo escondida una libreta secreta. Es mi libreta de canciones. Me muero si alguien la encuentra, explotaría de vergüenza. El lomo de la libreta nunca se llega a ver porque los libros que están al lado tienen una especie de solapa que lo tapa lo suficiente. A ti te lo cuento porque se te da bien escucharme y confío en ti: está entre la saga de Narnia y los libros de Los Cinco, dos de mis favoritos.

Es una libreta bastante vieja que le pertenecía a la hermana de Erre, mi tía. La compró cuando era pequeña pero nunca la llegó a utilizar reservándola para algo especial. Las hojas están bastante desgastadas pero me transmiten un aura mucho más nutritiva e interesante que una libreta convencional de librería. Para mí es muy importante cuidar el espacio y el sitio donde escribo mis canciones, por eso suelo recoger mi cuarto antes de componer. Es la única forma que tengo para sentirme en paz. Necesito mi sitio libre y limpio. Si no mis ideas saldrían desordenadas, en sintonía con el espacio que las rodea.

Estas ideas de las que te hablo están repartidas por toda la libreta, está casi al completo. Cada página contiene una distinta, y ese es el problema. Ni una de ellas está terminada. Se me da muy bien empezar proyectos que luego jamás acabo. Recuerdo que cuando era pequeño hasta empecé a escribir una novela de misterio. Llegó a dos páginas y nunca más se supo nada de ella. Igual ese era el misterio, al fin y al cabo.

Me siento en la alfombra de colores que tengo a los pies de la cama y abro la libreta por una página aleatoria. A veces para componer canciones o escribir poemas me siento en el suelo. No es muy cómodo, pero me hace sentir más cerca de mí mismo y, repito, más libre en el espacio. La cama en ocasiones también funciona, pero alguna vez me he quedado dormido y hoy quiero intentar acabar esta maldita idea que tengo delante.

Cojo el ukelele y empiezo a retomar el espacio mental cuando apunté esas ideas. Empiezo por entender y analizar la parte musical de la canción. Vale… sí… lo normal, predominan cuatro acordes… hay otros dos diferentes en el puente… empezaría con un rasgueo sin letra… el punteo del medio aún no me lo sé, tengo que ensayarlo… bueno, debería probar a cantarla, a ver si recuerdo algo de este boceto.

Quiero escribir mi historia con pintura invisible
Viajar a lugares indescriptibles
No quiero más madrugadas de mensajes que no salen de la bandeja
Deseos con olor a cumple tras soplar las velas
Todo son sueños en estado de espera

Ah sí, recuerdo esta canción. Bueno, canción aún no, «en proceso de», más bien. Irónicamente, creo que habla sobre querer perseguir y cumplir sueños. Igual si empiezas por terminar una mísera canción ya habrás cumplido uno, Ele. No es tan fácil, subconsciente de Ele. ¿Puedo dejar de discutir conmigo mismo, que hay alguien que nos está leyendo? Gracias.

Esas cuatro líneas están seguidas de otras diez líneas tachadas, garabatos e ideas mal escritas por los márgenes. Al igual que todas las demás páginas de la libreta, ninguna idea me parece lo suficientemente buena como para continuar el hilo. Como si una especie de señal de stop se hubiera interpuesto en el camino de mi imaginación.

Una vez me contaron que somos como un grifo. Sí, un grifo. Un grifo que a veces se atasca y te asustas cuando el agua empieza a salir marrón. Eso eres tú cuando todo lo que haces no te parece suficiente, no tienes fe en que salga bien o simplemente lo ves como una mierda. Te bloqueas y no quieres seguir haciendo esa mierda. Cierras el grifo, te apartas y te olvidas de él hasta dentro de un tiempo. Cuando se te ha pasado un poco esa frustración y quieres volver a intentar sacar algo de ti, abres el grifo de nuevo y, para tu sorpresa, el agua sigue siendo igual de sucia. Tu grifo sigue atascado. Eso no va a cambiar si solamente lo abres y lo cierras tan rápido como que lo que ves no te gusta.

No te parecerá bonito, pero ábrelo y deja correr el agua. Así toda el agua marrón que tengas por dentro saldrá y se irá por el desagüe. Escribe, dibuja, pinta, compón, canta; haz cosas. Muchas cosas. Hazlas aunque te parezcan una mierda. El miedo a que todo lo que salga de ti sea perfecto te frena y cierras el grifo, pero a la próxima puede seguir siendo una mierda. Crear sin miedo a cómo vaya a ser al final es clave para que el arte fluya. Cuando has pasado un tiempo con el grifo abierto, sin darte cuenta miras la pila y el agua es completamente transparente. Ya no es marrón. Ahora lo que sale de ti no está tan mal, y casi ni te acuerdas de lo que era antes. Tampoco te voy a prometer que se quede así para siempre. Probablemente dentro de un tiempo te volverás a atascar, así es como funciona un grifo. La diferencia es que a la segunda ya habrás ganado terreno y cerrarlo no será una opción. Nunca se me va a olvidar una frase que un chico con gafas me dijo en el momento que más lo necesitaba: «Hay que creer en lo creas». Ahora te lo digo yo a ti. Cree en esa agua marrón. Quizá mañana no la veas tan mala o igual pasan diez años y la sigues viendo igual de turbia. Lo único que te puedo asegurar es que no siempre va a salir así.

Pues nada, Ele, es hora de que te apliques el cuento. Llevas un año y medio con esta libreta y no has conseguido acabar ni una sola canción. Pasas el noventa por ciento del tiempo con tu ukelele y se está empezando a reír de ti. Empieza por abrir el grifo y que fluya todo lo que piensas que no sirve. Eso significa tragarse el orgullo, coger el ukelele que has dejado en la

esquina castigado y probar a juntar frases que probablemente no te gusten; pero preocuparte y adelantar acontecimientos no sirve de nada, así que voy a apuntar frases y frases, me gusten o no.

Enciendo la luz de mi mesilla de noche porque ya son casi las ocho. Escuché la puerta cerrarse hace bastante rato cuando mis padres fueron a llevar a mi hermana a su clase de piano, de camino a hacer la compra. Este bloqueo hace que las horas pasen mucho más rápido y me agobio. Da igual, concéntrate. Luz tenue, ambiente calmado, y frases. Muchas frases. Escribo diez: me gusta una. Escribo otras veinte: no me gusta ninguna. Como cuando te vas a sacar un selfi y te gusta una de cada diez mil fotos. Vuelvo a frustrarme y dejo el instrumento a un lado. Pasan un par de minutos y lo vuelvo a coger mentalizándome de que no puedo seguir dejando cosas a medias, cerrando el grifo. Escribo un par de frases más y me gustan ambas. Además, riman con las anteriores.

Uy, esto es nuevo.

Media hora después ya parece que va cogiendo una forma que me pilla desprevenido. No estoy acostumbrado a que me gusten las cosas que hago y, sinceramente, esto se podría convertir en algo de lo que podría estar orgulloso. No me da tanta vergüenza como de normal. Sigue habiendo un poco por ahí, pero bueno, es un avance. A veces piensas que tienes que abrir el grifo para dejar salir todo lo malo, y luego resulta que no lo era tanto.

Abro la puerta de mi cuarto y rápidamente llego al salón por las escaleras al final del pasillo. No escucho nada, así que, efectivamente, estoy solo en casa. Saco del armario del pasillo el micrófono que Erre usa para sus charlas y conferencias y lo enchufo al sistema de sonido. Conecto mi ukelele a los altavoces también y de repente el sofá se ha convertido en un escenario de diez metros de largo. Las velas de la mesa pueden ser mi público.

Cantar a viva voz en el salón de mi casa me exprime el corazón y me desgarra el alma, es una especie de terapia para mí. Termino de cantar la canción y acabo K.O., pero sin dudarlo ni un segundo vuelvo a empezarla de nuevo. Me da igual que falten frases, me da igual que no esté perfecta. Lo quiero repetir mil y una veces por todas las noches en vela que me dificultan creerme que esto lo he conseguido.

—¡Sueños en estado de espera…

Suena la puerta. Alguien está intentando abrir y mis piernas han empezado a temblar. Sufro una especie de colapso por culpa de la vergüenza que me produce que alguien escuche estas frases. En realidad, la vergüenza surge al pensar que alguien podría descubrir que estas frases, efectivamente, son mías.

Es Hache. Lo sé por cómo suena su llavero. Tiene un cascabel digno de collarín de gato. Es gracioso porque ella odia los gatos. Ha terminado sus clases de piano mucho antes de lo que lo suele hacer. Supongo que la profesora la habrá traído en coche o algo. He dejado de tocar de inmediato, creo que ha sido bastante antes de que consiguiera abrir la puerta, así que dudo que haya podido escuchar algo de mi nueva creación. Antes de que llegue al salón me ha dado tiempo a bajar el volumen de los altavoces a uno más acorde con un ensayo diario. También he recogido las velas lo más rápido que he podido ya que me desmayo si llega a ver

que las he colocado como personas encima de los cojines. Tiro los cojines al otro sofá y me siento en la mecedora con el ukelele tocando arpegios y escalas que normalmente ensayo para clases. Todo normal. Nada sospechoso.

—¡Hola!

Aparece su cabeza entre las cortinas de la entrada del salón y se sienta en el otro sofá. Hablamos un poco, pero nada muy profundo. Se queja un poco de lo dura que es su profesora de piano, pero ya estoy acostumbrado a ello y desconecto sin querer. La conversación muere después de no mucho tiempo y decide sacar un libro de ejercicios que tiene que rellenar para sus clases de mañana. Se pone a trabajar en ello como si yo no estuviera ahí y me entran ganas de hacer lo mismo. Seguir practicando MI CREACIÓN independientemente de que ella esté ahí. Puedo intentar convertirme en su música de acompañamiento, como en las cenas de los hoteles o los momentos incómodos con el vecino en el ascensor.

Empiezo a tocar el principio de la canción. La primera parte, donde no hay letra, en bucle. Normalmente hago el ciclo de dos compases como introducción y ya empiezo a cantar. Llevo ya treinta y dos compases y no arranco. Necesito dejar de pensar en los demás. Toso un par de veces para aclararme la voz y, sin pensarlo más, canto mi canción de principio a fin con los ojos cerrados y mejor que nunca. Justo antes de terminar los abro.

—¿De quién es?

Mía. De mi puño y letra. Es una canción y la he escrito yo, y ojalá pudiera decírtelo.

—Pues… es… ¡nueva! La escuché el otro día… por YouTube. Es de Ed Sheeran.

¿Qué haces Ele? Acabas de mentirle a Hache. ¿En serio eso es lo mejor que se le ha ocurrido a mi cabeza en pánico? Inventarte que no es tuya. No sé si me parece algo absurdo, inteligente, cobarde o malvado. Es casi una técnica. ¿No es algo demasiado oscuro para conocer la opinión real de alguien? Solo así, dentro de los circuitos de mi cabeza, esa persona dejará de estar sesgada por pensar que lo he hecho yo. Saldrá su opinión sincera al cien por cien. No estoy orgulloso de ello, pero suelo tener la sensación de que cuando alguien sabe que algo es mío le deja de parecer tan interesante, guay o incluso meritorio.

—¿Seguro? No me suena.

Mierda, ahora tengo que inventarme algo. Mi hermana es muy fan de Ed, al igual que yo. ¿Cómo no he dicho otro cantante más lejano? Odio mentir porque una mentira nunca se queda ahí. Siempre necesita de otra y otra y acaba siendo una bola de nieve enorme de la que no puedes escapar. No mientas. No seas como el Ele del pasado.

—A ver… creo que la tocó en una radio el otro día… aún no la ha sacado.

—¿Y ya te la sabes?

—Sí, ya sabes que soy un friki que no deja la música en todo el día.

—Pues también es verdad.

Parece más convencida. Ya no me dice nada más. Sigue escribiendo en su libreta. No sé qué hacer si me pregunta cómo se llama.

—¿Cómo se llama?

Mierda. La escribí sentado en una alfombra. ¿Quién podría estar sentado en una

alfombra?

—«¡Aladdín!»

Ele, estás loco. Eso no es nada creíble.

—Me encanta el título. La buscaré luego.

Mierda, por enésima vez. Ya está. Me va a pillar la bola de nieve. A ver, siempre puedo esperar a que se le olvide, con la cantidad de canciones que le enseño al día puede pasar desapercibida sin problema.

El día ha estado demasiado cargado de emociones para mí y para mi compañero de aventuras. Sus cuatro cuerdas están con las pilas recargadas para componer todo el resto de canciones que podrían salir de ese cancionero inacabado entre las sagas de fantasía y las sagas de pandillas en mi estantería. Y por encima de todo eso, quizá va siendo hora de admitir lo que es mío y de dejar de esconderme detrás de todo lo que me asusta. Si quiero que algún día mi nombre esté en luces tendré que empezar por defender lo que me llevará a aquellas luces. Independientemente de una mentira rápida a mi hermana pequeña. Independientemente de mi miedo a que me descubra. Lo que hay detrás de esa inventada es algo que me pertenece y no necesito que el miedo sea lo que alimente mis ganas de contarlo. Quiero contarlo porque puedo. Porque lo necesito y porque se lo merece. Se lo merecen las personas que han creído en mí. Se lo merece mi ukelele. Y se lo merece «Aladdín».

Pero, sobre todo, se lo merece otra persona. La persona que está escribiendo estas palabras que ahora estás leyendo. La persona que escribe sobre sueños porque no siempre se atreve a intentarlos.

La persona que se merece que, algún día, tenga su nombre en luces.

Después de cenar subo arriba y me planto delante del cuarto de Hache. No sé qué es lo que va a pasar, pero mi mano se alza a la altura del pecho y le quedan pocos milímetros para llegar a la superficie de madera de la puerta. Y llamo. Con su permiso doy un par de pasos dentro de la habitación, cierro los puños con fuerza y abro los ojos por encima de toda la inseguridad que recubre mi piel.

—Hache, te voy a hacer una pregunta.

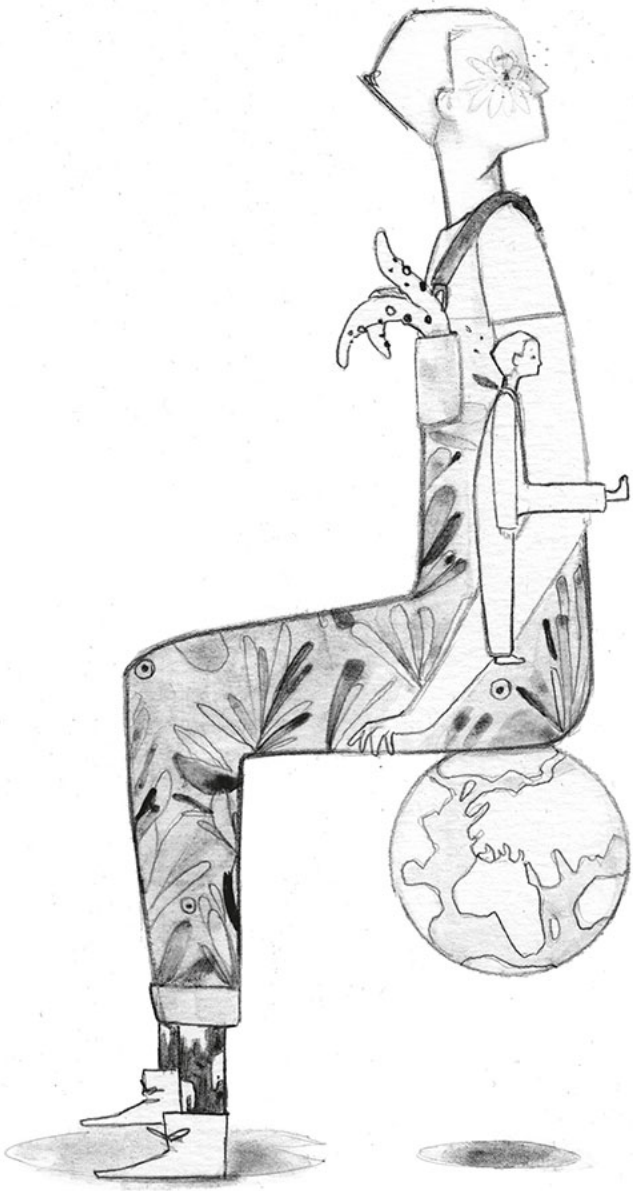
—Miedo me das, Ele.

—¿Cuál es tu frase favorita de «Aladdín»?

—¿La película?

—No, la canción…

… mi canción.



El día que empecé la universidad

Mi primer día de universidad llega así, sin avisar. Como si no sintiera que fuera ayer cuando aprendí a dormir sin peluches. De repente soy un chico mayor que ya no puede decir «cuando sea grande quiero ser…». Ya soy grande. Aunque por dentro sigo sintiendo que soy un enano al que el mundo le queda demasiado grande. Siempre he soñado con esto, pero ahora que está aquí no quiero salir de la cama. He pasado la primera noche en esta ciudad sin apenas dormir pensando en todo lo que puede pasar hoy.

Como te acabo de contar, siempre he tenido la universidad como un sueño en mi cabeza. Me lo he imaginado como lo vemos en las películas de EE. UU. Un campus verde enorme, lleno de grupos de amigos sentados en el suelo, pintando o cantando con la guitarra. Nada más lejos de la realidad. Para empezar, yo llevo un ukelele, no una guitarra, y tampoco hay un campus verde. Mi facultad tiene una entrada de piedra. Es bastante bonita, pero nada de zonas verdes. A ver cómo me las ingenio yo ahora para cumplir las expectativas de mi cabeza y conseguir un sitio donde en unos meses venir con mis hipotéticos amigos futuros a cantar en corro con el ukelele.

Me acabo de sentar en una clase llena de personas y todos tenemos algo en común. Nadie conoce a nadie y estamos mirando a nuestro alrededor, empezando a identificarnos como compañeros de clase y, con suerte, de vida. Al fin y al cabo, esta va a ser nuestra segunda casa durante los próximos cuatro años. Es la presentación de mi carrera, grado en Psicología. La verdad es que no elegí esta carrera por nada en especial. De pequeño yo quería ser óptico (de estos que te ponen las gafas), por alguna razón eso me resultaba algo divertidísimo; luego astronauta, a ratos cantante, médico… y al final psicólogo. Lo he decidido en el último momento. Supongo que me intriga el comportamiento de las personas. Me apasiona ayudar a mis amigos y no me conformo con menos que sentir que les entiendo. Imagina poder ayudar a cualquier persona, o intentarlo al menos. Espero que esta carrera me enseñe a ponerme en la piel de los demás y, con suerte, en la mía propia. No he elegido estudiar psicología para

solucionar mis movidas en la cabeza, pero mira, si alguna se soluciona, pues bienvenido sea. Así que aquí estoy, en mi primer día de la universidad, en la penúltima fila, intentando pasar desapercibido.

Los primeros días ya sé cómo van a ser. Los pasillos, carreteras con un montón de tráfico de personas. Yo, con miedo a cruzar esa carretera. Los profesores se harán los simpáticos para evitar que cambiemos de carrera en esa primera semana, aunque no les durará demasiado. Los alumnos, luchando por sobrevivir. Todo el mundo sabe que la primera semana es crucial. Existe una presión desmesurada sobre los amigos de la universidad. Se supone que estos ya son los de verdad, los de toda la vida. «Elígelos bien, eh» y «tú sé tú mismo y ya verás como todo irá bien». El problema es que yo pienso que estas cosas deberían surgir solas, pero, ¿y si no surgen? No es tan fácil como ir a alguien y simplemente decirle «Hola, ¿quieres ser mi amigo?». Hacer amigos es bastante más complicado de lo que parece y, como ya sabes, no se me da muy bien.

Vuelvo a casa después de toda la mañana en la facultad. Nos han enseñado todas las instalaciones: la cafetería llena de pinturas, el jardín interior con una mamá pato y sus bebés, un laboratorio donde mi cabeza imagina que cortaremos cerebros (ojalá), y las aulas que, sin duda, no se han renovado desde que se inventó la rueda. Para salir de la facultad tengo que bajar la cuesta de piedra que hay en la entrada, pero antes de terminar de bajarla un chico me toca el hombro y me para. Esto no tiene mucho sentido.

—Tú eres Ele, ¿verdad?

Sabe cómo me llamo. Este chico me ha resultado familiar en la presentación. Un chico con pelo entre castaño claro y rubio, bastante similar al mío. Tiene pendientes, una camisa amarilla abierta sobre una camiseta blanca, y una mochila de Spiderman. Parece simpático, pero bueno, aunque no lo pareciera, es la única persona con la que he interactuado verbalmente en mi primer día, no puedo permitirme exigencias. Creo que este chico me suena de haberle visto por redes sociales. Unas semanas antes de empezar es tradición buscar palabras clave en internet por si encuentras a tus futuros compañeros de clase. Yo no soy un gato, pero la curiosidad fue inevitable y en verano me mató; yo también caí en esa tradición universitaria.

—Tú pusiste unos mensajes en tu blog sobre que empezabas la Universidad aquí, ¿verdad?

Efectivamente. Recuerdo su nombre de usuario y si no recuerdo mal, nuestros apellidos empiezan con la misma letra. Con suerte caeremos en la misma clase. Creo que se llama Eñe. No voy a preguntárselo porque se supone que ya tendría que saber cómo se llama. Cuando llegue a casa ya lo comprobaré. Mientras, voy a darle una oportunidad.

Hemos vuelto todo el camino a casa hablando sobre quiénes somos, aunque irónicamente más sobre quiénes no somos. Tenemos mucho en común, o más bien poco en no común. Acabamos hablando de cosas que no nos representan o que tendemos a evitar. Es una manera más discreta de presentarte y describirte. He hecho en la cabeza la prueba de si me veo con él haciendo esto dentro de diez años y los resultados son positivos. Quizá es cierto aquello de que los amigos de la uni pueden ser para toda la vida. En definitiva, ha sido un bonito camino a casa. Eñe me cae muy bien.

Mi casa en la universidad no es una casa cualquiera. Yo voy a pasar mis primeros años de universidad viviendo en una residencia. Hombre, algo tenía que rellenar esas expectativas de vida universitaria americana, y una residencia es un concepto muy de película de estudiantes. Eñe vive en la residencia que está justo enfrente de la mía. Ambas son muy grandes y son, por así decirlo, contrincantes. Creo que es la primera cosa en la que no vamos a estar de acuerdo en la corta amistad que llevamos de momento. También, entre las dos residencias, está el campus con el que siempre había soñado. Un césped verde y enorme. Los primeros días del curso en ese campus se celebran las famosas novatadas. Cada residencia tiene las suyas y se llevan a cabo como si fueran una ley del estado universitario. En tu cabeza te las imaginas llenas de globos, pruebas divertidas y una manera de romper el hielo haciendo amigos por todas partes. Permíteme dudarlo. Las novatadas son un desahogo de los veteranos que sufrieron las mismas pruebas el año anterior. Un ciclo que nunca acaba. Seguramente yo, si sufro estas pruebas, querré vengarme y hacérselas a los nuevos del año que viene. Si algo bueno tienen, es que sí que cumplen con la tarea de romper el hielo entre todos los que nos quedamos ahí en la residencia. Todos sufrimos por igual y hay empatía. Creo que jamás he conocido a tanta gente en una tarde. Ha sido volver de la universidad y antes de poder llegar a mi habitación ya me han reclutado para uno de los grupos del césped. Tengo una N pintada en la frente. Por lo menos no tengo genitales y otras cosas obscenas que tiene pintado el de mi izquierda en el cuello, aparte de la N.

Aún no he comido y ya son casi las tres. Y para una persona que come por encima de sus posibilidades como norma general esto está llegando a un límite. El problema es que ahora no puedo irme. Aún no nos han soltado. Como si fuéramos animales con la obligación de entretener a sus amos. Ya han empezado los juegos y vamos por equipos. En mi equipo somos doce, y no me sé el nombre de ninguno. No es culpa mía, es que no nos han dado tiempo ni para presentarnos. De momento solo les identifico con el mote que les han asignado los veteranos. En la gran mayoría de los casos, suele ser algo bastante cruel. Yo, por suerte, no me quejo. Podría hacerlo, pero si lo hago probablemente se convierta en algo peor. Yo soy el «Guitarra espagueti». Supongo que no saben que lo que llevo en la espalda es un ukelele. Lo de que soy flaco salta a la vista. ¿Me molesta? Un poco. Pero al de mi izquierda lo han llamado el «Pelo púbico». Tiene el pelo afro, y a mí me encanta. Me siento bastante mal por él, la verdad, pero defender a otra persona aquí solo puede poner un blanco aún más grande sobre ti.

La gran mayoría de las pruebas son asquerosas. Ya he tenido que morder una cebolla hasta quedarme sin papilas gustativas, comer nata del cuello de una persona que claramente no quería que lo hiciera, y hacer un baile alrededor de un árbol. Me estoy empezando a plantear si esto realmente merece la pena. Se me hace duro pensar que esta es la única manera de conocer a gente nueva. Como si fuera un precio que tienes que pagar por tener vida social. Después de las pruebas nos colocan en un gran círculo, donde uno por uno vamos a quedar en ridículo delante de todas nuestras posibles futuras amistades dentro de la residencia. Está a punto de tocarme a mí y sospecho que van a obligarme a hacer algo con el ukelele. Una

veterana lleva intentando quitármelo desde que llegué y obviamente no le he dejado hacerlo. Prefiero pagar con el ridículo antes de despegarme de él.

—¡Guitarra espagueti! Cántanos una canción y si nos gusta te libras del castigo.

Nunca en mi vida he cantado delante de tantas personas. Bueno, con el coro sí que di algún concierto, pero cantaba con otras treinta personas como yo. Me pude sentir protegido. Aquí, si estoy arropado por algo, es por los nervios y temblores que se les escapan a los más tímidos del círculo. Tengo que hacerlo. Si no, me espera quedarme medio desnudo, o lo peor de todo: beber del pulpo.

El pulpo es una especie de embudo, cutre y cruel. Un castigo por el que tienen que pasar la mayoría de novatos. Enchufan una botella de vino por la manguera de un lado del pulpo, por el otro una botella de refresco de cola, y por donde sale toda esa mezcla al final del embudo, estás tú. Empiezas a beber y no te dejan parar. Hay dos opciones: te empapas porque quitas tu boca del embudo; o no les haces caso a la primera y dejas que te cojan manía. Prepárate.

Sin pensarlo, voy abriendo la cremallera de la funda y saco mi ukelele. Lo afino un poco mientras noto que tengo cientos de ojos mirándome a mi alrededor. Mientras, pienso en las pruebas que acaban de hacer los novatos anteriores a mí. Un muchacho ha tenido que hacer un striptease alrededor de un árbol, otro fingir que estaba besando una almohada, y una pobre chica ir a pedirle un tortazo de nata a un desconocido. Por lo menos mi prueba no tiene nada que ver con terceras personas y no es tan inapropiada. Aun así me aterroriza quedar en ridículo delante de tanta gente. El pulpo. El no hacer amigos. Todo.

Cumplo con la prueba y canto una canción que apenas nadie se sabe. Mi pequeña actuación pasa bastante desapercibida ya que algunos están con el castigo del pulpo de otro novato, otros haciendo una pirámide humana, y casi nadie prestando atención a lo que está pasando conmigo. Esto ha jugado más a mi contra que a mi favor. Los veteranos que no saben ni qué canción he cantado me están indicando que vaya al pulpo. Les miro con desconcierto y ellos se empiezan a reír. No sé si significa que era una broma o si les hace gracia que, aunque me niegue, me van a obligar. Quien ríe último, ríe mejor. Ellos no saben una cosa, yo no bebo alcohol.

Tengo dieciocho años y no bebo alcohol. Tengo la edad para hacerlo, y sigo sin hacerlo. Y no es porque no pueda, es que simplemente no quiero. Un sorbo en mis dieciocho años de vida. Nada más. Mis amigos del pueblo empezaron a beber más o menos a la misma vez que yo conocí a Eme, alrededor de los dieciséis. Lo máximo que he probado ha sido un sorbo de un licor que sabe a piruleta. ¿Sexo? Tengo dieciocho años y aún no he tenido mi primera vez. ¿Cigarros? Tampoco. Y no pienso hacerlo. No nunca, pero al menos sé que ahora mismo no. No hay nada peor que hacer algo que no quieres hacer. De hecho, una frase que tengo siempre presente en mi vida es: «Si ahora mismo no estás haciendo lo que quieres hacer con tu vida, es que hay algo que estás haciendo mal».

No sé de quién es la frase, la verdad. Creo que me la he inventado, pero también puede ser que la haya leído en algún libro de frases motivadoras y me esté coronando aquí de algo que

no debería. Lo importante es que a mí me sirve. Y si ahora mismo no quiero beber alcohol, no lo voy a hacer. Unos veteranos en el césped no tienen nada que hacer para que yo haga algo que no quiero. La presión social es una cosa de la que siempre me advirtieron Erre y Ese cuando era pequeño. Probablemente llegaría un momento en mi vida en el que mis amigos hicieran cosas que yo no quisiera hacer. «Pruébalo, solo es un poquito» o «Si no lo pruebas, eres un pringado». ¿Yo? Estoy a prueba de fuego de todas esas frases. Reconozco que al principio no lo estaba, que no es algo fácil de soportar y que podría haber caído. Estoy seguro de que probaré el alcohol y puede que el tabaco también, pero cuando yo quiera y si quiero. Lo quiero, lo hago. Jaque mate a lo que ellos quieran.

Trago saliva, les miro a los ojos y les suelto esto que te acabo de decir, pero de una forma mucho más fácil de entender. La verdad es que no les veo tan listos como tú y se lo tengo que dejar un poco más masticado. Que no bebo, y punto. Que no lo voy a hacer porque ellos quieran. Que ese pulpo lo quiero lejos de mí.

Me doy la vuelta y me siento con un grupo de chicas. Noto como me miran los demás. Mi rebelión al sistema. Mi salida victoriosa o mi huida cobarde, depende de cómo lo mires. Noto diversidad de opiniones en sus ojos. Algunos me aplauden por dentro por haberme atrevido. Otros se están aguantando la risa, porque aún hay gente que piensa que no haber bebido alcohol siendo adolescente es demasiado cómico. Pero nadie dice nada. Solo hay descoordinación entre los mayores porque es la primera vez que algo así les ocurre, estoy seguro. La veterana capitana se gira y entre las risas de los demás me grita: «¡PREPÁRATE!». Eso al Ele de hace cinco minutos le hubiera aterrorizado. Pero ¿al Ele que acaba de rebelarse a la máxima autoridad delante de todos sus compañeros? Ni una sola pizca de terror en todo el cuerpo.

Si algo me puede aterrorizar de todo esto es el tema de las amistades. Esa veterana me da igual, que me diga lo que quiera. Todo el resto de personas de la residencia no me dan igual. ¿Y si nadie quiere ser mi amigo solamente porque no beba? ¿Me invitarán a menos fiestas por no hacer lo mismo que ellos? Quiero encontrar a gente que me entienda. No hace falta que hagan lo mismo que yo, que cada uno haga lo que quiera. Con respetar mi decisión me es suficiente. Quiero amigos que me quieran por encima de lo que haga o deje de hacer. Supongo que los encontraré tarde o temprano. De momento estas chicas con las que me he sentado no me dan mala espina.

Estamos cansados de las novatadas, son casi las cinco de la tarde y una de las chicas tiene pasta de sobra y se ha ofrecido a compartirla. Otras dos chicas han ido a por el queso y el tomate al súper que hay cerca de la residencia, y otras dos chicas y yo nos quedamos en la habitación 214 poniendo la mesa y conociéndonos entre todos. Es nuestra primera toma de contacto como personas y estudiantes. Cuando tienes que cumplir como novato, no eres persona (o eso es lo que nos dicen los veteranos). Las cinco chicas me caen genial. En general en la residencia hay más chicas que chicos. Casi el doble. Entonces se podría decir que por estadística es normal que haya hecho más amigas que amigos, pero siéndote sincero, por lo general siempre conecto más con chicas que con chicos.

Habrá pruebas toda la semana. El miércoles nos obligarán a salir en pijama con la ropa interior por fuera. El jueves lo llaman «El Físico» porque te obligan a hacer sentadillas y flexiones por toda la ciudad; los veteranos irán con las novatas, y los novatos con las veteranas. Y el viernes será la noche de disfraces que nos asignaron esta tarde en el círculo. Se me ha olvidado contártelo, pero me toca vestirme de colegial. Podría ser peor. Podría haberme tocado el papel de váter, como al de la 368.

Esta noche simplemente es una continuación del círculo. Conocernos entre todos con pruebas ridículas solo que ahora en una discoteca. Yo nunca he estado en una. En mi pueblo no tenemos y tampoco me motiva tanto como para salir del pueblo a buscar una con mis amigos. La música va a estar excesivamente alta, será de un estilo que me niego a escuchar de normal, yo no bailo muy bien y el propósito será, aparte de bailar, emborracharse. Exacto. Hecho a medida para mí.

Cualquiera que lea esto no le encontrará ningún tipo de sentido a que yo vaya esta noche a la fiesta de lunes de las novatadas. Pero si ya me conoces, aunque sea un poquitín, sabes que esta noche para mí puede suponer mucho más que quedar en ridículo delante de mis, ya no tan hipotéticas, amigas. Va a significar conocer a personas nuevas, mi pasatiempo favorito. Seguro que cuando sea mayor (aún más mayor), echaré de menos estas oportunidades de conocer a gente todos los días. Si algo me ha quedado claro de lo que me han dicho todos los adultos que están en mi vida es que los años de universidad son los mejores años de tu vida. Esto es algo que no me gusta, porque yo quiero que cada etapa de mi vida sea mejor a la anterior. Como en matemáticas, yo quiero ser una función que solo pueda ir hacia arriba.

$$\text{felicidad}(x) = \ \times + 1$$

También va a significar salir de mi zona de confort. Si toda mi vida voy a sitios donde ponen la música que ya escucho en mi habitación, ¿cómo voy a saber que no me gusta otra cosa? Me refiero a abrirme a que me puedan gustar cosas nuevas, a experimentar, y a veces incluso a tolerar cosas que no me gustan con tal de compartir un momento con otra persona. Y eso es precisamente lo que me toca aplicarme esta noche. Tolerar una discoteca de reguetón —odio el reguetón—, pero voy por estar con un grupo de personas que acabo de conocer y que quiero seguir conociendo. No pienso dejar que mi miedo a salir de mi zona de confort me prive de esa oportunidad.

David 1

Reguetón 0

Ya en la fiesta, descubro que es tal y como pensaba. La música está demasiado alta, los veteranos están igual o aún más repelentes que antes y todos llevan una cerveza en la mano, aunque eso no me molesta. Me da bastante igual lo que hagan los demás, el problema vuelve cuando alguien quiere obligarme a beber una. Para que me dejen en paz esta noche voy a tener que hacer muchas sentadillas. Pero bueno, creo que las puedo soportar con tal de no hacer

algo que no quiero.

Una de las cinco chicas me pide que salgamos fuera a tomar el aire. A mí también me apetece descansar de los altavoces y tras terminar mi refresco me voy fuera con ella. Todo parece bastante normal hasta que nos sentamos en el bordillo de un portal y me mira con cara de tener que contarme algo.

Le ha dicho a una chica de la residencia que soy gay. Estoy flipando. Una chica le ha preguntado si yo estaba soltero, ya que le había parecido, según ella, «muy mono», y va ella y le dice que soy gay.

—Tiene que ser una broma.

Pues no, la de la 214 no está de broma. Esto no importaría si justo esa misma tarde no hubiéramos hablado de ello en su habitación, y yo le había contado expresamente que me gustaban las chicas. Esto le puede pasar a cualquiera si no nos conocemos, pero me ofende que no me haya creído cuando hablábamos de sexualidad. Y aun así ella le ha dicho que soy gay. ¡Cómo se atreve! ¿Con qué tipo de confianza se puede creer alguien para mentir sobre algo tan personal?

Según ella, tengo que serlo. No me pueden gustar las chicas. Que ha visto demasiados chicos como yo y que eso no puede ser. Por mi forma de ser, por mi forma de hablar, por mi forma de vestir, o por solamente tener amigas. Pues espero que algún día te estampes contra esos estereotipos y dejes libre a que los demás elijan lo que son. Mi peor pesadilla no es que confundan mis preferencias sexuales, es que esto me persiga por el resto de mi vida. A veces me hace plantearme si debería ser gay. Si cumplo todos los requisitos en cuanto a los estereotipos, me ahorraría aclararle a la gente lo contrario, ¿no? Me lo llevan dejando caer toda la vida, e igual es que ha habido algún fallo por el camino y no me he dado cuenta. Solo un pequeño problema… que no me gustan los chicos. Y si algún día me llega a gustar uno, por su culpa probablemente tenga en lo más profundo de mi cabeza un micropensamiento de «me hicieron que fuera gay». Y mira, si tiene que ocurrir, ocurrirá. Y en el momento en el que quiera hacerlo, lo haré. Pero hasta el momento, me planto en ser sincero conmigo mismo. Quien no quiera creerme, lo siento por él, pero no es mi problema.

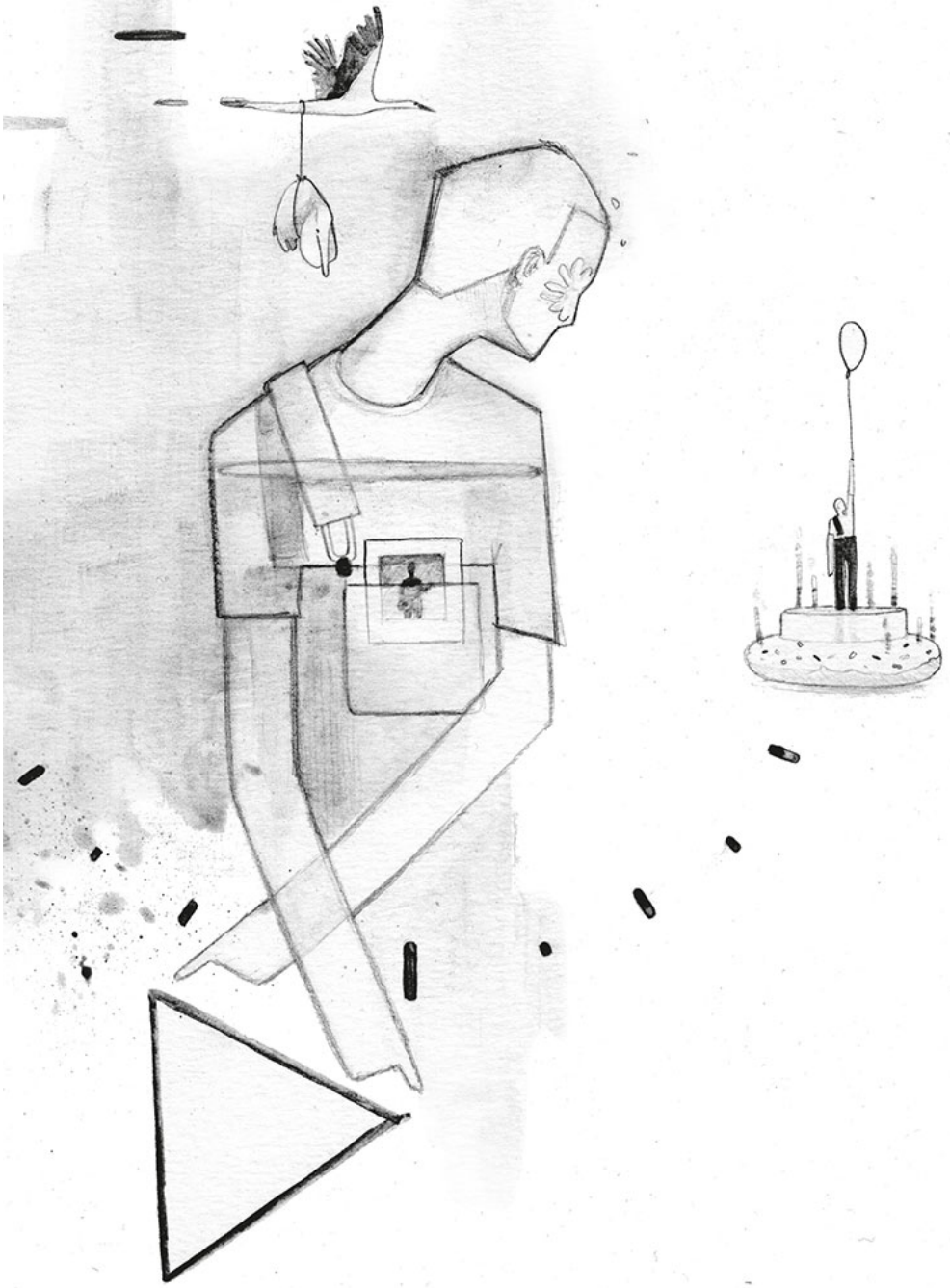
Parece que la chica lo ha entendido y la veo realmente arrepentida. Sé detectar cuando una disculpa es verdadera. Después de llorar un poco juntos, arreglar el malentendido y explicarle que me ha pasado demasiadas veces para seguir soportando algo como lo que acaba de hacer, volvemos dentro. Me he secado bien los ojos y voy directo al baño para lavarme la cara y asegurarme de que nadie lo pueda saber. No pienso dejar que su metida de pata fastidie mi primera noche siendo estudiante. Hoy empieza la mejor etapa de mi vida, sin excusas ni excepciones. Así que ¡a bailar!

Tres de la mañana. Estoy volviendo a casa. He tenido suficiente. Mañana tengo que estar a las nueve en pie porque he quedado con Eñe para ir a la facultad. Puedo decir que he llegado al límite. Nunca me quedo hasta tan tarde, nunca bailo esa música y nunca he hecho tantos amigos en una noche. He llegado a mi límite en las afueras de mi zona de confort, pero eso ya es más lejos de lo que hubiera llegado quedándome en casa. Estoy orgulloso del Ele del

pasado. El que arriesga, el que se abre a vivir cosas nuevas, y el que cede sus preferencias por pasar tiempo con otras personas. No creo que mañana me descargue una lista de reguetón, pero quién sabe. Quizá en unos años sea yo el que pida ir a esa discoteca o el que echa de menos bailar esa música.

Me meto en la cama y no puedo evitar sonreír. Demasiados sentimientos que me llueven encima a la vez dentro de esta habitación, 360: mi hogar durante este año. Me siento más solo que nunca y a la vez perfectamente capaz de hacer cualquier cosa sin nadie a mi lado, y esta rebelión dentro de mí es la mejor fiesta de bienvenida que podría tener para empezar los mejores años de mi vida.

—Gracias, nueva ciudad. Vas a ser eterna.



El día de mi cumpleaños

Hoy es el día más importante del año. 24 de agosto. Qué casualidad que coincida con el día que yo nací, allá por el año 1994, en el sur del país. Un miércoles soleado acompañado de una ola de calor andaluza que tuvo a mi madre con delirios por altas temperaturas hasta que por fin llegué al mundo. De pequeño me decían que había sido una cigüeña, pero yo siempre supe que eso no podía ser cierto. Las cigüeñas solo entregan elefantes que tienen las orejas demasiado grandes.

Yo soy el primogénito de Ese, así que por encima de insolaciones y estrés supongo que sería un día que nunca podrá olvidar. Lo estoy contando como si yo hubiera estado ahí, y bueno, estar como quien dice estar, estuve; pero ya me entiendes, no como para retransmitirlo ahora de primera mano. Todo lo que sé es lo que me ha contado mi madre, Ese, y gracias a ella estoy aquí, así que no dudo de la veracidad de los hechos. Donde sí que he estado y de verdad puedo contar todos los detalles es en todos los veinticuatro de agosto desde ese día. En cada uno de ellos he puesto todo lo que estaba en mi mano para que fueran días de lo más especiales. No podría quedarme con uno, sería demasiado aburrido si obviase el resto. Propongo algo: mezclarlos todos como si se tratara de un batido de frutas. Es como la oferta del supermercado, pero en vez de ser un dos por uno, es un absolutamente todos en uno.

Os presento todos los días de cumpleaños que he tenido convertidos en uno. Allá voy.

Una y cuarto de la tarde.

—¡*Happy birthday* a ti! ¡Cumpleaños *to you*! ¡*We wish you* David! ¡*Cumplebirthday* a *you*!

Qué vergüenza, pero ya te puedes imaginar cómo es tener unos padres bilingües. Entran Ese, Erre y mi hermana Hache cantando y saltando a mi habitación. Entran sin llamar a la puerta, ya es mediodía y han visto conveniente entrar a despertarme, que ya es una hora bastante prudente. Traen una bandeja con dibujos de coches con el desayuno encima. Han traído mi favorito: zumo de naranja natural y una caja de donuts recién hechos, de distintos sabores.

Mi cumpleaños cae en verano. Es un hecho que no puede cambiar a menos que me mude al hemisferio sur. Siempre he pensado que si este día lo tuviera durante el curso escolar sería mucho más divertido. Me felicitarían en clase, los profesores me dejarían no traer los deberes y no sería tan difícil organizar algo porque todo el mundo esté de viaje. A mí me ha tocado un día en medio de la nada. No tengo que levantarme temprano (esto no está tan mal), no tengo que hacer tarea para el día siguiente (bueno, esto tampoco), y no tengo que parar de ensayar con mi ukelele por tener que estudiar (igual esto no está tan mal como yo pensaba). Ventajas aparte, nunca están todos mis amigos en el pueblo y eso es lo que más necesito en este día: sentirme arropado por mi gente más querida.

Los días de agosto suelen ser bastante monótonos, sin planes. Como mucho, algún año coincide con el campamento del norte, pero este año ha caído un poco más tarde y no nos toca ir hasta mañana. Cogeremos el coche a Francia y seré monitor durante una semana. Aquí hace mucho calor. Pero mucho mucho muchísimo. Hasta el punto en el que la gente no suele salir de sus casas en ciertas horas para no caer desmayados por deshidratación. La gente suele irse de viaje en esos últimos días del verano a la playa para evitarlo. Por eso trato de hacer algún plan distinto y motivador, así quizá consigo que mis amigos prefieran quedarse, no perderse el plan en vez de irse de vacaciones.

Hoy es mi día, y a veces no lo siento como tal. Me pongo mucha presión encima para que sea el mejor día de todo el año y no siempre sale así. Digamos que hoy es el único día que tengo la seguridad de no poder sentirme invisible. Cuando termine, igual te cuento por qué todo esto es tan importante para mí. Primero vamos a ver qué tal avanza el día.

Hemos decidido ir en familia a comer a un *diner* americano. Es uno de estos típicos que ves en las películas donde los camareros van en patines y las hamburguesas son del tamaño de tu cabeza. También puedes rellenarte el refresco todas las veces que quieras, y esa es mi parte favorita de venir aquí. Hache me ha regalado un sombrero que pone «Cumpleañero» en letras gigantes y lo llevo puesto porque, aunque me da un poco de vergüenza, hará obvio que es mi cumpleaños para todo el que me vea. No sé si eso suena un poco egocéntrico, igual sí, pero no puedo evitar querer que todo el mundo lo sepa. Al final de la comida, todos los camareros vienen a mi mesa con un trozo de helado con dos bengalas encendidas mientras cantan una ronda americana y todo el restaurante lo repite con ellos. Me gusta que la gente sea consciente de que hoy es mi día, pero esto ha llegado bastante más lejos de lo que podría imaginarme y no puedo evitar sonrojarme por completo. Mis padres aprovechan este momento para hacerme las fotos de protocolo y les amenazo con no subirlas a ningún lado. Que las guarden si quieren en los álbumes de los cajones del salón, pero nada más.

Mi plan para después de comer es ir a la piscina con dos amigos de toda la vida. Ellos siempre están en el pueblo porque sus familias no viajan demasiado, así que son un plan seguro para cada año. Algunas veces hemos ido a un parque acuático que está a media hora en coche, pero si hoy quiero hacer todo lo que tengo en mente no me daría tiempo, así que vamos a la piscina del pueblo. Para llegar solo hace falta cruzar el pueblo hasta llegar a las afueras. Más o menos tardo media hora andando, aunque bajo el sol de agosto lo voy a vivir

como si fueran tres maratones.

Me llevo una botella de agua congelada, mi ukelele, y una mochila de cuerdas con la toalla. Dentro de ella hay unas cartas y unas patatas de jamón. La botella con hielo la llevo en la mano, ya te puedes imaginar por qué. Nunca me llevo el ukelele a la piscina, esto que está sucediendo hoy es una excepción. El hecho de llevarlo me convierte en el centro de atención de todo el pueblo. Aquí nadie se atreve a exponer su vena artística y llamar la atención —no es que esté muy bien visto—, pero hoy es un día especial. Me da igual las normas estúpidas de esa gente.

He compuesto una nueva canción esta semana y me muero de ganas por enseñársela a mis amigos. Espero que Uve venga esta noche y esté para escucharla. Hay una frase que está inspirada en algo que ella siempre dice y en la época en la que me enamoré de Eme. No suelo compartir mis canciones con los demás por miedo a lo que puedan decirme. Una vez les canté una canción mía a Erre, Ese y Hache y, tras terminar, les dije que era una canción de Bruno Mars. A día de hoy aún no saben que esa canción es mía. Creo que sigo teniendo el miedo de que en cuanto sepan que es mía lo verán con otros ojos y perderá valor.

He convencido a mis amigos para que hoy no pongamos las toallas donde siempre. A la derecha del bar hay un espacio con árboles donde se suele poner toda la gente joven y durante el verano la mitad de mi instituto casi que vive ahí. Nosotros solemos poner nuestras toallas cerca de esta zona, al lado de las tumbonas, pero si voy a llamar la atención ya entrando con un ukelele a la espalda, si puedo evitar atraer aún más miradas, mejor. Al llegar, nos desviamos de la ruta normal y cruzamos la zona arbolada, terminando en una de las esquinas del césped que rodea la piscina mediana.

Juegos de cartas, helados de limón y bromas por mi reciente vejez. Esa es la línea que sigue la tarde, aunque aún sin atreverme a cantar nada. Me cuesta sacar el ukelele de la funda, pero al final lo acabo haciendo. Siento hasta un poco de culpa, como si fuera algo de lo que me avergüenzo. Él sabe que no es así, solo que hasta que no me vaya de aquí y empiece de cero me tocará aguantar a personas con alergia a lo diferente. Mis amigos siguen jugando a las cartas y yo empiezo a tocar acordes sueltos que podrían ser los de cualquier canción pop de las listas de éxitos.

—¿No deberías coger una guitarra de tu edad, pringao?

Un chico de mi instituto de unos dos cursos por encima pasa por mi lado y estornuda ese intento de ataque. Él junto a su pandilla de matones probablemente no sepan ni lo que es un ukelele. Probablemente no sepan ni lo que es el respeto tampoco. Durante la tarde tengo que soportar miradas de mal gusto, gente señalando, y risas con condescendencia. Aunque no siempre lo consiga, todo esto tiene que darme igual. Al final son personas que no tienen valor para mí y sus intentos por derribarme no tendrían que funcionar. Solo que ahora mismo no todo se reduce a ellos, hay algo más.

Desde hace unas horas se ha ido creando en mí un vacío extraño que nunca había sentido por

parte de las personas que más me importan de todo el recinto de esta piscina. Mis dos amigos que he traído para celebrar juntos mi cumpleaños en la piscina están viviendo una complicidad que eclipsa un poco mi presencia. Llevamos juntos desde que éramos unos renacuajos, y ellos entre sí se conocen solamente de momentos que yo les he hecho coincidir. Eso es en todos mis cumpleaños y en días que me apetece hacer una escapada con personas fuera de mi grupo de los de siempre. O sea, si se conocen es gracias a mí. No es algo que quiera echarles en cara, pero es así. Me encanta presentar un amigo mío a otro, pero no que se olviden de quién les presentó.

Aprovecho lo que está sucediendo ahora mismo para que entiendas un poco de este vacío. Acaban de irse a comprar pipas sin avisarme. Nada de «¿quieres venir?», ni siquiera un «por cierto, nos vamos». Me he dado la vuelta hacia las mochilas para coger algo y cuando he vuelto, ya no estaban. Llevan quince minutos sin volver a las toallas y ni siquiera me ofrecieron ir con ellos. Y esto no es más que un ejemplo. Hace un rato estuvieron riéndose durante más de diez minutos de algo, y cuando les pregunto por qué, siguen a lo suyo. Intuyo y confío en que el motivo de sus risas no tiene nada que ver con las de la pandilla de matones, pero eso no es lo importante. La cuestión es poder sentirme partícipe, más aún si demuestro estar intentándolo.

Les quiero con toda mi alma, pero no entiendo qué les puede llevar a hacer esto. Encima hoy, el día menos indicado. Quizá simplemente se les ha pasado y es un error inocente por su parte; pero lo cierto es que esta inseguridad me acompaña desde que tengo uso de razón y al final se acaba acumulando de una manera hiriente para mí. El miedo a pasar desapercibido, de no estar al nivel de los demás, de no ser lo suficientemente interesante. Odio sentir que podría no estar, que nadie me puede ver o que alguien prefiere que no esté.

Odio sentirme completamente transparente.

Mi padre siempre me dice que las relaciones a tres son las más complicadas, que es de sabios evitarlas ya que es difícil que un triángulo sea completamente equilátero. Por experiencia sé que sin querer siempre acabo sintiéndome la arista más corta. Hoy ya no puedo hacer nada. El triángulo está aquí, y está convirtiendo mi día favorito en algo color vainilla. Si te soy completamente sincero, no les culpo por ello. A ellos al menos no. Igual debería, pero me culpo a mí mismo. Yo soy quien se ve transparente, no ellos los que me convierten en ello. Ya sé que probablemente sea un error, pero no puedo evitarlo: acabo concluyendo que tengo una personalidad que me hace prescindible. La toxicidad de este pensamiento es algo en lo que estoy trabajando, pero es difícil cuando ya está taladrado hasta mis entrañas.

Me lo repito una y otra vez. «No eres transparente», con la esperanza de que llegue el día en el que no necesite que los demás me llenen de color y me baste conmigo mismo. Que deje de sentir que el mundo me queda grande. Dejar de dividirme en dos (como Alicia y sus

Maravillas) por cosas que se escapan de mi control. Intentar no sentirme así, especialmente, en días como hoy.

De camino a casa, mis amigos triangulares y yo empezamos a debatir un tema y, como no podía ser de otra forma, volvemos a ser dos contra uno. No dura mucho la conversación porque ya estoy bastante machacado y prefiero ponerme los cascos y escuchar música que me abrace y me haga sentir en casa. Tengo un nudo en la garganta que no sé deshacer y un sentimiento de incomprensión por todo lo que ha pasado. Yo nunca le haría eso a un amigo, no termino de entender por qué ellos sí. Intento centrarme en pensar que ellos no sienten las cosas como yo las siento. Al fin y al cabo, si hay alguien que no comparte tu inseguridad, probablemente su mente esté ajena a cosas que para ti son lo más obvio del planeta. Sus comportamientos irán por encima de tus conclusiones porque hay algo que igual no sabes: lo obvio, no lo es tanto.

Por suerte ese no es el fin del día. Aún queda la cena con mis amigos y la tarta de mi padre. Mi padre hace las mejores tartas y yo organizo las mejores fiestas. Soy un friki de organizar juegos y eventos y, para hoy, he preparado una yincana por la casa con pruebas y retos para hacer con todos mis amigos. Y, para terminar, la tarta sorpresa de Erre. Las hace personalizadas, cada año, a mis gustos y obsesiones del momento. Tuve una tarta de Winnie de Pooh, la tarta de Nemo, e incluso una tarta de un ordenador. Siempre me hace especial ilusión ver las caras de mis amigos cuando ven la tarta y no dan crédito. Recuerdo la del ordenador portátil, realmente tenía una pantalla de galletas que se sostenía en vertical por encima de sus teclas de chocolate. Este año igual te puedes imaginar de qué es la tarta.

Un bizcocho de miel tostado con pasas en forma de ukelele. Las cuerdas son de tiras de chocolate con leche y el agujero del medio es un agujero real. Por encima del cuerpo hay unas cuantas velas y ya solo me queda pedir el deseo.

No te lo cuento para que se cumpla, aunque, si te digo la verdad, si estás leyendo esto, ya se ha cumplido.

Después de la tarta llegan los regalos. Me he acostumbrado a obviar que voy a recibirlos y me alegra saber que ahora me pesan mucho más otras cosas, la compañía, por ejemplo. Ya me toca abrir mi regalo y por unos segundos tengo que tragarme mis palabras en cuanto al don de mis amigos y familia para hacerme regalos. En cuanto termino de romper el papel blanco con notas musicales, veo que han conseguido un tesoro que yo daba por perdido.

La foto del concierto impresa en un tablón de corcho a tamaño gigante. Una foto que perdí al haber nacido con las manos de mantequilla y tirar al suelo un disco duro con todas mis fotos. No sé cómo han recuperado esa foto, pero ahora la tengo en mis manos y mucho más grande de lo que podría haber pedido. Echaba de menos esa foto casi tanto como echo de menos la caja de música de mi abuela que le regalé a Eme. La foto es obra de un amigo mío

que inmortalizó el momento en el que mi ukelele y yo salimos a tocar en mi primer concierto. Te podrás imaginar el valor que puede tener para mí algo así. Ya ni recordaba cómo era. Mientras tanto, mis amigos empiezan a partir la tarta, satisfechos con la sonrisa que me han conseguido sacar cuando, al guardar las velas, vuelve a mí el aroma de la sala. Es de deseos con olor a cumple tras soplar las velas, mi olor favorito de todos. El humo que sueltan las velas se cuela entre mis sentidos y no puedo evitar sonreír. El deseo está pedido, el olor está sentido, y el día sin querer ya casi vivido por completo.

Te digo «casi», porque de repente me encuentro con los ojos vendados, acompañado de dos personas que no reconozco y que me meten en un coche. Cuando pensaba que ya no podía exprimir mi día más, van y me secuestran. Obviamente sé que no es un secuestro real, pero por las formas podría serlo perfectamente. Nadie dice nada y me manosean con cierta agresividad. Lo único que me tranquiliza es que mi familia ha estado presente en el momento que se me han llevado de esta manera.

—¡¡SORPRESA!!

Veinte personas al unísono, vestidas de blanco con flores hawaianas alrededor del cuello, gritando esta palabra un microsegundo después de quitarme la venda. La venda ya cayó y, sin duda, solo me queda la alegría. Una alegría que me revuelve por todo el cuerpo y que jamás había sentido. Es la primera vez que me hacen una fiesta sorpresa y creo que es el mejor regalo que he recibido nunca. Mejor que la cámara que me regaló Hache en el crucero, mejor que la pecera que me regalaron Erre y Ese cuando celebré la no-comunión, mejor que el cuadro de hace unas horas. Esto es color. Esto no es transparente. Una hostia en toda la frente a mi parte más insegura.

Sinceramente, me encanta cuando la vida me contradice y me devuelve lo que no me esperaba oír, ¡o ver! Como cuando sin querer juzgo a alguien por cómo viste, cómo habla o incluso cómo es, y después me doy de frente con todo lo contrario a lo que me imaginaba. No estoy orgulloso de tener prejuicios, pero sé que los tengo. Probablemente tú también los tengas porque vivimos en una sociedad infectada de ellos, pero por suerte esta es una forma de irlos eliminando de tu mente. Considero que esta es la mejor manera que tengo para aprender que no siempre todo es como se imagina mi cabeza. Aprender a dejar a un lado el catastrofismo de mi mente cuando tengo un mal día. Entender que un mal día es solamente eso, un mal día, no una mala vida.

Y al final de todo, el día de hoy no ha acabado tan mal. A veces me pregunto si debería dejar de sentir este día con tanta pasión e ilusión. Por un lado, ganaría no decepcionarme cuando llegue el momento. Pero por otro lado, sería un hipócrita por el valor que mi corazón otorga a los momentos vividos con las personas que me importan.

Recuerdo aquellas veces en las que, sin querer, he olvidado felicitar a Ese por el día de la madre, por ejemplo. Llegan las doce de la noche, se va a dormir y mi padre nos viene a decir que está un poco triste. Ahora la entiendo mejor que nunca. Es importante demostrarle a tu madre lo que vale cada día, pero si tienes un día para conmemorarlo, es importante que se lo recuerdes. Los cumpleaños yo los vivo por igual. El mío, y el de todo el mundo. Creo en la

importancia de celebrar que alguien existe y que está en tu vida cada día, y más aún, en el día que empezó a ser. No dejes de demostrarle, en la medida de lo posible, lo importante que es para ti en ese día. No deja tampoco de ser un día más, pero es algo especial.

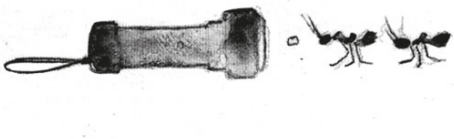
El día de hoy acaba con una noche llena de música y canciones gritadas a viva voz. Se han unido amigos de distintos grupos de mi vida solamente por esta noche. Están los amigos de la piscina, Uve, los de siempre, y algunas amigas del instituto que sé que voy a echar en falta en cuanto me vaya de aquí. Sacamos decenas de fotos instantáneas y les doy un miniconcierto con el ukelele. Me encanta este híbrido de personas de distintos círculos porque es justamente lo que me identifica. Yo soy toda la suma de ingredientes raros que he ido acumulando a lo largo de mi vida. Y si algo pretendo en mi día a día, es traducir este mejunje en mis relaciones sociales. Introducir a gente que no se conoce, ayudar al que ha llegado nuevo a la ciudad, hacer sentir en casa al que no tiene tanta suerte. Me llena de energía poder entrelazar personas que me inspiran.

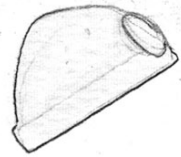
Hoy siento que he ganado años de vida. Literalmente, ha sido así, aparte del sentido filosófico y personal. Ya me voy a dormir, te puedo asegurar que voy a descansar mejor que nunca.

Y menos mal, mañana me voy de campamento.

—Hijo, ¿tienes la mochila lista?

El día del campamento





Vamos de camino a la cueva. Cuidado, no es una cueva cualquiera. Es La Cueva con mayúsculas, una gruta natural que se abre entre las rocas a las afueras de un pueblo al sur de Francia, pero para los campamentistas y monitores del campamento de Los Confines tiene nombre propio. Este año me toca a mí ser monitor. Llevo muchos años viniendo a la Provenza francesa y, al igual que un pájaro que sale del nido y un universitario sale de su residencia, el campamentista sale de su gorra y se pone el silbato de jefe. Eso sí, no llevamos ni bandas ni chapas como los niños scout. Para nosotros solo es obligatorio llevar puesta crema solar, cargar con una cantimplora llena y la gorra que te otorgan para formar parte del poblado Confín. Esa gorra, por supuesto, es de color amarillo.

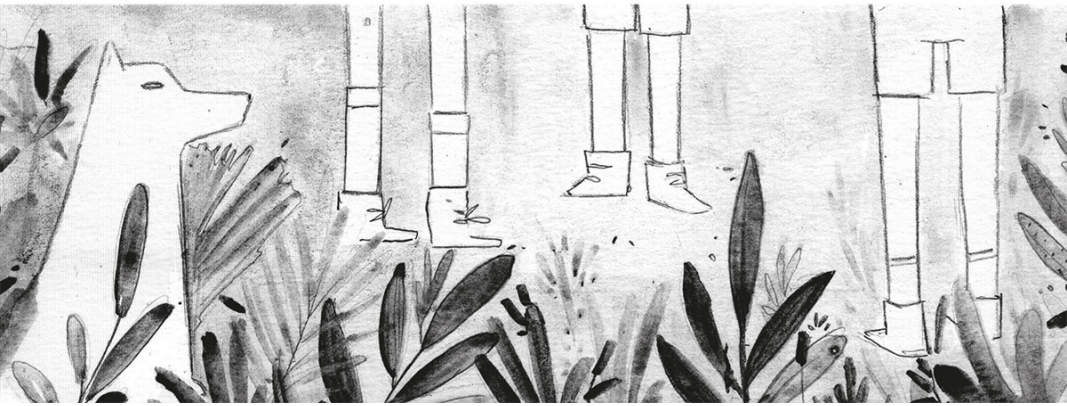
No todas las personas que van al campamento pasan a ser monitores. Solo podrán serlo los que sean confines estrella; y dentro de aquellos que sean estrella, los que tengan madera para la docencia o el trato con niños. No todo el mundo está preparado para tener un grupo de pequeños bajo su total responsabilidad. Cuando te conviertes en monitor de campamento empiezas a formar parte del proceso de crecimiento de los pequeños. Es como construir un muro. Un niño está formado de muchos ladrillos, y si vas a ser su monitor probablemente te toque colocar varios. Puede que nunca se le olvide una frase que le hayas dicho la noche que llora porque echa de menos su casa. Yo siempre he sido un apasionado de la enseñanza y de coordinar actividades entre mis amigos, por lo que se veía a millas que yo acabaría llevando a los confines a La Cueva.

—¿Es por ahí?

Todavía no, aún queda un cuarto de hora hasta llegar al gran sauce llorón que nos indica

la entrada a la caverna. Siempre sonriente, les recuerdo a los niños que la paciencia es una virtud importante. A ver si de esta manera consigo que dejen de preguntarme literalmente cada dos minutos que cuánto falta. A decir verdad, les entiendo, hace unos años yo era igual que ellos (o peor incluso). El camino se hace muy largo bajo el sol de finales de agosto, y la emoción es grande, porque han oído historias de otros niños que han venido antes a esta excursión.

Llegamos al sauce y ahí nos espera una furgoneta llena de monos de espeleología, cascos con linterna y la caja que nos podría salvar de todas las emergencias. Dentro hay un botiquín y no sé qué más. Nunca he estado en una situación donde hubiera que abrirla. Creo que eso es buena señal. También tenemos que atar al árbol a Pe (el labrador de los dueños del campamento). Tendrá ya alrededor de ocho años, está hecho todo un señor. Pe no puede venir con nosotros por el tipo de gruta que es. No es demasiado compleja, pero sería demasiado peligroso que un perro nos acompañara.

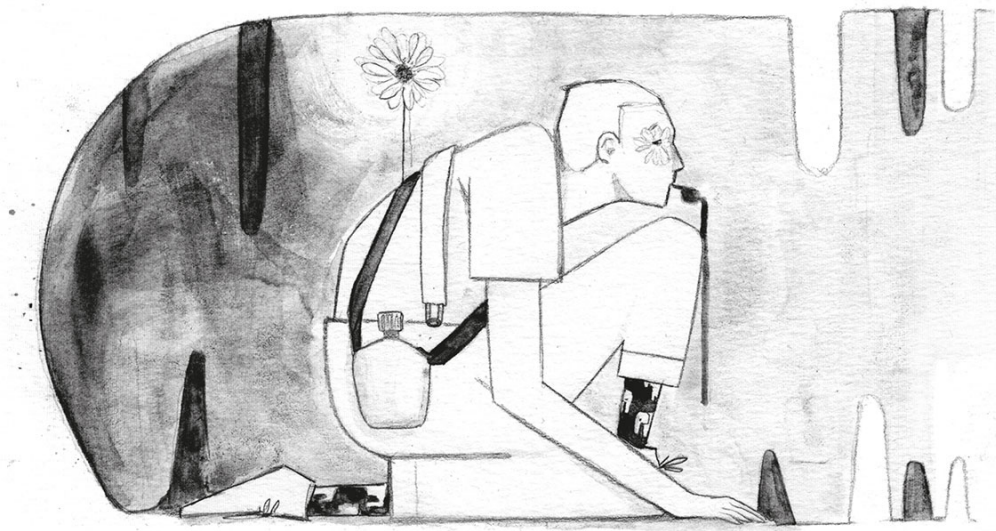


Cascos y trajes puestos, emoción palpable en el ambiente, tres monitores a lo largo del grupo y veinte pequeños aventureros listos para la acción. Pe nos observa desde el sauce, mientras uno por uno vamos desapareciendo adentrándonos en la oscuridad de La Cueva. En los primeros cinco minutos de ruta por dentro de la tierra aún hay luz natural que entra por la abertura de la entrada, el camino es agradable y no hay demasiado barro. Con el primer giro la luz desaparece casi de inmediato y todos encendemos las linternas. Llega la primera bajada, una de las más complicadas. Los monitores llevamos cuerdas de emergencia por si hubiera que identificar el camino de manera táctil, a vistas de que todas las linternas pudieran quedarse sin batería o si hubiera una catástrofe natural que nos imposibilitara indicar el camino a los pequeños. Bajamos por una escalera de madera que no tiene mayor complicación. La gruta está muy preparada para novatos, ya que unos instructores años atrás decidieron arreglar el camino para que fuera accesible llegar al Lago de Cristal. El Lago de Cristal es como el premio de La Cueva, si llegas al final. Por precaución y seguridad, está terminantemente prohibido llevar cámaras a esta expedición, por lo que no existen recuerdos ni pruebas fotográficas de

este lugar. Aun así, es tan espectacular que las propias personas, generación a generación y con solamente el boca a boca, han hecho que la gran mayoría de confines vengan solamente por ver con sus propios ojos lo que han escuchado de este sitio.

Yo soy el primero en bajar y ayudo a los primeros campamentistas. Los más pequeños y vulnerables bajan con la ayuda del segundo monitor y, el último monitor, el más novato de los tres, espera a que bajen por la escalera los que están en la cola del grupo. Una vez estamos todos abajo, hacemos el recuento y seguimos nuestro camino. Cuando pisas el suelo después del último escalón ya notas algo diferente. La temperatura ha bajado un par de grados desde que entramos y, como es normal, el estado del suelo es muy distinto. Desaparece el terreno seco y arenoso de antes. Por lo general la superficie está cubierta de barro, rocas y a veces pequeños charcos de agua. En La Cueva no viven muchos animales, o al menos no que nosotros sepamos. Suponemos que por algún lado habrá murciélagos, ya que de vez en cuando se escuchan ruidos de aleteos, pero poco más. Como mucho alguna araña inofensiva o algún gusano viscoso. El único ser vivo que me puede preocupar durante esta expedición es algún confín más travieso de lo permitido.

El recorrido hasta el Lago de Cristal es de una hora y media, aproximadamente y si no hay imprevistos. Llegamos al segundo punto clave: una zona de pasillos estrechos y agujeros claustrofóbicos. Una condición importante antes de apuntarse a esta expedición es no tener miedo a los espacios pequeños o a la sensación de estar apretado, ya que el último tramo antes del lago está lleno de ellos. Hay algunas bifurcaciones y agujeros que no sabemos adónde llevan. Toda esta zona es un poco laberíntica, pero es imposible perderse porque hay señales de colores en las paredes que te indican el camino. En este momento los más pequeños pasan primero (bueno, después de mí) y tienen su momento de gloria frente a las miradas envidiosas de los mayores. Se deslizan con mucha facilidad por los agujeros que la gruta les va haciendo seguir mientras se aseguran de que el que viene justo detrás sabe por dónde es. Tienen una sonrisa de orgullo en la cara y se crecen frente a los más veteranos. Los más delgados y flexibles también atraviesan este tramo a velocidad récord, mientras que los mayores y menos ágiles tienen un poco más de dificultad.



—¡No puedo salir! ¡Que alguien me ayude! ¡Me cago en la ****!

Venga, hombre, no había necesidad de insultar a nadie. Uno de los más mayores dice que no puede salir y es el último confín que queda por cruzar el pasillo de salientes de rocas. Hay que tener especial cuidado con la cabeza en este tramo porque, aparte de la estrechez de la galería, hay irregularidades por todas partes y con un descuido te puedes quedar sin dientes. El confín atrapado está justo en la parte más delgada de la galería donde para pasar hay que torcer el cuerpo a una postura digna de contorsionista del circo. Él ha sido demasiado cazurro y ha intentado pasar por ahí yendo de frente y forzando la tierra de las paredes, confiando en que con suficiente presión podría pasar. ¡Error! Lo único que va a conseguir es quedarse atascado, como está ahora mismo, porque su cuerpo está entre dos paredes que no van a ceder ni un milímetro. Él no lo sabe, pero el único que le puede salvar en este momento es él mismo. Por mucho que el monitor de atrás tirara de él, no conseguiría moverlo. Está empezando a hiperventilar y a entrar en un estado de agobio que solo juega en su contra. Yo en la distancia le grito al monitor una palabra clave para indicarle que ya es hora de que los monitores entremos en acción. El último monitor debe empezar a tranquilizarle y ayudarle a entrar en razón.

Cerrar los ojos. Esperar un par de segundos. Respirar profundo. Pensar que se puede salir de ahí. No abrir los ojos hasta haber conseguido tenerlo en mente. Evitar centrarse en las partes del cuerpo que están más inmovilizadas. Con los ojos ya abiertos, agacharse poco a poco dentro de los límites de las paredes. Poco a poco ir notando como la pared se ensancha por la parte de abajo. Aprovechar ese ensanchamiento para torcer el cuerpo hacia un lado. Y ya. Libertad.

A veces lo complicado no es ejecutar una solución, es saber cuál es la solución que tienes que ejecutar. Una vez el confín entiende esto, sale de su aprieto. Es demasiado orgulloso como para esbozar una sonrisa y la vergüenza le impide mirarnos a los ojos, pero ya nos encargaremos de que esto vaya cambiando. De momento es suficiente con que haya aprendido algo en toda esta situación y que, por fin, está libre. Al salir de ese último tramo, si alzas la vista y con la luz que se propaga de todas las linternas, te encuentras con la entrada al Lago de Cristal.

Con solo una mirada te quedas sin aliento y te cuesta respirar de la maravilla visual que tienes delante. Algunos niños tienen que parpadear un par de veces para asimilar la belleza natural más increíble que han visto nunca. La luz que se propaga de todas las linternas se refleja en los infinitos cristales que hay por todas las paredes de la cavidad. Una enorme masa de agua transparente que deslumbra y engaña al ojo por tener en el fondo minerales y piedras preciosas similares a las que hay por las paredes. Un espejo lleno de luz, arte y diamantes. La superficie del lago siempre está tranquila e inmóvil. No hay movimiento alguno ya que no desemboca ningún río en él, el agua viene alimentada por varias corrientes pluviales subterráneas. Una vez han terminado de explorar la zona vuelven con nosotros y nos miran con cara de expectación. Piensan que ya es hora de volver, pero aún queda la actividad más importante de todas y la razón por la que venimos aquí cada año. No es nada del otro mundo, solo es una experiencia sensorial que todos prometen mantener en secreto para que los nuevos puedan vivirla con la mayor sorpresa posible. Estamos todos sentados en distintas partes de la colina que hay junto al lago y ya está a punto de comenzar. Les guiñamos el ojo a los que han repetido en el campamento y ellos apagan sus linternas. Seguidamente los monitores y, uno por uno, los demás niños van apagando las suyas sin ni siquiera habérselo pedido. Se conforman con seguir a los demás, y cuando está todo apagado, empieza la magia. Uno de los monitores cuenta hasta diez, y a partir de este momento nadie puede hablar hasta nuevo aviso. Absolutamente nadie dice nada.

Solo hay oscuridad.

Silencio.

Vacío.

Nada.

Absolutamente nada.

Abres los ojos y todo sigue estando igual de negro que cuando los tenías cerrados. Parpadeas un par de veces pero probablemente haya más luz cuando los cierras con los círculos y cuadrados que tu mente se imagina en cada parpadeo. Supongo que será algo parecido a lo que siente una persona ciega, que por mucho que mire a los lados y abra los ojos nada va a cambiar.

Ser consciente de lo que significa tener sentidos y estímulos a los que poder reaccionar es una suerte que no valoramos en nuestro día a día. Los colores, el brillo y el contraste, los sonidos que hay a tu alrededor. Absolutamente todo se vuelve más real cuando experimentas la nada. Toda la concentración que inviertes sin querer en ser consciente de lo que ya no puedes sentir se complementa con la paz que te transmite esta ausencia de todo. Es un respiro para tus sentidos y un momento para que tu mente vuele sin límites. Yo a veces intento simularlo en mi habitación. Me pongo una gorra, enciendo una linterna, bajo las persianas, y sentado en la cama apago la linterna. No es lo mismo, pero si te concentras fuerte en imaginarte que estás en la cueva a veces funciona. Pruébalo algún día y me cuentas.

Luego, siempre hay alguien que tose y fastidia el momento. Ahí empiezan las risas y damos por perdida la experiencia, pero bueno, es suficiente. La mayoría ha pillado el concepto y han podido sentir la inmensidad del silencio, lo diminuto que te sientes en ese vacío y el respeto que debemos tener a nuestros sentidos.

Volver a encender las linternas de golpe después de todo ese tiempo en la oscuridad sería letal para las retinas, así que todo el mundo cierra los ojos mientras uno de los monitores enciende su linterna apuntándola hacia el otro lado de la cavidad. Poco a poco los niños van abriendo los ojos una vez se sienten cómodos y preparados para los reflejos que les devuelve el lago. Y ya con todas las linternas encendidas y mochilas a la espalda, debemos empezar el retorno a la superficie.

La vuelta es bastante más dura que la ida. De la entrada hasta el Lago de Cristal prácticamente todo está en bajada. Esto lo hace en ocasiones más peligroso, por si es resbaladizo, pero en general cansa mucho menos. Volver a la superficie implica pendientes muy inclinadas que requieren mucho esfuerzo, y volver a subir desniveles que a veces superan la altura de los niños. Algunos de ellos necesitan que un monitor les impulse o les haga de trampolín para llegar a subirlo.

Volvemos a pasar los pasillos claustrofóbicos. Los laberintos de roca y barro. Las bajadas y subidas. Los charcos de barro en los pasillos más amplios. Y la larga explanada donde empieza a haber luz natural, ya que a la vuelta de un par de esquinas está la salida.

Estamos todos fuera. Todos menos el monitor novato. Estará al llegar (o al salir, mejor dicho), pero para asegurarnos de que no se ha quedado muy atrás vuelvo a la entrada y le doy una voz bastante fuerte.

Mientras yo grito en la abertura de La Cueva, uno de los niños va hacia el árbol y encuentra la correa de Pe rota. Solo está la cuerda, nadie da crédito a que Pe ya no esté. Se ha escapado. Esto es muy extraño. No hemos tardado mucho más de lo que solemos tardar y es la primera vez que Pe lo hace. A menos que alguien se lo haya llevado, pero nadie nunca pasa por aquí. Empiezan a gritar algunos niños más y en cuestión de segundos se propaga el pánico entre todos los confines. Silencio. Doy otra voz. Nada. Absolutamente nada. Alguien termina de tranquilizar al niño histérico por la desaparición de Pe y los demás dejan de gritar. Ahora yo

necesito que alguien me tranquilice a mí. Solo hay silencio. No tan profundo como el del lago, pero suficiente como para preocuparme. No estamos obteniendo respuesta del novato y eso significa que no está cerca. Toda la primera parte de la cueva es una explanada que, quitando un par de giros, se prolonga durante un rato largo y sencillo de caminar. Si no nos escucha estará después de la primera bajada, por lo menos. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta? Iba el último, cuidando la cola del grupo. Los niños que iban más atrás tendrían que haber visto algo seguro. Vamos a volver a contar a los niños.

Falta uno.

Esto jamás en mi vida lo había visto en ningún campamento. Ni en los pocos años que llevo siendo monitor ni en los muchos años que he sido un confín alguien se ha perdido. Necesito un tutorial exprés de cómo mantener la calma si no queremos que todo el grupo estalle en otro ataque de pánico. Ahora solo somos dos monitores. No es seguro que vuelva a entrar una persona inexperta en cuevas completamente solo, pero si no lo hacemos así, los niños se van a quedar solos y llorando por un perro que ahora mismo no es la prioridad. No podemos hacer eso. Ahora mismo tenemos que elegir entre la seguridad de uno de nosotros o la seguridad de dieciséis niños en medio de la nada.

Elegimos la seguridad de los niños. Y también elegimos que yo sea el que entre en La Cueva. Te mentiría si te dijera que no preferiría que fuera el otro monitor, pero sé que yo puedo moverme mucho más rápido por los pasillos porque soy bastante más ágil al ser así de delgaducho. No podemos llamar a los directores del campamento aún, primero tenemos que intentar solucionar esto nosotros solos. Cojo la cuerda más larga que tenemos, el botiquín del coche, lo meto todo en la mochila de emergencia y le doy un abrazo al monitor que se va a quedar con los niños. Allá voy.

La verdad es que sin niños esto es bastante más sencillo. La hora y media que normalmente tardarías con el grupo resulta ser poco menos de tres cuartos de hora para mí solo. Eso sí, estar completamente solo en una gruta tan oscura no me tiene muy tranquilo que digamos. Voy cantando canciones a capela y se me ocurren ideas nuevas para hacer con el ukelele. De vez en cuando miro para atrás por si alguien me está siguiendo. Obviamente no hay nadie.

Cada dos minutos le grito al monitor tres veces. Hasta ahora, sin éxito.

—¡Novato!

Silencio.

—¿Novato?

Más silencio.

—¡Novato!

Aún más silencio.

Trato de no pensar en ello y tras tres cuartos de hora llego al Lago de Cristal donde aún están las huellas de nuestros zapatos en el barro de la orilla, pero ni rastro del monitor y el pequeño.

Mi cabeza va a explotar. De miedo y confusión, aunque sobre todo confusión. No tiene sentido. Es como si la tierra se los hubiera tragado. La Cueva es un pasillo muy largo sin apenas opciones, hasta que llegas al lago. Justo antes de llegar están los pasillos claustrofóbicos donde hay algún otro camino, que no sabemos muy bien adonde lleva, pero siempre que hay una bifurcación existe una marca azul en la pared indicando el camino correcto para que a la ida no pueda haber equivocación. Madre mía, ahora lo entiendo. A la ida al lago no hay problema, te encuentras con las señales de frente. El problema está en la vuelta. Las señales azules solo se ven en las paredes cuando coges la esquina desde delante. Han debido de quedarse atrás al tener el monitor que ayudarle con la subida. No me lo puedo creer, han cogido un pasillo equivocado. Seguro que ni se ha planteado que iba por el mal camino hasta que ya ha sido demasiado tarde. Eso es. Y no solo han tenido que coger el equivocado, sino andar bastante y alejarse lo suficiente como para no escuchar mis gritos, ya que ni gritando desde aquí obtengo respuesta.

Me despido de nuevo del maravilloso Lago de Cristal y me dispongo a volver atrás. Salto el primer desnivel como si fuera un máster del parkour y me coloco arriba en los primeros pasillos. Aún me queda otro gran desnivel donde ya no puedo creerme nada y tengo que cogerme de la pared y subir poco a poco hasta la superficie del escalón, donde empiezan las bifurcaciones.

Yo sé cuál es el camino correcto ya que habré venido a este sitio más de diez veces. Ahora tengo que hacer lo contrario a lo que haría, pero el problema va a estar una vez me adentre en un pasillo que no conozco. Me han contado que esos pasillos son laberínticos y que solo puedes hacerlos si eres un experto de la zona. Te doy una pista: no lo soy, pero no puedo permitirme salir de aquí sin estar acompañado. No sé qué hacer y ya llevo cinco minutos aquí quieto sin llegar a ninguna conclusión.

Tengo una idea.

En mi mochila, aparte del botiquín, tengo una cuerda. Creo que son alrededor de veinte metros de longitud. Voy a atar la cuerda a una roca y dejar la roca en la bifurcación donde sí que sé orientarme. Poco a poco voy avanzando en el laberinto desconocido y voy colocando la cuerda en el suelo, sin tirar de ella para que la roca no avance conmigo. De esta manera sé que si sigo la cuerda de vuelta llegaré al punto de partida donde me oriento bien. Es perfecto. No tardo mucho en hacer esos metros de cuerda y de nuevo me veo en la misma situación.

Si sigo avanzando por esos pasillos podría no saber volver. Esta ruta, al contrario de la nuestra, tiene muchas bifurcaciones y no confío tanto en mi orientación como para ponerla a prueba. Necesito inventarme algo. Solo tengo una mochila con un botiquín. En el botiquín seguro que no hay cuerdas. Lo abro y, efectivamente: no hay cuerdas, pero sí hay vendas.

Decido abrirlas todas y atarlas entre sí. No sé cuántos metros son, pero no me he hartado a hacer nudos para nada. Ato el principio de la venda a la cuerda y sigo mi camino. Continúo gritando de vez en cuando, pero sigue sin oírse respuesta alguna. Si fuera un monitor novato y sin experiencia, ¿qué haría? Pues no lo sé, pero sigo avanzando y eligiendo mi camino minuto a minuto y dejando la venda sobre el suelo.

La venda ya se me ha acabado y me he quedado sin ideas. La mochila está hecha de hilos y podría intentar deshilarla, pero creo que este plan está tocando su techo. El hilo sería demasiado fino y no creo que me sirviera de mucho. Aparte de cuerdas y vendas, dentro de la mochila también tengo medicamentos varios, tiritas y pequeños botes de agua oxigenada. Bueno, creo que acabo de tener otra idea y sé lo que puedo hacer.

No soy Hansel y Gretel. Soy Ele y sus medicamentos. Y los voy dejando por el camino. Cada cinco metros dejo uno. Ellos me llevarán de vuelta hasta la venda, la venda hasta la cuerda, y la cuerda hasta la roca. Tengo bastantes medicamentos, así que confío en que esto me dará para avanzar bastante. Cuando hay una bifurcación, pongo una tirita en la pared y me río porque esta situación es cada vez más surrealista. Avanzo bastante lento por la complejidad del camino, no entiendo cómo el novato ha pensado que venir por aquí podría ser una buena idea. Dos horas de caminar, trepar y escalar sin cesar hasta que de repente me topo con una especie de pared sin salida.

Fin del camino. Nadie a la vista. Habrán cogido un camino diferente. Hace tiempo que no grito su nombre porque poco a poco he ido perdiendo las esperanzas. Llevo demasiado rato aquí dentro y empieza a ser peligroso que siga investigando los otros pasillos del laberinto. La batería de la luz está a la mitad y pronto va a anochecer. Entonces sí que estaré sin posibilidades. Decido descansar un momento antes de emprender la vuelta a la superficie. Quiero prolongarlo lo máximo posible porque no puedo ni imaginarme la cara de decepción de los confines cuando salga de aquí completamente solo. Una tragedia.

Me siento en el suelo, apoyo mi espalda contra la pared y algo sucede. La pared se mueve. Eso es muy raro. Las paredes no se mueven. Me doy la vuelta y noto que la pared no tiene tacto de pared de barro, como todas las de la cueva. Es como si fuera una roca. La miro de abajo a arriba y veo que por la parte de arriba hay un hueco. ¡Es una roca! No llega hasta el techo pero por muy poco. Me recuerda a una gran bola que podría perseguir a alguien en una película de aventuras. Me levanto y me aparto de la roca y, de nuevo, pasa algo raro: la roca se mueve, y esta vez no he sido yo.

—¿Ele?

El novato está detrás de la gran roca. De repente estallan sollozos: el confín perdido. Los he encontrado, pero no entiendo nada. El hueco que hay por encima es demasiado pequeño. Ni yo, que soy como un espagueti, podría caber fácilmente por ahí. La comunicación se hace difícil porque la roca es demasiado gorda. El hueco por encima está muy alto, pero gritando por ahí es como mejor nos escuchamos el uno al otro.

Resulta que se quedaron atrás, como yo había supuesto, por ayudar al pequeño a subir un escalón. Llegaron a las bifurcaciones y el pequeño siguió hacia delante cogiendo la ruta equivocada. El monitor novato estaba en modo automático y ni se cuestionó que pudieron haber cogido la ruta equivocada hasta que ya era demasiado tarde. Empezaron a llegar a unos pasillos muy estrechos y por empujarse entre ellos esta roca se desprendió del techo del pasillo. Por suerte cayó detrás de ellos y rodó un par de metros. Tuvieron mucho miedo porque, aparte de esa gran roca rodando a lo Indiana Jones, cayeron del techo varias piedras pequeñas

y se pensaron que el derrumbe iba a ser total y el fin de ellos dos. En ese momento se abrazaron y esperaron a que la lluvia de piedras terminara. Cuando el pánico no era tan fuerte, intentaron mover la roca que les impedía volver por donde habían venido, pero nada ha funcionado y ahora están atrapados detrás de esa roca y terminando de contarme todo lo que ha pasado.

Efectivamente, la roca es demasiado grande como para poder moverla, y el agujero de arriba es demasiado estrecho como para poder pasar. O eso creo. La parte positiva de todo esto es que ya sabemos dónde están. Quiero pensar que de alguna forma los que están fuera notan que nos hemos encontrado. Me gusta pensar que lo saben, aunque sé que eso es imposible.

Solo se me ocurren soluciones que implican dinamita y servicios de emergencia. De momento eso no entra dentro de mis posibilidades. Llamar a los servicios de emergencia implicaría delatar que estamos entrando en esta gruta sin una supervisión experta, lo cual podría meternos en un gran lío. Aunque ahora mismo ya estemos en uno, me niego a salir de este para meterme en otro. Creo que el agujero es lo suficientemente grande para que el pequeño pase por él. Sin duda necesitará ayuda para subir y para bajar, pero por suerte hay una persona bastante más grande que él a cada lado de la roca para hacer de escalera. Así que les explico el plan y procedemos a salvarle. Pone un pie en la roca, el otro en el hombro del novato, con las manos alcanza la parte superior de la roca y ya puedo verle la cabeza. Se desliza por el hueco que hay entre la roca y el techo de la cavidad y, cuando está a punto de llegar al borde, se resbala. La roca es muy desigual, muy probablemente tenga barro por encima y él no haya calculado bien la distancia. El niño se me viene encima y ahora estamos ambos en el suelo, yo con un moretón en el ojo y él cubierto de barro y con un susto del copón. Menos mal que estaba yo debajo para amortiguar la caída. Menos mal para él.

Muy bien, pero aún queda lo más complicado. Sacar al novato. Este es dos veces más grande que el chiquillo y presiento que está con un ataque de pánico constante desde que se vio envuelto en esta situación. Intento calmarle y pensar en una opción para él, pero ahora que se ve solo en el peor lado de la roca se siente indefenso y sin posibilidades. El chiquillo le grita palabras de ánimo y creo que es lo más adorable que se ha podido ver en una situación tan delicada. No podemos quedarnos quietos y tenemos que al menos intentarlo. La solución más sencilla está en hacer lo mismo que el pequeño.

El novato vuelve a encender su linterna y empieza la subida. Se resbala con la gravilla de la roca y cae. Le animo a que lo vuelva a intentar y alcanza el techo. Aproxima la mano por el hueco para que la podamos ver. La mano rápidamente desaparece y escuchamos cómo se impulsa con los pies al hueco. Le vemos la cabeza, pero nos mira con cara de que algo no va bien.

Está atrapado. El hueco es muy pequeño y él es notablemente más grande que ese espacio. Ha conseguido avanzar un poco, en posición de plancha y con los brazos por delante, pero ya no puede moverse más. Con las manos ya llega al borde de la piedra que nosotros podemos ver. Intenta impulsarse por la fuerza, pero es inútil. Está completamente inmovilizado entre el techo y la roca. Empieza a insultar a la piedra y a gritar hasta que se torna todo en lágrimas.

No le culpo, la verdad. A saber qué haría yo si estuviera atrapado a no sé cuántos metros bajo tierra entre barro y rocas enormes. Intento tranquilizarlo, pero es inútil. Intenta volver hacia atrás y tampoco es capaz, pero yo tengo una idea.

¿Recuerdas cuando el chico quedó atrapado en el pasillo más estrecho del camino? Su mayor enemigo no era el tamaño del espacio ni su poca elasticidad corporal, era él mismo. Su fuerza bruta y actitud tozuda fueron las culpables de que no pudiera salir. En el momento que cambió el chip lo demás fue pan comido. No creo que en esta situación podamos decir que nada sea pan comido, pero sin duda hay un paralelismo claro con la actitud del novato. Quizá si consigo tranquilizarle y, sobre todo, hacerle sentir que es capaz de salir de ahí estaremos más cerca de evitar una tragedia.

Cuando ya he conseguido que deje de llorar y que se centre en que va a salir de ahí, procedemos a hacer lo mismo que hizo el confín que quedó atrapado. En vez de tirar por la fuerza, hay que torcer el cuerpo aprovechando el barro líquido de los lados como si fuera aceite. De esta forma el cuerpo no choca con las paredes, se desliza hasta escapar del hueco.

Como si fuera lo más sencillo que ha hecho en su vida, el novato sale de su aprieto y está ya en el borde de la roca a punto de saltar para estar con nosotros. Por suerte, esta vez no ha caído sobre mí. Pega un salto y viene directo hacia mis brazos, y es un abrazo que sé que no voy a olvidar en la vida.

Casi en completo silencio, recorremos el camino de vuelta hasta la salida. Recojo todas las medicinas del suelo, una a una, consciente de que cada paso nos acerca un poco más. Seguimos la venda y la cuerda hasta que ya estamos en terreno seguro y conocido. Bueno, conocido para mí. Me aseguro que yo voy en primer lugar y que en todo momento puedo ver a mis dos compañeros recién rescatados.

Salimos por la abertura de la gruta y algunos empiezan a llorar. Yo no me puedo contener más y rompo de la emoción en un abrazo con uno de mis confines favoritos. Algunos lloran por el rescate, pero otros aún no están demasiado contentos. El clan de confines sigue bastante triste porque Pe aún no ha vuelto, pero ya no podemos hacer nada. Pronto va a anochecer y tenemos que hacer la ruta hasta casa. Mañana podemos hacer una expedición de emergencia para buscarle, pero ahora nos tenemos que poner a salvo.

Por el camino voy todo el rato hablando con el pequeño confín que se quedó atrapado. Es el que más me preocupa de todo este caos. Necesito que se sienta seguro y que tenga ilusión por los demás días del campamento. No ha hecho más que empezar.

—¿Cuál es tu animal favorito?

—El perro…

—El mío es el elefante y el pingüino.

—¿Dónde está Pe?

—No lo sabemos, pequeño, pero estoy convencido de que, si tiene que ser así, volverá. Bueno, cuéntame, ¿cuál es tu comida favorita?

—Los perritos calientes. Pero, ¿y si no vuelve?

—Pues sabremos que está bien porque ha encontrado un sitio mejor. La mía son las

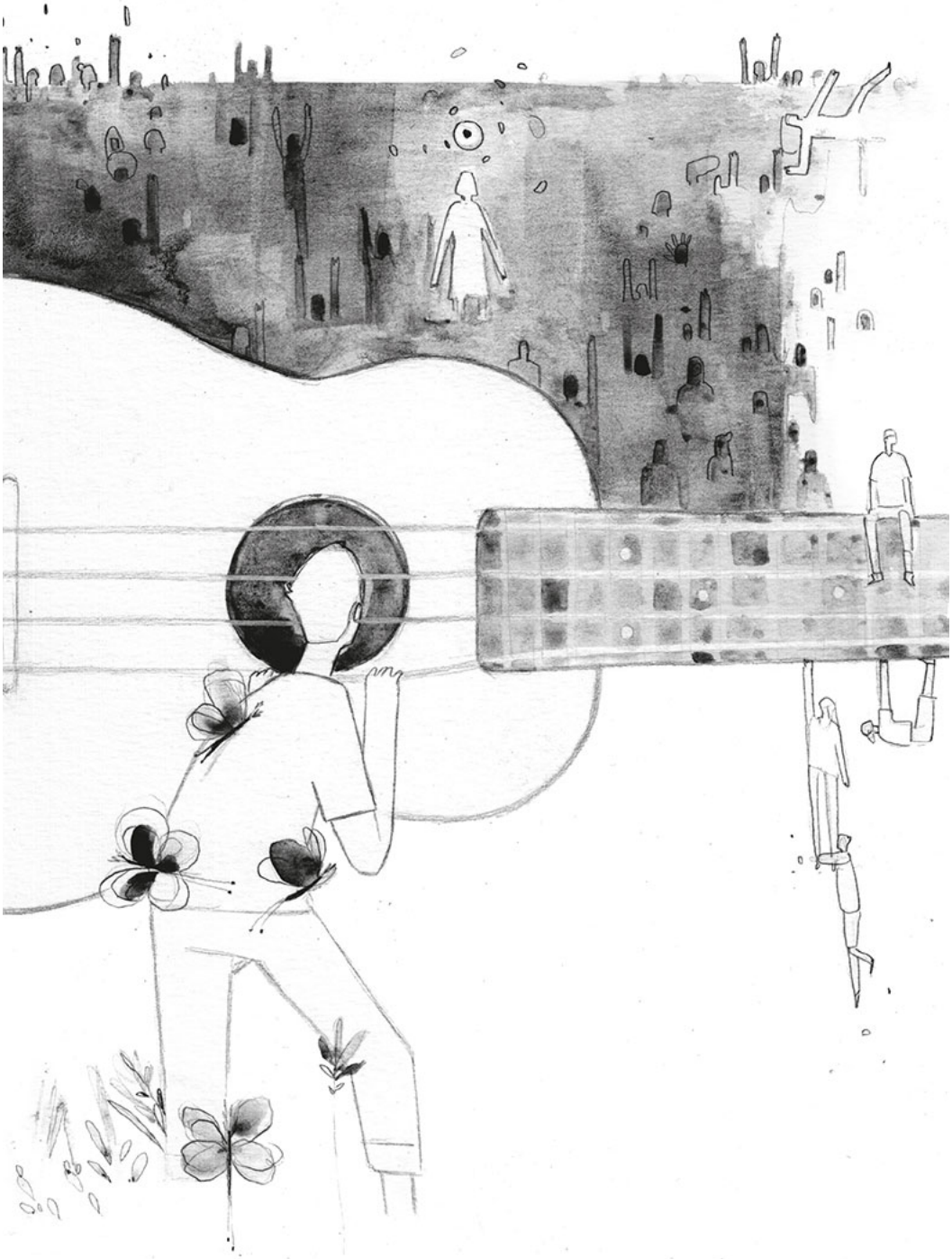
patatas fritas, sobre todo cuando llevan mayonesa. ¿Y tu color favorito?

—El rosa.

Boom. Así, sin previo aviso, del silencio de la cueva llega esta información a mis oídos. No he podido dejar de pensar en esta soberana tontería durante todo el camino que nos ha llevado hasta el recinto del campamento. Creo que es la primera vez en mi vida que escucho a un niño decir que su color favorito es el rosa. Qué absurdo, no debería sorprenderme. Toda la vida asociando el rosa al color de las princesas, de los unicornios y de las nubes de algodón, de lo delicado, de lo femenino y de lo de todo menos para niños; todo por culpa de una serie de imposiciones e inputs de tiendas de juguetes o vestimentas predeterminadas. El azul no es para los niños y el rosa no es para las niñas. Nunca pensé que eso lo fuera a descubrir de un niño que acaba de salir de estar atrapado en La Cueva después de que lo rescatara, pero así ha sido. Su color favorito es el rosa, y me encanta. Sin querer y por ello creo que se va a convertir en mi confín favorito.

Cuando ya no queda nada para llegar, recibo un mensaje de que los demás monitores y el otro grupo de niños han cocinado toda la tarde para alimentar a unos exploradores de cuevas que ahora están muy hambrientos. Lo que no saben es que el hambre se ha duplicado por una misión de salvamento especial. Antes de llegar a la casa de las habitaciones, tenemos que abrir una verja que rodea todo el recinto. Una verja que, por seguridad, siempre está cerrada. Según nos vamos aproximando yo ya puedo distinguir en la distancia que alguien nos está esperando. Los niños están distraídos, así que no se han percatado, pero parece que ahora tenemos un vigilante de seguridad que nos protege y que, sobre todo, siempre encuentra el camino a casa.

—Guau.



El día que gané 10.000 €

Tengo un cheque en la mano. No es un cheque normal, es diez veces más grande que los del banco. Como si estuviera hecho a medida para un gigante. Miro al frente pero no veo absolutamente nada, como si estuviera en una cueva. Me estaré quedando ciego o es que estoy sonriendo tanto que la abertura de mis ojos no deja pasar la luz. No sé dónde estoy. Solo sé lo que ha pasado hasta llegar aquí. Y perdóname, pero es imposible de resumir en solo un día. Esta vez tendré que contarte qué es lo que pasó en estas últimas semanas desde septiembre.

Ya estoy en mi tercer año de universidad. Los dos primeros los pasé en la residencia, pero era hora de irse y dejarle mi plaza a otro novato. Dos años de resi es la media, lo justo para hacer amigos, volar del nido, y dejar que otros vivan lo que tú viviste en esas instalaciones. Con suerte has conocido gente para mudarte a un piso en el centro de la ciudad. Estamos a principios de septiembre y eso solo significa una cosa: empiezan las novatadas. El año pasado pude saborear lo que es ser un veterano en estas pruebas, aunque yo jamás obligué a nadie a hacer algo que no quisiera. La verdad es que yo siempre acabo haciéndome amigo de los novatos porque busco que se lo pasen bien, más que que sufran y cumplir mi venganza. Este año, sin duda, vuelvo a las novatadas. Ahora soy veterano de segunda escala. Aparte de la V, que tendré pintada en la mejilla, habrá un 2 en el subíndice. Aunque ya no vivas en la residencia, si has pasado las pruebas, para siempre guardas el derecho de participar como veterano. Hay hasta V6. Todo transcurre a lo largo de las dos primeras semanas del curso y los días no cambian mucho de unos a otros.

Suena el despertador a las 8.27, pero remoloneo diez minutos. Cojo un donut para comer por el camino y me voy a clase. Vuelvo al piso a comer, dejo los platos en la pila (ya los fregaré por la noche) y me voy a mi habitación. Aprovecho para tocar el ukelele ya que es el único momento del día que tengo y si no, exploto. Después salgo de casa y paso la tarde conociendo

a miniyós que acaban de llegar a la ciudad. Al terminar vamos al bar donde sea la fiesta de esa noche de la gente de mi antigua residencia. Esperamos a los novatos, llegan y bailamos con ellos. Son las dos de la mañana. Va siendo hora de que vuelva a casa porque en seis horas de nuevo suena el despertador.

En período de novatadas no duermo más de cinco horas diarias y solo tengo el rato entre la comida y las novatadas para componer y practicar. Siempre acabo engullendo el plato para conseguir unos minutos extra. Suelo dedicar mucho más tiempo a componer, pero ya podré tirarme tardes delante de mi cuaderno de canciones cuando pasen las novatadas.

A principios de este año, me compré mi primer micrófono. Uno negro, pequeño y no muy bueno. Uno que me puedo permitir siendo estudiante. Siempre he visto por internet a gente haciendo vídeos y que llegan a todo el mundo desde su habitación. Se dan a conocer con su música a través de una pantalla, y con los recursos más básicos que puedas imaginarte. Nada de equipos grandes ni cámaras filmográficas. Su habitación, una cámara, y a veces incluso con el móvil. Yo jamás en la vida he subido algo así a internet, pero bueno, sí que tengo esos recursos básicos. Si quisiera, podría empezar a hacerlo, pero creo que es muy importante estar cómodo con lo que estás creando tú antes de ponerte a compartirlo con los demás. Yo aún no lo estoy ni de lejos. He probado a grabar las versiones que cantaba cuando vivía en el pueblo, algunas que me recuerdan a Eme, y las originales que he escrito en mis dos primeros años de universidad, pero ninguna pasa los mínimos que me impongo. Por ahora, solo voy a prometerme empezar a subir cosas en el momento en el que esté convencido (al cien por cien) de que estoy orgulloso de ellas.

Recuerdo que en la tienda donde me compré este micrófono había una pared llena de carteles buscando artistas para unirse a grupos, vendiendo instrumentos de segunda mano o anunciando concursos. Uno me llamó la atención por ser rojo, del tamaño de una pantalla de televisión y con una cifra de dinero importante escrita en una tipografía enorme y amarilla. 10.000 € a la mejor canción original y 1.000 € a la mejor versión. ¿Perdona? ¡Esto es justamente lo que hago yo todos los días desde hace cinco años! Versionar canciones a mi manera y escribir canciones con mi ukelele. Es mi pan de cada día. Es como si esto estuviera hecho a medida para mí. Tengo que presentarme. Con ese dinero podría dejar de depender de mis padres, pagarme la universidad, e incluso me sobraría dinero para comprarme un ukelele que no se desafine tanto. Obviamente no lo voy a ganar, pero por intentarlo no pierdo nada, ¿no?

Sin darme cuenta ya estamos en la segunda semana de septiembre y quedan apenas unos días para que acabe el concurso. En el momento que vi el cartel, sentí una fuerza por dentro por participar que he ido perdiendo a medida que han ido pasando estos meses. ¿Cómo pretendo ganar un concurso tan importante? Seguro que hay miles de personas que se presentan y, seamos sinceros, yo no soy tan bueno. Eh, tampoco soy malo, quiero decir. Sé tocar acordes y sé cantar a la vez que los toco, pero ni tengo una voz prodigiosa ni destaco por nada. Supongo que esto me ha frenado a la hora de decidirme por grabar un vídeo y presentarme al concurso. El verano se ha evaporado y yo me quedo sin días. Todo ha sido una

mezcla entre «para qué voy a participar si no voy a ganar» y que realmente se me ha ido olvidando en un verano mientras aproveché los únicos meses que tenía para ver a Uve y el resto de amigos.

Hoy es miércoles y Eñe se ha puesto la misma camisa amarilla que vistió el día que le conocí.

—Anda que no ha pasado tiempo desde el primer día de la universidad. ¿Te imaginas que dentro de cinco años seguimos siendo amigos viviendo en alguna ciudad por el mundo?

Eñe me responde que no puede prometérmelo, aunque confía en ello. «Pongo la mano en el fuego» es una de sus frases más míticas. Aunque, a decir verdad, yo también la pongo. Él se ha convertido en uno de los pilares más importantes de esta etapa de mi vida. Con los años he descubierto que no tenemos tantas cosas en común como pensaba, pero no por ello nos ha impedido estar igual de unidos que el primer día. No quedamos para hacer cosas artísticas e incluso hemos dejado de coincidir con él en los mismos bares porque somos de escuchar música diferente, pero Eñe sigue siendo mi número uno. El primero que conocí. Tiene un alma llena de cariño que va por encima de gustos y coincidencias. Ya es casi mi hermano. Y como hermano, hoy me ha vuelto a insistir en que me presente al concurso. Que termina mañana y que cómo he podido dejar que pase el verano sin haber compuesto absolutamente nada. Que me ponga las pilas y que me salte las novatadas si es necesario.

Imposible. Bajo ningún concepto voy a hacer eso. ¿Perderme una tarde de novatadas por la posibilidad remota de ganar esto (que vamos, no voy a ganarlo)? Está flipando. Voy a llegar a casa, componer lo primero que se me ocurra que tenga algo de relación con el concurso, mandar la candidatura e irme pitando al campus. Todo esto en un tiempo récord, claro. Acabaré componiendo entre bocado y bocado a la hora de comer. Componer en castellano me resulta más complicado, así que probablemente la escriba en inglés. El concurso lo patrocina una marca de refrescos, así que mi estrategia es imaginarme que mi canción está sonando en un anuncio de cerveza. Buen rollo, amigos, y con el lema de celebrar que estamos vivos. Creo que va a ser la canción más típica que he escrito en mi vida.

Un par de frases por aquí, un par de frases por allá, un estribillo que anime a bailar (un poco), y *voilà!* «Vive arriba», traducida al castellano. Así se llama mi canción. Media hora es lo que he tardado. Me da hasta un poco de vergüenza pensar lo básica que puede sonar si la llega a escuchar alguien importante, pero me da igual. No voy a pasar ni la primera fase del concurso y paso de invertir más tiempo en algo que no me va a aportar nada. Ahora tengo que concentrarme en grabar el vídeo y mandarlo para poder irme. En grabarlo sé que voy a tardar un poco más por varios motivos. En primer lugar, está mi cámara, que es bastante mediocre y a saber cuántas veces tendré que repetirlo porque el enfoque se haya ido a Júpiter. Y en segundo lugar, y mucho más importante, salgo fatal en vídeo. Siempre es así. Pocas veces dejo que me graben en vídeo, sea lo que sea que esté haciendo, por el complejo que siento al verme en una pantalla. Ya sé que eso debería darme igual porque lo importante es la música. Ya me lo han dicho muchas veces, pero bueno. Ahora mismo hay demasiada presión como para pararme a pensar en estas inseguridades.

Cojo mi cámara y, como no tengo trípode para colocarla bien, elaboro uno abriendo un tendedero, poniendo encima una caja de zapatos y una olla en lo alto.

Luces, cámara, acción. Bueno, eso, pero mucho más cutre. Luz solar que entra por la ventana y que me hace unas sombras horribles, el trípode casero y el comienzo de mi festival de nervios. Un rodaje a mi manera. Tardo aproximadamente una hora en grabar el vídeo porque se me descoloca el pelo y la batería tiene un límite, pero ya está. Lo subo a la plataforma y me voy de camino a las novatadas y, así, me despreocupo. Pero todo está bien. Hoy voy a conocer a gente y pasármelo bien. El resto ahora mismo no existe. El resto es un problema del futuro. Ele del futuro, prepárate.

Las semanas después de las novatadas siempre traen una calma muy necesaria. Dos semanas de fiestas todos los días necesitan ese freno de mano para que volvamos a la realidad de que, en verdad, estamos aquí por la universidad. Madrugar se hace menos difícil y dormir y comer se vuelven hábitos más saludables. Con la rutina regresan los trabajos en grupo y Eñe ha vuelto a caer en mi clase, ya que tenemos apellidos que empiezan por la misma letra. Siempre hacemos la mayoría de los trabajos de forma conjunta, acompañados de otras tres chicas. Una de ellas siempre trae palomitas de mantequilla y Eñe me las tira a modo de broma. Cuando no está jugando con comida, a veces me pregunta sobre mi familia y, otras veces, si se acuerda, del concurso. Le digo que no tengo ni idea, porque esa es la verdad, no por nada más. Yo estoy bastante tranquilo en cuanto a ese tema, hace ya más de una semana que lo presenté y me cuesta acordarme de que aún tengo esa posibilidad (por mínima que sea, aún existe). Quizá es que lo grabé tan rápido que ni soy consciente de que eso aún puede pasar. Como si mi cabeza hubiese eliminado que esto es algo de lo que me tengo que acordar.

Con la tontería de la universidad (bueno, no tan tontería si piensas que es tu futuro, pero ya me entiendes) se me olvida mirar el correo. Ya es octubre y solo pienso en sobrevivir como estudiante hasta que lleguen las Navidades y tenga comida de mamá. Al preguntármelo Eñe unas horas antes, cuando llego a casa pienso en mirar el correo. Y ahí, sentado en la silla de madera incómoda de mi habitación, sin esperar absolutamente nada a cambio, lo abro.

Hay un correo de una chica y creo que es importante. En el asunto está la palabra finalista y el nombre del refresco del concurso.

A ver, sé que esto se veía venir y que probablemente te lo esperabas, pero yo no. Y aquí estoy, con cara de besugo, delante de la oportunidad del siglo. El último día para contestar y confirmar mi participación en la gala donde actúan los finalistas es hoy. Casi sin pensarlo me pongo a redactar un correo con las palabras más formales que se me ocurren confirmando lo que nunca me hubiera imaginado: voy a tocar «Vive arriba» delante de un jurado. No he mirado si me coincide con alguna clase, pero aunque lo hiciera, esto es mucho más importante. Es lo más increíble que podría pasarme en este momento de mi vida.

Lo peor de todo es que no siento ni una pizca de emoción. Siento algo, pero emoción no es la palabra. Esto me suele pasar cuando algo me sucede de repente, sin estarlo esperando. Me cuesta asimilarlo y pensar que soy yo quien está recibiendo la noticia. Es parecido a las marisoplas que siento en la barriga cuando me voy de viaje y no me he hecho a la idea. Algo

de nervios sí que puedo notar. Sobre todo, cuando me imagino yendo a tocar a esa gala y los días que lo van a preceder. Felicidad en cierto modo también, sobre todo cuando pienso en que se lo tendré que contar a Eñe. Sé que va a flipar en colores y sabores, pero él dirá que ya lo sabía. Dirá que cómo no me iban a coger. Siempre es así, pero él qué narices sabrá, si ni ha escuchado el tema. Que esa es otra, si hubiera sabido que tenía posibilidades para tocar en la gala igual me hubiera pensado mejor si saltarme las novatadas y hacer algo un poco más decente. Vaya desastre. Ahora me toca defender lo mejor que pueda algo de lo que no estoy muy orgulloso. Pues nada, Ele, prepara las malet… digo el afinador, la funda y la libreta de canciones. El ukelele se va a la gran ciudad.

Al día siguiente me levanto ya con mejor pie. En cuanto llego a la facultad se lo cuento a Eñe, a las chicas de las palomitas de mantequilla, y poco a poco a todo mi círculo cercano de la universidad. Ellos no lo saben, pero voy recaudando la emoción de todos. Como mis amigos, por norma general, sienten una emoción mucho mayor a la que yo siento, me la transmiten y yo me la guardo para mí. Es bonito pensar que la gente a la que más quiero es la que me ayuda a conseguir mis metas; ya sea algo material o, como ahora, algo personal. Emocionarme es mi asignatura pendiente, pero con ellos ya rozo el aprobado.

El concurso no es hasta finales de octubre, así que tengo prácticamente un mes entero para ensayar la canción. Esa canción inmadura, y en general poco elaborada. Esa bendita canción que ahora me ha puesto un pie más cerca de conseguir un premio más grande que todos los ahorros que haya podido conseguir en mi vida con las pagas de Navidad de mis abuelos. Tengo sentimientos encontrados con mi participación, ya lo sabes. Y ahora me tengo que pasar semanas practicando esto en bucle. Voy a concentrarme en que sea increíble la actuación. Si no es por la canción, que al menos sea por mi interpretación. Tengo que hacerlo perfecto. Lo que haga falta. Cantaré la canción en mi casa hasta bordarla. Ensayaré con el ukelele hasta que sea (aún más) una extensión de mi mano. Y lo haré todo delante del espejo para saber que estoy transmitiendo la canción de la mejor forma. Esto en ningún otro momento lo haría, pero esta vez es distinto. Mi motivación son ellos. Sé que mis amigos se van a apuntar a la aventura y estarán en primera fila viendo cada acorde que toco en mi ukelele. Si lo hago mal no me lo voy a perdonar en la vida, porque sé que les habré decepcionado. Eso no puede pasar de ninguna forma.

Mis compañeros de piso están, literalmente, hartos de mí y de la canción. Sobre todo de la canción, ya que de mí es difícil hartarse cuando traigo chocolate o caramelos a casa casi todos los días. A veces les pido que se sienten en la alfombra de mi cuarto mientras yo les canto desde la cama. La cama, el sofá y la mesa de la cocina se han convertido en mi mayor escenario. Espero que la vecina de enfrente no me haya visto, porque vaya cuadro de situación, la verdad. Tengo miedo de estar sobreensayando. No sé si eso es posible. Siempre he tenido presente que para que una actuación salga perfecta necesitas horas y horas de práctica, pero supongo que, si por algo les ha gustado al jurado el vídeo, es por la espontaneidad. Igual solo debería de ensayar la canción media hora antes de la actuación, igual que al hacer el vídeo. Igual así esos 10.000 € vienen directos a mi bolsillo. (Nunca pensé que estaría diciendo esta

frase.)

En clase, los profesores no tienen ni idea de que detrás de mi ordenador en realidad estoy buscando opciones de ropa para la gala. Prefiero que no lo sepan, la verdad. Si descubren que tengo una segunda vida a la par que la universidad seguro que me cogen manía y me lo ponen más difícil. Me siento como Hannah Montana yendo a clases de psicología (otra frase que jamás pensaría que diría). Yo no es que sepa mucho de moda. No es que vista mal, simplemente es que no sé vestir. Suelo coger lo primero que encuentro en el armario, sin criterio. Simplemente me da igual. Aparte, ni tengo plancha. No entra en mis planes apartar tiempo para pensar en qué me voy a poner. Pero en esta ocasión yo creo que lo merece. Ya está todo más o menos listo para el gran día. Mis amigos van a compartir un coche para ir. Yo tengo los billetes de tren comprados por parte de la organización. El trato distinto ya me hace sentir incómodo. Odio cualquier forma de actitud elitista o diferencial entre personas. Y si no tuviera que estar yo el día antes, me iría en el mismo coche que mis amigos. Vienen Eñe, la chica de la 214, dos compañeras de mi piso actual y las chicas de las palomitas de mantequilla. Se me hace un poco raro mezclar amigos de distintos círculos. Algunos de la residencia, otros de la universidad, y otras de casa. Aunque, si te centras en lo realmente importante, es bastante bonito. Están compartiendo su ilusión por acompañar a un amigo en el día más importante de su vida. Qué fuerte.

Hoy me he levantado sintiéndome el más afortunado del mundo. Esta noche voy a subirme a un escenario delante de un jurado de prestigio. Los mejores amigos que podría tener estarán abajo mirándome y dándome toda la seguridad que necesito. No voy con ninguna esperanza de poder ganar, como cuando me presenté. Un total de cero (0) posibilidades de ganar en mi cabeza. Te voy a contar por qué. El resto de grupos, son grupos. Suena tonto, pero no es así. Yo soy el único que va a subir él solo al escenario. El único solista. Tengo mi ukelele a mi lado, pero todos los demás tienen a otras personas que refuerzan su actuación. Desde la prueba de sonido de ayer no puedo dejar de pensar en que espero que mi actuación sea la primera para que nadie en el concierto sienta un bajón al verme cantar después de un grupo. Aparte, todos van a cantar en castellano y yo no. Soy el rarito que va a hacerlo en inglés. Bueno, mira, al menos si me confundo nadie se dará cuenta.

Mis amigos se han pasado todo el trayecto repasando la canción para chivármela por si se me olvida. Definitivamente, no les merezco. Esto lo sé por un vídeo que me ha mandado Eñe hace unas horas. Ahora soy un saco de nervios encima de una alfombra roja esperando a que lleguen y mirando en bucle ese vídeo en mi móvil. Hay carteles enormes por todas partes y en todas está mi nombre. Letras gigantes. Estoy seguro de que Eñe va a querer llevarse alguno. Yo no me atrevo a ayudarle, pero seguro que lo consigue en algún momento cuando nadie mire. El abrazo que me da Eñe cuando al fin llegan casi me arregla una escoliosis que ni tengo. Alrededor de nuestro abrazo se unen todo el resto y se forma un colapso en la entrada del edificio. Un hombre de seguridad que parece no entender la emoción de un abrazo nos llama la atención y corremos adentro. La música está muy alta y apenas podemos tener una conversación normal, pero no nos hace falta. En mis ojos ellos pueden ver que estoy al borde

de explotar, y en los suyos yo puedo ver toda la emoción, nervios y adrenalina que a mí me falta.

Ya no queda nada. Yo soy el tercero en actuar. El peor puesto, sin duda. La gala ya ha empezado y el presentador no acaba de caerme bien. No me ha hecho nada y, a decir verdad, es bastante simpático. El problema está en que sé que él es el nexo de unión entre yo y el escenario. Y con él, unas preguntas para que el público me conozca. O, en mi caso, la oportunidad de un público de ver lo absolutamente patoso que soy con las palabras. No sé hablar en público y me da pánico, al igual que los tiburones y las agujas: me da pánico.

Una actuación. Aplausos.
Segunda actuación. Aplausos.
—¿Listo?

Todo lo que podría estarlo, sí. La azafata de la gala me coge de la mano y me ofrece una botella de refresco. No, gracias. Estoy lo suficientemente concentrado en no caerme por las escaleras como para pensar en beber ahora algo con burbujas. El presentador me presenta y la gente aplaude.

Luces, cámara, acción. Ahora sí que sí, subo al escenario y ya no hay cachivaches caseros. Ya no hay prisas porque me tengo que ir a las novatadas, es el momento, el de verdad. Ahora me tienen aquí delante y tengo que empezar. Por suerte, lo he practicado tanto que tengo un modo automático que no me puede fallar. El público aplaude y prepara el ambiente para que esté listo para empezar a tocar. Y lo estoy. Hasta el momento en el que la veo. Ahí, al fondo de la sala, mirándome con ojos de que todo va a ir bien. Eme.

Junto a una de sus amigas que tampoco deja de mirarme, está la única persona que puede hacer que mis piernas vuelvan a temblar como el primer día. La primera chica de la que me he enamorado. Vaya momento has ido a elegir, señora. Como si hubiéramos hablado en estos últimos cuatro años, pero eso no es así. No entiendo absolutamente nada, pero en estos momentos no puedo permitirme reaccionar así. Tengo que volver a encender el piloto automático, pero ya es demasiado tarde.

—¿Estás bien, Ele?

Ya está el presentador de nuevo haciendo que esto sea aún más difícil. Como si las tres preguntas preactuación no hubieran sido suficiente castigo para mí. Le sonrío y, sin pensarlo, mis dedos empiezan a tocar las cuatro cuerdas que forman mi pequeño y precioso ukelele. Se supone que tenía que avisar antes de empezar, pero ya no puedo arreglarlo. Ha sido un reflejo de autodefensa el empezar sin avisar. Me quito de que me siga hablando el presentador, evito tener que decirle nada al público y hago lo que he venido a hacer, cantar. La voz me tiembla

en algunas frases. No hago bien todos los acordes, pero son los cuatro minutos más rápidos de toda mi vida.

Por primera vez he sentido que pertenezco a un sitio. Siempre he sido de muchos sitios y de ninguno a la vez. Esa pregunta que me han hecho durante toda mi vida y nunca sé contestar: «De aquí». Los ojos del público, mis movimientos absurdos en el transcurso de la actuación, los aplausos del final. Todo ha sido tal y como tenía que ser. No ha sido perfecto, pero lo prefiero así. A la mitad de la actuación he visto a Eñe hacerme señales con las manos porque iba demasiado deprisa. A las chicas de las palomitas gritando y bailando cosas sin sentido. A mis compañeras de piso sacar demasiadas fotos con flash. A la chica de la 214 aplaudir a destiempo. Y a Eme, sin inmutarse ni por un segundo. No ha hecho nada. Diría que ni ha pestañeado.

Ahora solo puedo sonreír por el mar de aplausos que me rodea mientras me sonrojo. Necesito inmortalizar este momento. Todo lo que he hecho en mi vida con la música iba conduciéndome a este momento. No necesito ganar. De hecho, no quiero ganar. Ahora me doy cuenta. Hoy he venido aquí precisamente por esto. Mi misión no eran los 10.000 €, mi misión era darme cuenta de que lo que realmente quiero hacer en esta vida es música. La psicología me encanta, pero es una mera casualidad. La música nunca fue una casualidad. Esto lo llevo en la sangre y eso es todo lo que necesitaba por hoy. Por hoy y siempre. Hoy cierro un capítulo.

Me bajo del escenario, suelto el ukelele y vuelvo corriendo a la sala a ver el resto de actuaciones. En cuanto entro por la puerta del fondo, diviso a mis amigos y voy corriendo hacia ellos. Un señor de seguridad me llama la atención y me dice que no vaya tan deprisa. Mis amigos se dan cuenta y nos volvemos a unir en un abrazo de familia. Este abrazo ya no puede impedirlo. A Eñe se le ha caído el refresco de la emoción y algunas de las chicas están llorando. Yo podría hacerlo también, pero me contengo de momento.

Eme no está por ninguna parte. Dudo que se esté escondiendo de mí. Tampoco me voy a poner a buscarla ahora. Supongo que Eme ha cerrado un ciclo. La manera en la que todo terminó no fue la mejor y, aunque hayan pasado cuatro años, nunca nos hemos visto en persona desde el final. Obviando el hecho de que yo la dejé por un mensaje de texto, claro. No sé si después recibiré un mensaje suyo, o si todo se quedará en un momento que pasó y ya está. De cualquier forma, yo solo espero que esté bien. Que haya conseguido lo que quería con venir a verme y que, si algún día vuelvo a estar en un escenario, que no dude en que quiero que esté ahí. Eso si todo esto no es un fruto de mi imaginación, que tampoco lo descarto entre todo este surrealismo.

Después de ese abrazo nos quedamos a ver el resto de las actuaciones, aunque hay algo que me desconcierta un poco. Hay un chico con gafas que no deja de mirarme. No lo hace de manera muy obvia y tampoco me hace sentir incómodo. Su cara me resulta bastante familiar y creo que puede que le haya visto en algún lado. Quizá en un vídeo de internet. Nuestras

miradas se cruzan un par de veces pero yo no puedo concentrarme en otra cosa que no sea lo que acaba de pasar.Aún queda la parte más importante de la noche, supongo, aunque para mí hoy ya está completo. Los jueces acaban de irse a deliberar el ganador y lo más surrealista sería que ahora el presentador volviera con una tarjeta en la que apareciese mi nombre. Todos mis amigos, todos sin excepción, están plenamente confiados en que eso va a pasar. Obviamente mucho caso no les voy a hacer. Son mis amigos, qué van a decir si no. Estoy tranquilo hasta que una parte de mí se da cuenta de que hay una posibilidad, por muy mínima que sea, pero que hay una posibilidad. Probablemente sea la más pequeña de todas, pero ahí está. Ya no estoy tan tranquilo.

El presentador está volviendo a subir al escenario. Tiene una tarjeta. En esa tarjeta hay escrito un nombre.

Nos acercamos al escenario. Todos mis amigos conmigo. Eñe me da la mano.

El jurado vuelve a la sala con cara de satisfacción y cierta picardía. Me miran. También miran a los demás grupos.

Todo está listo. El presentador dice unas palabras y el murmullo del público cesa. Solo queda que diga el nombre.

—¡¡¡Ele!!!

Estoy en el suelo.

No, literalmente estoy en el suelo. La emoción de Eñe y los demás ha resultado en una brutal caída que me ha dejado medio descolocado. Los focos nos alumbran y me ayudan a levantarme. Y todo lo que sucede a continuación me lo tendrán que contar después porque ya sabes que las buenas noticias de golpe no las sé asimilar del todo bien.

Subo al escenario y veo que el presentador me está sonriendo con el trofeo. Sigo sin fiarme mucho de él. Lo siento si estás leyendo esto, pero es así, querido. Aparte del presentador, está un señor con traje que entra con un cheque enorme con un «Ele» escrito en letras enormes. Me da la mano. Yo pensaba que iba a por un abrazo y se crea un momento incómodo (típico en mí). El presentador no deja de decir cosas y las cámaras no dejan de hacer fotos. No sé qué hacer. Solo sé que esto es lo más importante que me ha pasado nunca. Mis amigos no dejan de sonreír y de nuevo me lo contagian. Ahora yo sonrío y los cámaras empiezan a aplaudir entre ellos. Creo que se han dado cuenta de que no soy el mejor para estas cosas. Necesito bajar de aquí.

Bajo las escaleras tratando de no resbalarme y de repente hay una masa de gente alrededor de mí queriendo hacerme preguntas. La mayoría son medios de comunicación que han venido a cubrir el evento, pero yo solo quiero un momento para respirar y no sentir que le debo nada a nadie. El único que no está contribuyendo al agobio es el chico de gafas. Él se queda apartado en la distancia, pero le veo sonreír al mirar toda esta situación. ¿Es posible que

alguien te contagie alegría sin conocerlo? Y antes de que mi cabeza pueda pensar en la respuesta Eñe se hace hueco, me coge del brazo y en cuestión de segundos estamos fuera los dos solos.

—Lo has conseguido. Y no te voy a decir que lo sabía porque, aunque quiera decirlo, nadie lo sabe. Pero una cosa sí que sé y he sabido desde el primer día, y es que eras capaz y de sobra.

En el momento en el que he rasgueado el último acorde de la canción, me he dado cuenta de lo importante que es perseguir tu pasión. Por encima de todas las posibilidades. De lo importante que es atreverse a hacer realidad las aventuras que tienes en la cabeza. A no dejar que los deseos se queden sin haber soplado las velas. Que los mensajes no se olviden en la bandeja de entrada, y que los sueños no tengan que aguantar una lista de espera.

Esto no solo me ha enseñado lo que quiero hacer con mi vida, sino también lo que supone arriesgarte a hacer lo que quieres. La felicidad me ha llegado antes de haber sabido el resultado. Es como si se me hubiera quitado el hambre antes de que llegase el repartidor con la pizza. No he necesitado ganar para sentirme completo. Saltar al vacío ha sido suficiente para sentir que estaba en mi sitio. Y eso, para mí, es lo más importante del día de hoy.

Tengo pendiente ir a la sala de los cheques a firmar un papel de que lo voy a recibir, o algo así me han dicho. Aunque llegados a este punto, eso me da completamente igual. Eñe aún tiene su misión de robar el cartel. Vuelvo dentro y hago todo lo que tengo que hacer. Los trámites con la organización, las fotos de cortesía con los… ¿fans? (qué fuerte), y las minientrevistas de los medios de prensa. También me atrevo a acercarme al chico de gafas y agradecerle sus sonrisas cuando estaba cantando. Se llama Jota y, efectivamente, sube vídeos a internet. Ya sabía yo que de algo me sonaba. De hecho, creo que le he dejado algún comentario alguna vez. En los vídeos sale sin gafas, por eso no le he reconocido. Me ha dicho que está aquí porque ha visto que yo participaba justo cuando salía de su clase de la universidad. Estudia Medicina y a la vez hace vídeos de fotografía. Es una mezcla casi tan rara como la mía, música y psicología. Justo antes de despedirme de él, me propone participar en un proyecto que está preparando en el que necesita un cantante. En definitiva, este día no podría ser más surrealista.

Después de todo, Eñe, la chica de la 214, mis compañeras de piso y las chicas de las palomitas de mantequilla nos vamos de ahí con nuestro cartel robado, el ukelele, y un cheque enorme e indiscreto que pone 10.000 €. Tenemos hambre y lo único que hay cerca es un sitio de tacos. Eñe, esquivando nuestras risas, al ir a pagar solo podía levantar el cheque y decir una cosa:

—Perdona, ¿tienes cambio de diez mil?

El día de hoy (o la trágica vuelta de Navidad)

Desde que mis padres se mudaron a Inglaterra todo es distinto. Volver a casa ya no es cruzar dos pasos de peatones y pasar la tienda de la esquina. Ya no es volver con Uve desde el instituto deseando llegar lo más rápido posible para conectarme a la red social. Tampoco es comprar un billete de bus desde la estación frente a la residencia y que me lleve directo al pueblo, esa casa ahora está vacía. Volver a casa se ha convertido en un deporte de riesgo. Un vaivén de cambios y emociones que no dejan de revolotear por todo mi entorno. Personas que ya no son las mismas, sitios que ya no son míos y sentimientos, por dentro, que he dejado de reconocer. Yo siempre he dicho que me gustan los cambios, que odio la rutina y que la vida está para experimentar cosas nuevas. Todo el rato y sin parar. Y es así, sigo pensando igual, pero la realidad es algo distinta cuando eres tú a quien le toca asumirlos y eres tú quien ha perdido el control para decidir cuáles van a ser esos cambios.

—¡Hace diez minutos que dije que la cena estaba lista! No he estado una hora cocinando para que ahora la comáis fría.

Yo ni había escuchado que la cena estaba lista, no sé por qué tengo que soportar esos berridos. Mi madre se pone nerviosa cuando siente que no le hacen caso, supongo. También supongo que es algo normal, a mí también me pasa. Ya sabes, traumas de sentirte indiferente, vacío de color o transparente. Meto un par de cosas más en la maleta y bajo dejándola a medio hacer. La verdad es que ya estoy cansado de estar aquí, me muero de ganas de coger ese avión mañana a primera hora de la mañana. Cierro la puerta de mi cuarto tras salir de él porque hay cosas que he comprado estos días que no quiero que ni mis padres ni Hache vean. Lo típico en un joven adulto que ya no quiere que su madre le compre los calzoncillos y que empieza su vida de persona mayor. Erre sale de la oficina con un boli en su bolsillo y con una cara de no haber terminado muy bien esa llamada de teléfono de dos horas que le ha tenido encerrado esta tarde. Hache baja del ático, sin apartar la vista del móvil, y en cuestión de minutos estamos sentados los cuatro en la mesa.

—¿Brócoli? ¿… Alguien? Hay brócoli y creo que me ha quedado muy bueno. ¿… Nadie quiere brócoli? … Vamos familia, que alguien diga algo, es el último día de las vacaciones. Intentemos hacer de esto una noche agradable. Ele se va mañana y no podemos terminar así.

No es que el brócoli sea la comida más apetitosa del mundo, pero es obvio que lo que pasa aquí no es solo una cuestión de verduras. Las lucecitas que parpadean por toda la casa no son muy congruentes con el aire que se respira entre nosotros. Hay muérdagos en algunas estanterías del salón y hay miradas que muerden en la mesa. Aparte de las hojas verdes y bolitas rojas también hay otras decoraciones varias por las demás estancias. Nunca había vivido una Navidad tan poco navideña. Y no lo digo por las decoraciones, en eso ya ves que estamos más que servidos.

No es que estemos tristes ni hay algo en concreto que nos tenga así. No ha fallecido ningún familiar, nuestra situación económica es estable y de salud tampoco vamos mal del todo. A veces, una familia encuentra obstáculos por el camino. Cada familia es un mundo y ninguna se libra de tenerlos. Hasta aquella que crees que es perfecta porque se va de picnic los domingos que hace sol. Y te lo dice un chico que iba todos los domingos de picnic y que ahora no sabe qué decir en la mesa en la que está cenando.

—Hache, intenta dejar el móvil cuando estamos comiendo.

Mi hermana ya no es la misma. Siento que no la conozco. Que no me mira de la misma forma, que vive la vida al contrario que la vivía antes y que todo es a raíz de los cambios. Cambiar de instituto significa dejar amigos atrás y empezar a construir un grupo con otros nuevos. En definitiva, su adaptación al nuevo espacio nos ha dado a cambio una versión distinta de ella, con influencias que no me gustan ni un pelo.Es complicado porque todo esto nos ha pillado dentro del limbo. Dentro de un trance y una época de cambios donde hay que trabajar en cimentar nuestras vidas. Si esto hubiera pasado cuando vivíamos en el pueblo, seguro que mis padres la hubiesen ayudado. Ahora se mantienen al margen y a mí me cuesta mirar. Están convencidos de que ya es demasiado tarde, que ya es mayorcita y que así se va a quedar. Yo me niego a pensar que eso sea así, y justifico su bomba de humo en que aún siguen en el limbo, pero no puedo hacer nada. ¿Creo que mis padres podrían ayudarla? Sí. ¿Debería alentarles? Pues igual también, pero no lo voy a hacer. Nos hacen pensar que los padres siempre tienen la razón y confrontarles a veces me asusta.

—Ayer te dije que compraras Christmas Pudding para el postre. Deberías empezar a escucharme cuando te hablo.

Erre y Ese ya no se hablan igual. Llevan casados más de veinte años y estos días he vivido por primera vez discusiones que me han asustado hasta dudar de si funciona o no lo que han estado construyendo durante dos décadas. Siempre pensé que mis padres eran distintos a los demás padres de mis compañeros de colegio. Algunos se separaban e incluso llegaban a divorciarse, con el daño colateral que suponía para mis amigos. Quedaba tan lejos para mí, que ahora tener estas sensaciones hace que me cueste el triple. No creo que vaya a llegar a ese punto, pero ya me entiendes. Veinte años sin discutir apenas nada implica que ahora esto sea una sorpresa para el hogar. Debo centrarme en que es normal, que las relaciones se desgastan y

que la paciencia no es infinita, pero tengo miedo. Tengo miedo porque algo que pensaba que era irrompible parece que se agrieta.

Me he pensado muy bien si enseñarte esta otra parte de mi vida, pero creo que es lo mejor. No quiero que pienses que todo es perfecto, y menos mi familia. Las relaciones personales constantemente tienen cosas que arreglar, y a veces no es cuestión de unos días o de pedir perdón. Las personas somos como piezas de un puzle. Piezas de un puzle que nunca va a encajar a la perfección. Piezas que se rompen y que se arreglan con celo del bazar. Piezas que a medida que crecen entienden que las demás se rompen también. Todos estamos rotos, es lo que me digo de madrugada cuando siento que no encajo. Todos tenemos remiendos, así sé que mis piezas pueden cambiar y compenetrarse con las de otros.

—No sé si después de la carrera querré hacer algo distinto a lo que estoy estudiando.

Ahí ha estado casi la única intervención que he hecho en toda la cena. Junto a las otras tres, compondrían el noventa por cierto de lo que se ha hablado en la mesa. Una conversación bastante pobre que ha terminado en un debate sobre lo que debería estar haciendo yo con mi vida.

No tendría que haberlo dicho. Tendría que haberme comido la última patata que quedaba sobre mi plato en vez de abrir la boca. O abrirla para comer y no para decir algo que dejara abierto un debate en el que me niego a que nadie de esta mesa participe. Y obviamente lo van a hacer. Mamá me dice que la música no es algo muy estable sobre lo que construir, algo de lo que ya me avisó unos meses antes de irme a la universidad. Papá me advierte de que si dejo a un lado la carrera tendré que volver a casa y sacarme las castañas del fuego. Tiene parte de razón, claro que debe llegar el momento en el que me las saque yo mismo y que dejen de mantenerme, pero creo que hay otras maneras de decir las cosas. Así solo me hace dudar de si realmente confía en mí y en lo que quiero conseguir con mis decisiones.

Yo me veo capaz de conseguirlo absolutamente todo. O al menos de intentarlo. Por mí, y no por todos mis compañeros. Nunca he tenido el apoyo que me hubiera gustado para cumplir mi sueño, pero a fin de cuentas no me ha frenado en ningún momento. Si vas a pelear por algo, que sea por ti. La única persona que ha creído en mí cuando apenas había empezado y, de una forma desinteresada, ha sido Uve. Y aun así, siento que no lo hago por ella. Intenta conseguir las cosas que tú quieres conseguir, no las que la gente quiera para ti. Cree en ti, porque nadie podrá hacerlo mejor que tú.

El debate sobre mi futuro poco a poco va evolucionando y escalando hasta llegar a una discusión en toda regla sobre la manera de hacer las cosas y vivir la vida. Y está empezando a tocarme la fibra que no debería.

—Eso no es natural.

Yo defiendo ante Erre que es lo más normal del mundo. Nos enseñan desde pequeños que los padres siempre tienen la razón, que un adulto sabe más que tú, y que no debes llevar la contraria ya que es una falta de respeto. Pues déjame decirte que al igual que tú y que yo, son personas, y las personas se equivocan. Tenga un año más que tú o treinta años más que tú. La manera en la que una persona te habla con condescendencia solo por ser mayor que tú me

parece injusta y ahí me planto. Quítame la condescendencia y te escucharé con un poco más de ganas.

Con esto no quiero decir que nunca tengan razón. Lo más seguro es que tengan razón la mayoría de las veces. Han tenido más vivencias y reúnen más experiencia en la mayoría de los ámbitos, pero va a llegar un punto en el que entiendas que ellos, aunque quieran lo mejor para ti, están haciendo algo que nunca han hecho antes (criar a una persona) bajo su visión personal de lo que está bien (que quizá no acabe siendo la tuya). Puede pasar que un día tú veas la vida de una manera distinta a ellos y eso, te digo y te aseguro, está más que bien. Te lo prometo. El día que yo entendí que no tenía que pensar exactamente lo mismo que Erre y que Ese fue el día que entendí que yo era libre. Y en esa libertad está tu esencia. Ellos, al igual que tú y que yo, son personas que se equivocan. Es inevitable y nunca se equivocarán a propósito, pero eso no quita que tú empieces a buscar tu libertad.

Yo, por ejemplo, voy a aprovechar esa libertad ahora mismo y voy a irme de este comedor. Subo a mi habitación mientras terminan de discutir sobre alguna tontería Erre y Ese, cierro el pestillo y me decido a terminar la maleta. Cuanto antes termine, antes podré irme a dormir. Dudo que pueda descansar mucho después de la intensidad de las últimas horas, pero debo intentarlo. Escucho como Hache cierra la puerta principal de la casa de un portazo, así que seguro que va a salir de fiesta con sus nuevos amigos de la ciudad. Mientras hago la maleta me pongo una serie para relajar la mente, aunque tarde más en hacerla. Seguro que Phoebe cantando me anima un poco el espíritu navideño, aunque sea en mi propio cuarto.

Cuando estoy a punto de terminar la maleta y ya voy por el tercer episodio, el portátil me marca batería baja. Mierda, creo que el cargador está en el salón. Me levanto del suelo y voy a la puerta. Mierda, otra vez. No puede ser, la puerta no abre. Qué raro. La manilla de la puerta baja, pero el pestillo sigue enganchado con la puerta. Tengo que dejar de forzarla o despertaré a Erre y a Ese, y las cosas no están para que juegue con fuego. El horno no está para bollos. La navidad no está para regalos. Bueno, ya.

Ni de broma voy a escribirle a mi hermana para que vuelva. A saber si estoy interrumpiendo una cita o lo que sea. Paso. Me siento en la cama y cojo el móvil. Puedo vivir sin portátil una noche, eh, ese no es el problema. La facturación del vuelo que termina hoy y la alarma que asegura que mañana coja ese avión de vuelta a la tranquilidad dependen de mi móvil que, actualmente, cuenta con una rayita de batería. Como estoy en Inglaterra el enchufe de mi cargador normal no me vale. Solo puedo utilizar mi portátil para cargarlo y, bueno, esto es un desastre.

Mi cuarto, que no es mi cuarto y que es más bien uno de invitados, no tiene mucho aparte de las cuatro paredes de color beige. Tiene una ventana que da al jardín de mi casa y se me acaba de ocurrir una idea terrible. Me va a poner en mucho peligro, pero no me queda otra. Así que me pongo las zapatillas amarillas y las ato bien fuerte. Lo hago como si alguien me estuviera grabando mientras anudo esos cordones con música épica de fondo. Me pongo en pie de un salto y solo me falta la capa de superhéroe para terminar con esta ridícula situación en la que me he metido. Quito las decoraciones y un par de medicinas del alféizar de

la ventana, miro al frente, parpadeo un par de veces y que comience la odisea.

Podría bajar por un cable de la luz enganchado a la pared como si fuera Spiderman, pero no. Podría atar las sábanas que hay debajo de la cama que mi madre guarda por si acaso y deslizarme como Rapunzel por ellas hasta el suelo, pero no. Bajar de un segundo piso al jardín ya supone suficiente riesgo como para andarme con tonterías. La clave está en el árbol del jardín. Un peral que llega bastante cerca de mi ventana. A veces hay ardillas que se asoman cuando hace un poco más de calor. Ahora solo hay unas luces de Navidad enredadas que podrían electrocutarme, pero ya de perdidos al río. Saco una pierna por el alféizar y, al sacar la otra, simultáneamente cae mi culo sobre el borde de la ventana. Estoy sentado frente al árbol y para llegar solo tengo que dar un pequeño salto. Hay una rama suficientemente gorda que me transmite bastante confianza. Luego solo me quedará bajar por las demás ramas con cuidado hasta llegar a la ventana del salón que, si sabes su truco, puedes abrirla desde fuera.

Ya no hay vuelta atrás. Una, dos y tres. Y cuatro, y cinco, y sigo en la ventana, pero me basta con cerrar los ojos y sentir todo lo que ha pasado en las últimas horas para lanzarme al aire de camino a mi próximo punto seguro: la rama. Ese medio segundo desde la ventana hasta la rama ha pasado más lento que toda la conversación de la cena. Ahora mismo estoy abrazado el árbol como si fuera una de las ardillas que me saludan en verano, a la espera de pensar cuál es mi próximo paso. Me deslizo hasta el tronco central y diviso la siguiente rama más abajo que me va a acercar a mi destino. No es muy complicado, así que no lo pienso dos veces hasta sacar la pierna y aproximarla a la rama, pero hay un problema. Mi otro pie ha resbalado y vuelvo a estar en el aire. Socorro.

Empiezo a caer sin haber colocado el primer pie sobre un punto seguro y entro en pánico. El perro del vecino ha empezado a ladrar y con él la sinfonía de todos los demás perros del barrio. Esto podría ser una catástrofe. Ya no por mi salud en cuanto llegue a tierra, sino por lo que pueda pasar si Erre y Ese se enteran de esto. A todo esto, sigo cayendo. Mis brazos son como espaguetis a merced de las hojas. Noto algo por mi pierna, pero ya no sé si son ramas, hojas o bichitos de noche en venganza por haber invadido su territorio. De repente todo para en seco y estoy bocabajo y a punto de tocar el suelo (como si estuviera haciendo el pino). Intento protegerme la cabeza, no sé si del fin o de una buena hostia. Por primera vez en estas vacaciones siento que la Navidad ha hecho una buena labor. Mejor que los regalos un poco falsos que nos hemos hecho en familia ocultando que no todo va tan bien. Mejor que los postres después de las comidas que saben mucho mejor que nuestras conversaciones. Mejor que las canciones que esta vez no hemos cantado todos alrededor del piano. Las luces de decoración del árbol se han enrollado en mi pierna y me han parado cuando estaba a milímetros de tocar el suelo. Un nudo que ha terminado en mi pie que me ha dejado colgando como si fuera del circo. Y tanto, vaya circo que he montado en un momento.

Me tambaleo de un lado a otro y rápidamente consigo salir de ahí. No después, claro está, de haber colocado las luces tal y como estaban para no dejar rastro. Entro al salón. El conejo está en la madriguera. Por fin. El cargador en mis manos, mi móvil enchufado, y en mi corazón la seguridad de que mañana vuelvo a casa (o a donde yo me siento en casa). Esta

noche va a pasar muy rápido. Ya estamos de camino al aeropuerto. Por fin puedo oler la libertad que necesita mi mente. Va a venir una temporada dura de exámenes pero hasta eso me apetece. Llevo demasiado equipaje y la gente a mi alrededor lo sabe. Normalmente pensarías que la gente a tu alrededor no tiene puesta su atención en ti y que tienen mejores cosas que hacer, pero cuando tienes dos ukeleles, una maleta, una bolsa de comida y unos cascos gigantes, te aseguro que no.

Llego a la zona de embarque y me para un chico con gafas para preguntarme la hora. Yo sigo igual de cargado, pero el chico capta mi atención de una manera especial y decido hacer el esfuerzo. Dejo las cosas, que no son pocas, en el suelo y saco el móvil de mi bolsillo para mirar la hora.

—Las nueve y cuarto.

Le sonrío y él tarda algún segundo más de lo normal entre dos extraños antes de seguir su camino, y todo esto sin yo pensar en lo raro que es que alguien de mi edad no tenga un móvil donde poder mirarlo. Lo único que se me ocurre es que se ha quedado sin batería. Pero eso me da igual, voy a volver a lo que me ha llamado la atención: su cara. ¡Es completamente ideal! No puedo dejar de pensar en ella. Su cara es perfecta. Suena un poco creepy o incluso un tanto superficial, pero si hubiese un ideal de cara sería la suya. Sus ojos no están hundidos, tienen un brillo especial y son de color verde esmeralda. Su pelo es rubio oro, no es demasiado largo y nace de una manera perfecta. Su nariz, ni pequeña ni grande, un tobogán perfecto por el que me podría deslizar hasta caer en el cráter que se forma cuando sonríe, cosa que ha hecho un total de cuatro veces en nuestra corta historia como desconocidos. No creo que signifique nada, pero ese hoyuelo es inolvidable.

No estoy seguro si es que su cara me atrae o es que simplemente me gustaría que la mía fuera así. No sería la primera vez que dudo si la orientación sexual que estoy viviendo es un espejismo de la que tendría que ser, ya sea por los estereotipos que se me han marcado durante toda mi vida o por cosas como esta. ¿Cómo distingo si me gusta su cara o si simplemente es un reflejo de mi inseguridad? Me cuadra bastante más lo último. Recuerdo tener menos de diez años y pasar horas delante del espejo moldeando mi cara por no verla suficientemente normal. Quizá esta obsesión con el chico de gafas sea culpa de ese niño delante del espejo de hace más de una década. Creo que no me gusta. O sea, me gusta de que me gustaría ser así, pero no me gusta de querer poner mi boca contra la suya, no sé si me explico.

Recojo mis cosas del suelo y me voy a la puerta asignada. He llegado pronto, así que me toca reorganizar. He cogido un vuelo low cost y la verdad es que no sé cómo voy a salir ileso de él, sin tasas ni multas, dejando todo en una maleta. Está claro que los cascos tienen que ir al cuello y uno de los ukeleles en la maleta con el portátil.

Mientras me he puesto las diecisiete camisetas, tres sudaderas y los dos abrigos, me doy cuenta de que el ukelele restante lo puedo camuflar a la espalda antes de ponerme el último abrigo. Si me estás imaginando como un participante de un concurso de la tele con un traje similar a los de sumo, no vas por mal camino. Este truco se lo sabe todo el mundo pero yo lo he llevado al siguiente nivel. Vale que estamos en diciembre y que hace frío, pero ahora

cuando me dé la vuelta va a estar todo el mundo mirándome.

Me doy la vuelta y está mirándome. Él. El chico de gafas. No está cerca, está al lado de las tiendas, pero da igual porque me ve igualmente y no es casualidad. Me mira muy fijamente hasta el punto en el que empieza a ser incómodo para mí. ¿Me está persiguiendo? ¿Me ha visto ponerme los kilos de ropa? Sigue teniendo mi atención al completo y su cara me sigue picando la curiosidad. Y mira, va hacia mi vuelo.

Empieza el embarque y no puedo dejar de mirarle. No lo hago todo el rato, no puedo ser así de descarado ni pretendo intimidarle. Procuro hacerlo cada medio minuto aprovechando que giro la cara para otra cosa. Es imposible no pararse en su rostro porque me parece absolutamente perfecto. A veces me pilla. Igual él está haciendo lo mismo conmigo y estamos aquí haciendo el tonto. No creo. Cada vez que nuestras miradas se juntan la mía huye en cuestión de milisegundos. Cojo el móvil de nuevo y hago como que sus ojos no son piedras preciosas.

Entro en el avión y le pierdo de vista unos momentos, pero lo he divisado unas cinco filas por delante mío en los asientos del lado contrario. Alrededor del 15E, más o menos. Esto resulta sencillo porque lleva una sudadera de color verde, bastante fea he de decir, que destaca entre los demás. Acaba de alzar un brazo y no creo que sea para pedir algo al minibar. Se la está empezando a quitar, y yo aquí, mirando. Con una mano coge del final de una de las mangas verdes y empieza a tirar con fuerza. Sus brazos se tensan y de nuevo siento que es perfecto. Ojalá yo tuviera esos brazos. Desliza su mano izquierda por dentro de la manga hasta alzarla por encima de la cabeza, mostrando la piel morena de su bíceps a la par que la delicadeza de sus dedos. Empuja su cabeza por fuera de la capucha y retira el brazo que le queda hasta terminar con toda la prenda. Se despeina un poco, pero si te digo la verdad, mejor. No tiene a nadie a su lado izquierdo, así que dobla la sudadera y la coloca ahí. Gracias a ese asiento vacío yo he tenido visión plena al espectáculo. Estoy embobado, fascinado y confundido. Y no es la primera vez que me pasa.

Siempre me fijo en los rasgos que yo no tengo y siempre son de los que me gustaría tener. Me pasa especialmente cuando viajo. Creo que los viajes son los momentos donde te cruzas con más personas distintas y, por tanto, aumentan las probabilidades de que te encuentres con personas a las que envidias por su físico. La comparación es inevitable y me hunde la autoestima un poquito cada vez que me pasa. Tengo que dejar de compararme porque no todo el mundo es como tú quisieras ser. Cuando tu mente está en busca de algo tan concreto como son los rasgos que te gustaría tener, dejas de fijarte en toda la gente que no cumple con ese filtro. Es decir, parece que todo el mundo tiene esos requisitos, pero nada más lejos de la realidad. La mayoría de las personas no son así ni tienen eso que te gustaría tener, simplemente tu mente los ha borrado porque no han pasado el filtro, pero están ahí a tu alrededor, aunque no lo creas. Además, si el mundo estuviera lleno de chicos perfectos con sudaderas verdes sería un aburrimiento. Esto me pasa desde que empecé la pubertad con mi fase de «quiero ser como los demás» y probablemente venga conmigo hasta el fin de los días. Siempre que mi autoestima esté en estos niveles nada va a ser diferente. Es muy difícil cambiar

algo que ha empezado tu Yo de cinco años martirizándose frente a un espejo. No es imposible, y aunque cueste la vida y media estoy convencido de ello. Dentro de un par de semanas tengo mi primera sesión en terapia y no puedo estar más emocionado por ella. Oh, vaya, qué sorpresa, un psicólogo yendo a terapia. Los médicos a veces necesitan de otros médicos. Pues esto es lo mismo.

Ha pasado por mi lado para ir al baño y ha decidido ir al que hay detrás en vez del que tiene más cerca, que, además, está libre. ¿Lo ha hecho para buscarme? ¿Para cruzar miradas? ¿Le dará igual toda esta película que me estoy montando en mi cabeza? Nunca lo sabremos, pero sí que sé que está en el baño de atrás y tarde o temprano tendrá que volver a su asiento.

Lo que me pone nervioso es que no sé cuándo va a volver. No veo el baño de atrás, y para verlo tendría que darme la vuelta. Si me ve haciendo eso todo será mucho peor, así que mi cuello está firme como una piedra. Pasan dos minutos y el chico vuelve a su asiento. Para mi decepción, vuelve a su sitio sin girarse para tener otro encuentro de miradas. Igual es lo mejor. Que esto se quede aquí. Solo que, espera un momento. ¿Qué es eso que lleva en la muñeca? ¿Hola? Lleva un reloj. Un maldito reloj. Pero cómo se atreve. Obviamente no por tener un reloj en la muñeca, estarías ahora flipando si esa fuera la razón por la que estoy sobresaltándome. ¡Que fue todo una excusa! Y, ¿eso qué significa? ¿No vio que yo estaba demasiado cargado como para mirarle la hora? ¿Remangarse esa sudadera horrenda para ver la hora era demasiado esfuerzo? O, espera, ¿quizá no solo quería saber la hora?

Yo solo le dije la hora porque era lo que él me pidió. Igual debí darle algo más. Conversación, un caramelo de frutas, un beso. Hasta luego Ele, no digas tonterías. Todo esto está muy fuera de lugar, que en menos de tres horas ya la vas a ver. No es momento para tus confusiones hormonales.

El bus del aeropuerto a la universidad arranca en hora. Creo que ya estás terminando de comprender por qué volver a casa para mí es un deporte de riesgo. Ahora me quedan otras dos horas por delante de guardar la poca batería que me queda en el móvil. Necesito un poco para cuando llegue porque creo que la llegada va a tener regalito.

Estoy seguro de que la chica que me gusta me va a venir a recoger a la estación por sorpresa. No te lo he contado aún, pero tengo algo con alguien y es la primera vez en mi vida que alguien me recoge de la estación. Es rubia, tiene el pelo largo y los ojos marrones más especiales que he visto jamás. De cierta forma me recuerda a Eme, la única novia que he tenido en toda mi vida. Es como que en mi mente las veo de alguna forma parecida por su físico, su manera de hablarme y sobre todo por cómo me mira. El problema es que no sé si eso es algo que ha pasado sin querer o no. En plan, que sea un prototipo del que no puedo salir. No sé si debería preocuparme. Mis amigos de la universidad me dicen que sí, aunque luego se alegran de verme feliz.

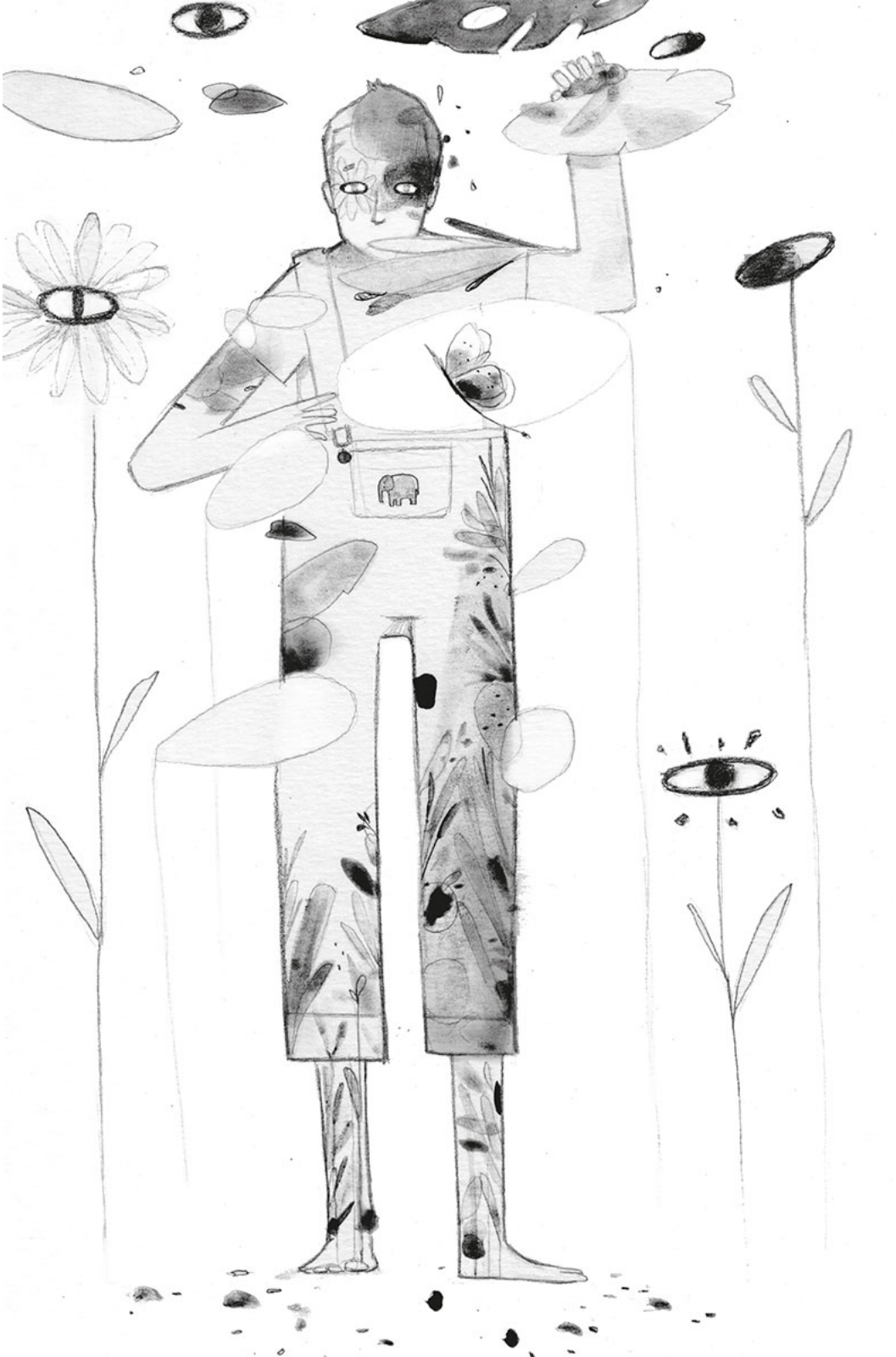
Hace bastantes semanas tuvimos nuestro primer beso. Fue en su casa. Me invitó a ver una película y pasó. Solo pasó eso porque yo puse el freno de mano en cuanto a lo siguiente. Sus manos empezaron a deslizarse dentro de mi camiseta y las mías no fueron a sus piernas. Cogió del final de la camiseta para quitármela y ahí me aparté del beso. Fue bonito, aunque no hubo

fuegos artificiales. Yo me los esperaba, la verdad. Llevaba queriendo besarla alrededor de dos meses. Una amiga nuestra nos presentó y desde ahí no pude parar de pensar en que ojalá eso pasara. Hasta que pasó. Llevamos, con la tontería, tres meses desde ese primer beso, aunque aún no somos nada. Sucedió alguna semana después de las novatadas y te juro que no sale de mi cabeza desde entonces. No sale de mi cabeza para bien, y para mal. Para bien por lo mucho que la admiro, y por lo orgulloso que estoy de haber avanzado en mis vivencias románticas. Y para mal porque siento que estoy viviendo una mentira. ¿Me gusta? Sí. ¿Me imagino estando con ella mucho tiempo? Ojalá pudiera decir que sí. Supongo que cosas como las del chico de gafas o estereotipos que tengo sobre el futuro hacen que se me caiga un poco mi ilusión con ella. Me da miedo estar alimentando algo que yo ya sé de antemano que va a terminar en algún momento. O lo peor de todo, que para ella esto sí que pudiera ser para siempre. No me siento con el derecho de jugar con ella, por muy preciosa que me parezca y por mucho que me apetezca experimentar estas cosas nuevas que en mi adolescencia no he tenido. Ella no se lo merece y yo no sé qué hacer.

Desde pequeño tengo ganas de ser mayor. Ganas de mirarme al espejo y al fin verme normal. Ganas de ser valiente, de tener claras mis ideas y de abalanzarme sobre ellas. Ganas de dejar de equivocarme. Y todo para darme cuenta de que al fin soy mayor, y que sigo con esas ganas. Los años no me van a regalar nada, eso sería lo fácil. Si me hago viejo y aún no soy perfecto daré las gracias. Si en esta me equivoco, aprenderé para la siguiente. Si me miro al espejo, intentaré encontrar lo que me gusta. Y si ella me pregunta, le diré la verdad.

Me bajo del bus, recojo la maleta y se abalanza sobre mí. Es un abrazo con sabor a te echo de menos agridulce. Se separa durante un segundo, me coge de la barbilla y me planta un beso que podría haber roto la estación de un terremoto. Ella ve fuegos artificiales, lo sé por cómo parpadean sus ojos sin abrirse. Para mí, no los hay, pero es imposible ver fuegos artificiales si no pones de tu parte. Solo me queda esperar a que termine este beso y decidir si seguir alimentando esto o dejar que esta bomba nuclear que hay detrás de mis ojos explote.

—¿Por qué tienes los ojos abiertos?



El día que conocí al chico de los girasoles

El sonido de las olas del mar me relaja, y más cuando estamos los dos solos en esta playa. Los últimos meses han sido decisivos para que ahora Jota y yo seamos como uña y carne. Todo empezó con un concierto de 10.000 € y sus gafas de pasta, como buen hípster de ciudad que es. Nos intercambiamos los números y unas semanas más tarde acepté participar en un par de proyectos juntos, y casi sin pensarlo, ya estaba montado en el tren de camino a su casa. Un par de visitas y noches en su sofá después y hasta ahora. A día de hoy diría que somos mejores amigos. Nunca le he preguntado si él opina lo mismo, aunque en el fondo me gustaría hacerlo, por si me dice que no. Ya sabes, inseguridades. Y hablando de inseguridades, llevamos todo el día en la playa y no me atrevo a quitarme la camiseta.

Jota siempre lleva la cámara encima, la fotografía la vive con mucha pasión. Siempre me hace fotos a traición cuando estoy desprevenido. A veces salen cosas bonitas, pero en la gran mayoría salgo con una cara horrible y le pido que las borre. Esto suele pasar en el día a día, cuando llevo ropa puesta. Ahora que estamos en la playa solo me permito quitármela si me voy a bañar, por si se le ocurre hacerme alguna. La odiaría. Siempre que vuelvo a las toallas me seco rápidamente y me pongo la camiseta lo más rápido que puedo. Él no me pregunta nada, pero seguro que lo intuye.

Intento quejarme lo menos posible del cuerpo que tengo. Sé que es bastante obvio que no me gusta demasiado, pero estoy convencido de que nadie en el mundo está conforme al completo con lo que le ha tocado. El problema, para mí, viene cuando a veces siento que tengo menos derecho a estar inconforme que otros a mi alrededor. Si hablamos de extremos, yo estoy en el que está por debajo de la media. Mis brazos son tan finos que parece que pudieran romperse tan fácilmente como se puede romper una rama de un árbol. Mis piernas son tan largas que la proporción con el resto del cuerpo está desequilibrada. A veces, también, cuando me quito la camiseta, se me notan las costillas si me río. Podría seguir y seguir con cosas que no están relacionadas con mi peso, pero eso es justo lo que no debería hacer.

Además, quiero hacer énfasis en las que están relacionadas con mi peso precisamente porque no sería la primera vez que alguien no se toma en serio mi inseguridad. Por un lado, entiendo el estigma social y las consecuencias que sufre una persona que está en el otro extremo. Y sí, creo de corazón que es bastante más duro lo que recibe una persona con sobrepeso, pero eso no me quita derecho a mí a que pueda no sentirme a gusto también. Yo estoy harto de recibir comentarios como «Deberías comer un poco más», «¿Tienes brazos o tienes espaguetis?» o incluso «¿Ese chico tiene anorexia?». No será el más común de todos, pero, a mí parecer, todos los complejos son válidos, ya seas alto, flaco, gordo o como sea que seas.

Simplemente, no hagas un comentario sobre el cuerpo de otra persona si esta no te lo ha pedido. Nunca sabes lo que puede llegar a hacerle sentir tu comentario, y si no dices nada, puedes evitarlo. En serio, es muy fácil.

—Ele, te queda muy bien el pelo así despeinado, ¡vamos a hacer unas fotos!

Me cuesta un poco, pero accedo y nos acercamos a una cala que hay girando detrás de unas rocas. Tampoco hay nadie. Todo esto es un plan muy romántico para ser dos mejores amigos haciéndose fotos en la playa. La verdad, no me preocupa, entre nosotros nunca ha habido ningún tipo de atracción. Es la amistad más fuerte que he tenido nunca, pero jamás le he visto de otra forma. Supongo que para él será igual. Por muy romántica que pueda ser esta situación en el fondo es solamente una, como él diría, misión de Instagram.

Me saca cuarenta y siete fotos y solo me gustan tres. Típico. Dos de ellas son iguales y la otra no le gusta a Jota, que es el más perfeccionista de los dos. Me pide que me vuelva a poner donde estaba antes, pero un poco más a la derecha. Quiere que se cuelen algunas de las rocas y el mar en el fondo. Me fío de él y lo hago.

—Ponte más recto, pareces el Jorobado de Notre Dame.

—¿Así?

—No, espera.

Se acerca a mí y empieza a colocarme el cuerpo para que mi postura no quede tan rara en la foto. No es la primera vez que lo hace, se me da fatal posar. Tengo que estirar la espalda al completo, relajar los hombros y tratar de no encoger las piernas. Lo único que no me sale del todo bien es la colocación de la cara. Jota se agacha y deja la cámara en la arena (es raro que lo haga porque nunca en su vida la dejaría así). Me coge la cara con las manos, y antes de que empiece a colocarla me mira y nuestras miradas se quedan pilladas.

Se paraliza el mundo y son los diez segundos más eternos.

¿Me va a besar? No creo. ¿Quiero que me bese? Creo que tampoco, tengo que serte sincero. Se me da fatal mentir. ¿Qué voy a hacer si lo hace? Sería muy raro dejarme llevar, aunque tampoco me veo apartándome, pobrecito. ¿Esta tensión la está notando él también? Pues claro que lo nota, no he estado más convencido de algo en mi vida. ¿Va a quedarse mucho rato así? Sus manos siguen sujetando los dos extremos de mi cara. Ay, dios. Una de

ellas está rozándome la oreja y la otra sujetándome la barbilla. No me la sujeta de manera bruta, tiene un toque delicado que hace que todo esto sea aún más peculiar.

El corazón me empieza a latir más deprisa y no puedo apartar la mirada. Sus ojos son oscuros y siento que estoy atrapado en un agujero negro sin saber cómo va a acabar. Cuando la línea en una amistad se empieza a estrechar es señal de peligro, de eso estoy seguro.

—¿La foto?

—Ah, sí. Sí, sí. Es que tenías una pestaña.

De repente deja de agarrarme y hace como que me la quita, pero no hay nada en mi mejilla. Es irónico porque al que siempre se le caen, es a él. Lo siento, Jota, pero no cuela. Ha sido una excusa para salir de esta situación.

—¿Recogemos nuestras cosas?

Afirmo con la cabeza y nos dirigimos a las toallas para ordenarlo todo y meterlo en la mochila. Es un poco raro irnos de la playa tan pronto, aún queda el atardecer y Jota nunca se los pierde. Es un coleccionista de atardeceres y, desde que lo conozco, yo un poco también. Quiero preguntarle qué ha sido todo eso, pero no encuentro el valor. Joder, qué rabia. Espero que las cosas no empiecen a torcerse y sea incómodo de aquí en adelante. Bueno, igual es mejor que no estemos aquí cuando caiga el sol para evitar este pseudoromanticismo.

Hora de poner rumbo a casa. Tenemos suerte de que mis padres tengan esa casita a unas calles del quiosco de la playa. No es muy grande y está llena de polvo porque nadie vive en ella desde hace veinte años, pero está bien para ir cuando me apetece escapar de la rutina. Para llegar hasta el quiosco tenemos que andar unos veinte minutos por una carretera que parece que no lleva a ninguna parte. Caminamos por esta senda que ya me sé de memoria de venir tantos veranos cuando algo llama mi atención. A lo lejos hay un campo amarillo en el medio de los demás descampados. Eso no estaba el verano pasado, ni en ninguno desde que vengo por aquí. Creo que son girasoles, pero no tiene sentido que por arte de magia hayan crecido aquí, en medio de la nada. Estos descampados siempre están llenos de residuos y de cosas que la gente arroja desde la carretera. Igual alguien tiene un antojo muy fuerte de pipas y se ha puesto a plantarlos. No sé, otra cosa no se me ocurre y es que desentona con todo lo demás, no puede ser simple casualidad.

Poco a poco y según nos vamos acercando siento la necesidad de explorar este misterio. Me doy la vuelta y Jota me mira con cara de que no es buena idea. No me cuesta mucho convencerle con todas las fotos bonitas que podrían salir ahí dentro del campo. Saltamos el murito de hormigón que separa el campo de la carretera y empezamos a abrirnos paso entre los girasoles. Son aún más grandes de lo que parecían cuando estábamos lejos. Algunos incluso son más altos que yo, pero se agradece que nos den un poco de sombra en la cabeza. Hay una parte de mí que está un poco asustada pensando en películas de miedo ambientadas en campos de maíz. Las personas empiezan a desaparecer y cuando el protagonista se queda solo, de repente salen unos niños poseídos entre las mazorcas. Ambos son amarillos, pero por favor, que en ambos no haya niños locos. Odio las películas de miedo. Apenas llevamos dos minutos adentrándonos en el campo de girasoles y Jota ya se está quejando. Quiere volver. Tiene sed y

no le gustan tanto los girasoles como a mí. Yo también tengo bastante sed, la verdad, pero me puedo aguantar perfectamente si me centro en todas las fotos que quiero sacar en este campo. Si quiere ir, que vaya él, yo le espero aquí. El quiosco está a apenas cinco minutos y estará de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

—Ahora vuelvo.

Me siento en el suelo para estar completamente cubierto por la sombra de los girasoles y empiezo a mirar algunas de las fotos que me ha sacado Jota con el móvil en la playa. Hay tropecientas y tardo algunos minutos en elegir mis tres favoritas. Las empiezo a editar y, antes de que me dé tiempo a pensar en la frase para subirlas a Instagram, ya está aquí de vuelta.

—Hola.

—Qué rápido has vuelto.

—¿Rápido? Yo nunca me he ido de aquí.

—No digas tonterías, Jota.

Confuso, despego los ojos de mi móvil, alzo la cabeza y me levanto de un salto. No grito y aún no entiendo muy bien por qué; la ocasión lo pide, irónicamente, a gritos. Como podrás adivinar, no, no es Jota. Estamos literalmente en medio de la nada y hay un chico aleatorio y descalzo delante de mí. Vuelvo a pensar en la peli del maizal. Casi me da un infarto al subir la cabeza y encontrarme con él. Ha tenido que salir de entre las plantas. Yo estoy sentado en medio del camino que hemos ido creando al pasar. Ha salido de entre los tallos. Bueno, tampoco me sorprende mucho por las pintas que me lleva. Entre el sombrero de paja, el peto vaquero y las flores en su bolsillo parece más de campo que las amapolas.

—Soy Ge, encantado.

—Ele.

—¿Qué haces por aquí?

Pues flipar en colores. Yo simplemente estaba esperando a que mi amigo volviera de comprar un par de botellas de agua y me encuentro con este loco descalzo. Eso es a lo que me dedico en este momento, pero no se lo digo.

—Nada, haciendo unas fotos, ¿y tú?

—Vivo aquí. Por algo me llaman así.

El chico de los girasoles, Ge, tiene sentido. Pero vamos a ver, ¿cómo va a vivir aquí este muchacho?

Me dice que es el culpable de que aquí haya un campo de girasoles y, mientras lo hace, me fijo en que mide exactamente lo mismo que yo. Mis ojos están justo a la misma altura que los suyos, y sus brazos son igual de finos que los míos. Lleva un peto, así que no lo distingo del todo bien, pero juraría que también tiene las piernas tan largas como yo. Podría seguir con el pelo rubio, los ojos color cielo, y todo el resto del cuerpo, pero pillas la idea. La única diferencia es que él se ve bastante mejor que yo.

Espera un momento. ¿Qué estás diciendo, Ele, si es exactamente igual que tú? No tiene

sentido que yo no me vea igual, si somos prácticamente idénticos. Siempre he odiado mi complexión física y lo fino que soy. Entonces, ¿por qué la suya sí que me gusta? No es justo. Yo también quiero verme así. Puede ser que sea cuestión de salirse de uno mismo para poder ver algo más cercano a la realidad. Será que mi cabeza distorsiona la realidad, por las inseguridades y complejos que siempre me han acompañado. Dudo que pueda quitármelos de encima por completo, pero aprender a convivir con ellos sin que me repriman estaría bien. Mi cuerpo es el que es, y eso es así. Igual no está tan mal.

—¿Cuántos años tienes?

—Los mismos que tú, chico del ukelele.

—Em… ¿Y eso cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan seguro?

De repente tengo miedo. Sus respuestas van siempre unidas a una sonrisa muy acogedora, pero con una mirada que me intriga. Me encaja a la perfección que tenga mi misma edad, pero me saca de quicio que no me responda de una manera más clara y sencilla. Es como si supiera lo que me molesta. A este ritmo, igual lo sabe y tampoco me terminaría de sorprender. Seguimos hablando y a cada pregunta que le hago su respuesta acierta con lo que tengo yo en mente.

—Entonces tú has plantado estos girasoles, ¿no?

—Todos y cada uno de ellos.

—Ya, claro.

—¿No me crees?

—Bueno…

—Querido, yo no sé mentir.

A ver, que yo tampoco y esto empieza a ser muy turbio. Parece que he encontrado a mi hermano gemelo perdido que mis padres me han estado ocultando. Parecidos aparte, necesito que me explique de dónde viene y por qué se le ha ido la cabeza hasta adueñarse de este terreno público y haber decidido montar su propio jardín de girasoles. Casi sin pensarlo se lo pregunto.

—De pequeño mis padres vivían por esta zona. Tenían una casa unas tres calles por atrás del quiosco de la playa.

Ya os podréis imaginar mi cara ahora mismo.

—El camino a casa siempre se me hacía larguísimo y el día no acababa del todo bien. Siempre me sentaba en medio de ese descampado haciendo tiempo hasta llegar a casa, como hacía en el baño del colegio antes de volver a salir a la realidad. Este descampado era mi momento de paz, solo que nada me protegía y, seamos sinceros, era lo más cutre que había visto en mi vida.

—¿El descampado?

—Sí. Un sitio que por su naturaleza es casi imposible que te ayude a relajarte. Estaba lleno de basura, matorrales secos y pintadas de grafiti en el hormigón que lo separa.

—¿Esos hormigones amarillos del fondo?

—Antes no eran amarillos.

—Ah, ¿estamos aquí?

—Justo aquí donde estamos ahora mismo, Ele. Este era el descampado, hasta que me decidí a transformarlo en mi pequeño jardín de girasoles particular.

—Estás completamente loco. ¿Por qué girasoles?

—Y ¿por qué no?

—Yo igual hubiera plantado flores de distintos tipos, ¿no? Y conseguir así un jardín mucho más llamativo y lleno de colores. No sé, Ge, igual no somos tan parecidos.

—Me haces reír. No te preocupes, Ele, lo seguimos siendo. A mí los colores también me encantan, incluso más de lo que te piensas. Aún no lo sabes, pero pronto lo entenderás. Estos son girasoles porque yo no solo necesito un sitio donde refugiarme en este descampado. Necesito poder encontrar salida a mis pensamientos. ¿Nunca te has sentido que necesitas ayuda y no la sabes pedir?

—Hum. Un poco.

—¿Nunca te ha costado abrirte a que alguien que te quiere echar una mano?

—Vale, tú ganas, un poco más.

—¿Nunca has necesitado ayuda para encontrar luz?

Ya está. Con cada palabra que sale por su boca estoy más seguro de que esta persona me ha conocido en otra vida o algo. Somos la misma persona y me conoce casi mejor que yo. Las palabras que dice son cosas que aún no he pensado pero que encajan a la perfección en el puzle de mi mente. Yo no creo en los marcianos y creo que la ciencia aún no ha desarrollado un sistema de clonación que funcione, pero vamos, esto es como mirarme en un espejo. Solo que él lleva un peto, un optimismo que baila y va un par de pasos por delante de mi voz.

A todo esto, no sé dónde está Jota. Igual llevamos hablando alrededor de una hora. No sé exactamente cuánto será porque no tengo reloj y no quiero mirarlo en el móvil. No quiero que Ge se piense que me está aburriendo. Durante todo este rato Jota ha tenido tiempo de sobra para ir y volver unas cuarenta veces. El quiosco está a unos cinco minutos, como máximo. Igual esta conexión entre dos almas paralelas ha paralizado el tiempo. Igual le ha pasado algo. Ahora iré a buscarle, pero creo que Ge quiere decirme algo más.

—Ele, ¿confías en mí?

—A ver…

—Cierra los ojos, voy a enseñarte algo que nunca antes has visto. Igual te suena familiar, pero créeme que está a punto de convertirse en lo más importante de tu vida, por muy lejos que estés ahora mismo de imaginarlo.

Me fío por un momento de su locura y los cierro. Me ha dicho que cuente hasta diez, pero antes de que llegue al tres un sonido me interrumpe.

—¿Con quién hablas?

Reconozco la voz de Jota y abro los ojos. Me giro y ya no está. Ni rastro de Ge. Solo girasoles que de pronto son mucho más brillantes ahora que él y su luz radiante no están. No, es imposible, no puedo estar flipando. ¿Todo esto ha sido fruto de mi imaginación? No doy crédito. No he tomado setas alucinógenas, que yo sepa. Solo unas patatas de queso y un donut

cuando estábamos en la playa. Conocerle ha sido lo más real que he sentido en mucho tiempo, me niego a pensar que todo ha sido un sueño. ¿Igual ha oído a Jota acercarse y ha huido de repente? ¿O todo esto era un plan para el regreso de Jota? No entiendo absolutamente nada. En cualquier caso, él sigue siendo solo un extraño, no puedo echarle de menos. Guardaré su huida dentro de los misterios que me quedan por resolver en esta vida, justo al lado de donde guardo lo que pasó antes en la cala de la playa con Jota.

Quizá ha sido la mirada de Jota. Una situación que me ha revuelto las emociones hasta provocar que ahora esté sufriendo alucinaciones. Cojo aire, me planto en esta realidad de nuevo y me vuelvo a girar. Estoy de frente a Jota. En sus ojos hay confusión, probablemente muy parecida a la mía cuando vi que no era él el que me estaba hablando y no Ge. Aún está esperando a que responda a su pregunta, pero no va a tener esa respuesta. Ahora el que tiene las preguntas soy yo. Todo ha sido gracias a él. Algún día, si le vuelvo a encontrar, prometo contarte la historia de El Chico de los Girasoles. Si hoy me miro al espejo, veo a otra persona. Y si miro a Jota, también siento que no le conozco.

Hoy he conocido a alguien.

Y ya nada será igual.

La confusión poco a poco torna en la tensión de esta tarde. Me muero de ganas de contarle todo lo que me ha dicho Ge, pero eso va a tener que esperar. Ahora hay otro misterio por resolver.

—Creo que tienes una pestaña.

Agradecimientos

A Laura, por sacarme de quicio y ayudarme a ser mejor persona a partes iguales, eres la mejor Hache del mundo.

A Neil y Lynn, por guiar mi camino y enseñarme a construir el mío propio. Erre y Ese (y yo) están orgullosos de vosotros.

A Marie, no podría haber pedido un primer amor más lindo y singular. No te cambio por nada y, aunque hace tiempo que no sabemos nada el uno del otro, a veces te pienso y siento cosquillas. El espacio entre mis dientes sigue tal y como lo dejaste, y Eme brilla cada vez que sonrío sin miedo.

A Marina y Laura, no solo por acompañarme a casa desde el instituto, sino por confiar en mí como nunca nadie lo ha hecho. En parte estoy aquí gracias a que, juntas, habéis hecho todo lo que Uve hizo por Ele. Cuando queráis, volvemos a quedar para editar unas fotos.

A María, Cris y Pili, espero que cuando seamos viejos sigamos tirándonos palomitas de mantequilla.

A Javi e Iñaki, no sería la persona de ahora sin Eñe a mi lado en mis años de carrera y este es una mezcla de los dos, los pilares más importantes sobre los cimientos de este cohete en el que llevo mi música. Algo mucho más valioso que un cheque de diez mil.

A mi enemigo del instituto, a ver cómo te digo esto. Si dijera que no te guardo rencor, mentiría; pero desde lo más profundo de mi corazón confío en que algún día me comprenderás y que algo habrá cambiado dentro de ti.

A Pe, sigo prefiriendo los gatos a los perros. Tendrás que perdonarme. Guau.

A Ge, por vivir dentro de mí y buscar luz siempre que la necesito. Algún día os lo presentaré, recuérdalo.

A, bueno, J, bueno, de ti poco puedo decir. Ni tu nombre está por aquí y por ahora es mejor así. De momento no vas a salir de tu letra. Lo nuestro es tan genial que nadie puede decir que lo entiende. Porque no es así. Si sabes de dónde es esto, te quiero. Y a J, igual.

A ti, leyendo esto, me caes bien. Por no dejar de pasar las páginas, por hacerme sentir en casa (me gusta cómo huele tu estantería, mesilla de noche o donde sea que ahora vivo), por no juzgarme y, sobre todo, por cumplir los sueños del niño de cinco años frente al espejo imaginándose algún día poder publicar su arte.

A mi ukelele, por regalarme melodías que abrazan mi caos.

Y por último, a Ele, alguien que también vive en mis adentros y que te lo he podido mostrar en estas 55.000 palabras:

por expresar por mí lo que a veces quiero gritar, pero a mí se me atraganta.

David Rees nos enseña su mundo interior en forma de pequeños relatos.

¿El amor por internet es peligroso?
¿Debería estudiar algo que no tiene salida?
¿Qué piensan los demás de mí?
¿Realmente me gustan las chicas?
¿Qué hago en una cueva perdido y sin salida?
¿Me van a pegar a la salida de clase?
¿Cómo salvo a mi hermana de una caída de 6 metros?
¿Mis amigos me odian?
¿El ukelele me ayudará a escribir mi primera canción?

El chico del ukelele es un tierno y sorprendente libro de cuentos en el que David Rees nos muestra su percepción sobre la vida, la música y el amor.

David Rees es un cantautor y vlogger español conocido por sus canciones originales cargadas de sentimientos, versiones acústicas a ukelele y popurrís de canciones. Con tan solo 23 años y apenas 3 años dedicándose profesionalmente a ello, ya reúne más de un millón de suscriptores en su canal de Youtube.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, David Rees
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2019, Héctor San Andrés, Hittouch, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: Hittouch

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17605-19-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

El chico del ukelele

El día que me conociste
Declaración de intenciones
Los días de mi vida
El día de todos los días
El día que el chico del ukelele se enamoró
El día que casi muero en la montaña
El día que compuse mi primera canción
El día que empecé la universidad
El día de mi cumpleaños
El día del campamento
El día que gané 10.000 €
El día de hoy (o la trágica vuelta de Navidad)
El día que conocí al chico de los girasoles
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre David Rees
Créditos